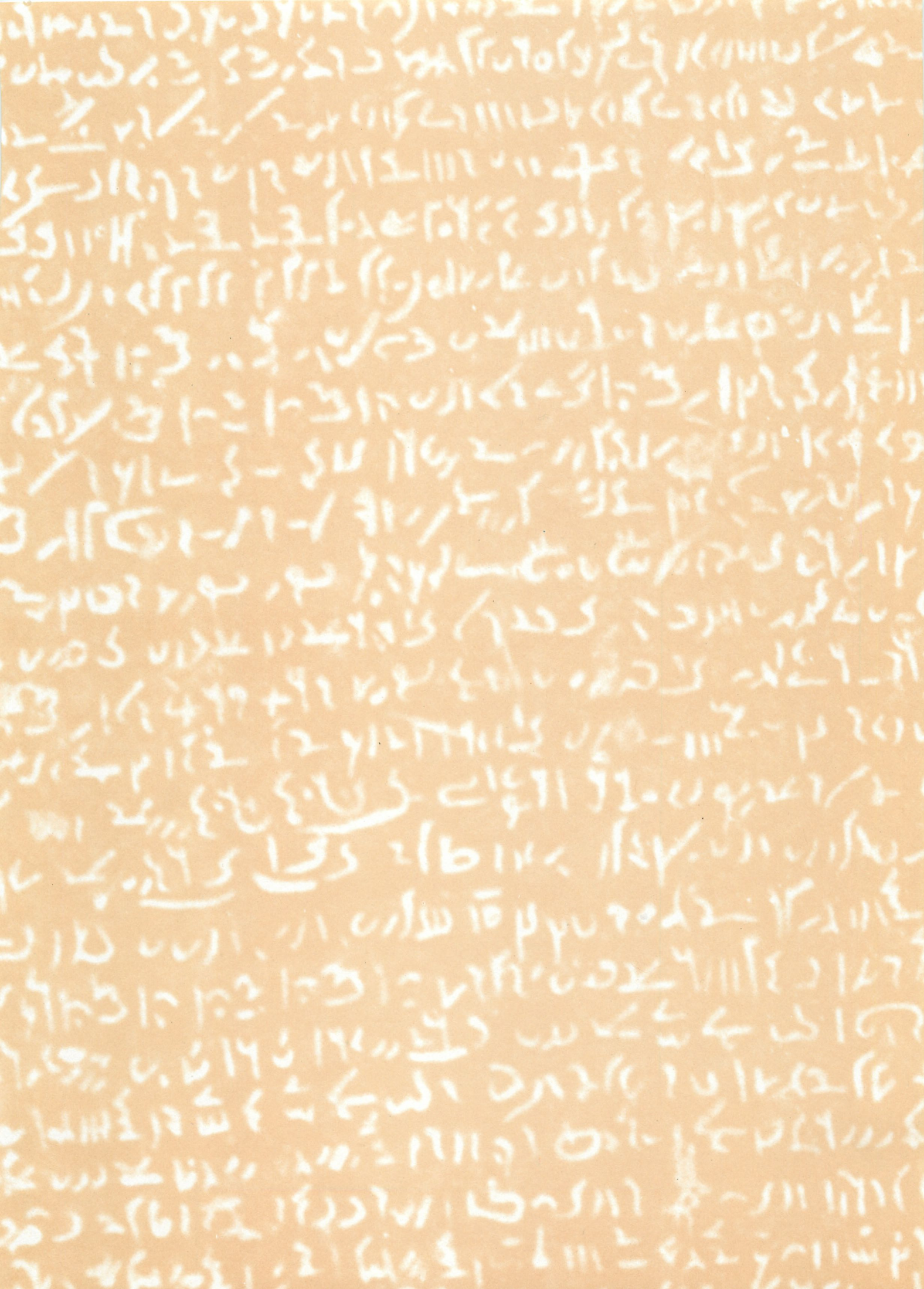


ARQUEOLOGÍA DE LAS
CIUDADES PERDIDAS

Dirección editorial: Juan Luis Miravet

Coordinación de la presente edición: Rita Arola

Equipo editorial:
Vittorio Antinori, Miguel Barrachina, Stefano Bechelloni, Carla Bertini, Josep Bracons, Riccardo Catani, Gabriella Costarelli, Roberto Giorgini, Giuliana Giove, José Luis Gutiérrez, Mercedes Lloret, María Teresa Magadán, Marcella Marcaccini, Mauro Menichetti, Ulla Näslundh, Josep Roig, Roberto Sed.

Comité editorial:
José M.ª Blázquez, Filippo Coarelli, Luciano Lucignani, Luis G. Lumbreras, Pedro de Palol, Miguel León Portilla, Ana María Rauret, Mario Torelli.

Han colaborado en la redacción de esta obra:
Emidio de Albentiis, Maria Giulia Amadasi Guzzo, José Luis Argenté, Francesca Baffi, Antonietta Barone, Miguel Beltrán, Manuela Bernardi, Corinne Bonnet, Rosanna Cappelli, Marinella Caputo, Francesco Enrico Carocci, Serena Cecchini, Filippo Coarelli, Salvador Costa, Costanza Cucini, Donatella Degrassi, Rita Dolce, Riccardo Francovich, Sauro Gelichi, Emanuele Greco, Maria Paola Guidobaldi, Paolo Matthiae, María Teresa Magadán, Stefania Mazzoni, Mauro Menichetti, María Angeles Mezquíriz, Marco Milanese, Massimo Nafissi, Adelia Pelosi, Frabrizio Pesando, Giampiero Pianu, Frances Pinnock, Angela Pontrandolfo, Eudald Riera, Sergio Rinaldi, Carla Rocchi, Gabriella Scandone, Ramón Serra, Italo Signorini, Renato Tamassia, Francesc Tarrats Bou, Mario Torelli, Guido Vannini, Maria Teresa Varone, Frederic-Pau Verrié, Monika Verzar, Paolo Xella.

© 1992 Salvat Editores, S.A., Barcelona
© Armando Curcio Editore. Roma
Depósito legal: B-41636-1992
ISBN: 84-345-5551-4 (Obra completa)
84-345-5556-5 (Volumen 5)

Impresión: Cayfosa, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

Distribución: SGEL, Polígono Industrial de Alcobendas, Avenida Valdelaparra 29, 28100 Alcobendas (Madrid)

Suscripciones y petición de números atrasados:
Apartado de Correos 201, 08830 Sant Boi de Llobregat (Barcelona).
Teléfono (93) 654 41 11

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta de la colección durante el transcurso de la misma, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

La obra **Arqueología de las Ciudades Perdidas** consta de 30 volúmenes de periodicidad quincenal.

ARQUEOLOGÍA DE LAS CIUDADES PERDIDAS

VOLUMEN 5

LAS CIUDADES BÍBLICAS

Palestina

1
Jerusalén. La ciudad santa

5
Jericó. La ciudad más antigua del mundo

14
Hazor. La fortaleza de Salomón

18
Megiddo. Una ciudad de la edad del Bronce

Siria

23
Ebla. Un silencio de tres milenios

38
Alalakh. Puerto del reino de Yamkhad

42
Mari. El descubrimiento del teniente francés

52
Sam'al. La ciudad redonda.

57
Ugarit. Bajo la colina del Cabo del Hinojo

SALVAT

E. Lessing/Magnum

Jerusalén
La ciudad santa

La importancia de Jerusalén se comprende fácilmente considerando el papel que ha desempeñado esta ciudad desde principios del siglo X a. de C., cuando David escogió como capital el pequeño centro que, desde hacía dos milenios, se elevaba en la parte más alta de la cordillera palestina, a 750 m sobre el nivel del mar, precisamente en la misma latitud del límite septentrional del Mar Muerto.

Ciudad sagrada para las tres grandes religiones monoteístas, Jerusalén nunca dejó de ser el centro de los intereses de los viajeros y de los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa; pero sólo en los albores del siglo pasado empezaron a hacerse las primeras investigaciones verdaderamente científicas en la propia ciudad. En 1831, el teólogo americano Edward Robinson observó rastros de una robusta muralla al norte del muro septentrional que rodeaba la ciudad turca, y en 1841 Alderson dibujó una planta; las excavaciones de nuestro siglo han demostrado que los restos pertenecen al trazado de las murallas que hizo construir Herodes en el siglo I a. de C.

Es cierto que no ha sido fácil excavar en una ciudad que ha estado habitada durante 5.000 años, sin interrupción; y no siempre ha resultado sencillo relacionar los escombros hallados con las descripciones que las instalaciones ciudadanas han dado la Biblia y el historiador Flavio Josefo. Los principales obstáculos que encuentran las investigaciones son, ante todo, las vicisitudes que llevaron varias veces a la destrucción y a la reconstrucción de la ciudad; hay que considerar, además, que ciertas áreas fueron ya excavadas en el siglo XIX y a principios del XX y que, por eso, están ya perdidas con respecto a las posibilidades de una interpretación moderna; finalmente, el carácter sagrado de ciertos lugares ha impedido e impide que se lleven a cabo en ellos búsquedas arqueológicas.

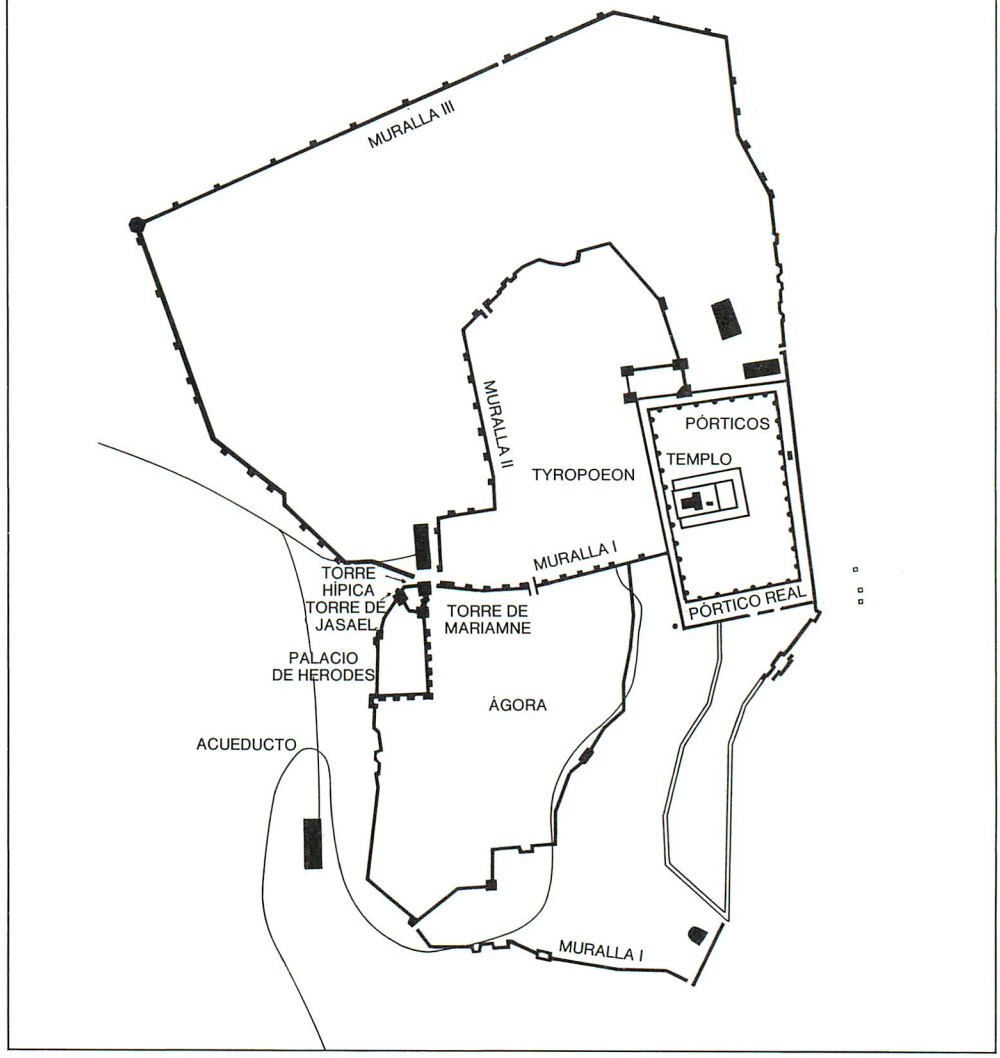
La primera verdadera campaña de excavaciones se desarrolló poco después de la fundación de la «Palestinian Exploration Found», que se produjo en Londres en 1865: fue, naturalmente, Jerusalén lo que centró el interés del comité, presidido por William Thompson, arzobispo de York. Las versiones ochocentistas de Jerusalén, las románticamente exageradas de David Roberts de 1838 y las mucho más exactas de W. H. Bartlett de 1842 ofrecían la imagen de una ciudad rodeada por una muralla medieval y casi ningún edificio fuera de ésta. En el interior, la que aún hoy se llama «ciudad vieja» estaba dividida, admirable ejemplo de tolerancia, en distintos barrios: el musulmán, al este, y el judío, en el área centro-occidental; el resto de la zona occidental era un barrio cristiano repartido entre armenios, griegos y latinos.

La Jerusalén de abril de 1866, cuando llegaron allí los enviados de Palestinian Exploration Found —el capitán Charles Wilson y el lugarteniente Charles Warren de los Ingenieros Reales—, era un cúmulo de edificios medio derruidos y de miserables tugurios. Una rica capitalista, Miss Burdett-Coutts, había puesto como condición que su contribución de 500 libras esterlinas se utilizara para mejorar las condiciones de vida de los habitantes y, en particular, para proveer de agua a la ciudad. Como en la antigüedad Jerusalén debía de haber poseído un sistema hidráulico infinitamente mejor que el existente en la segunda mitad del siglo XIX, los arqueólogos decidieron que la investigación del antiguo sistema de acueductos y cisternas podía ayudar a los habitantes de la ciudad moderna. Una investigación de este tipo requirió el levantamiento de un plano topográfico que, iniciado por Warren y completado por Wilson, constituyó la base para todos los trabajos que se emprendieron después sobre la historia y la topografía de Jerusalén.

A pesar de todo, las excavaciones que inició Warren en 1867 encontraron notables dificultades, no siendo las financieras las menores. La entidad pedía: «Dadnos resultados y enviaremos dinero», y el joven oficial, que con frecuencia debía suplir de su propio bolsillo la falta de fondos, contestaba: «Dadme útiles, materiales, dinero, comida y os daré resultados.» En realidad, el interés de los patrocinadores y de los responsables, en una sociedad victoriana en la que el estudio de la Biblia tenía una fascinación cada vez mayor, estaba concentrado en el templo de Salomón, del que el primer Libro de los reyes, de la Biblia, da una descripción tan célebre como detallada. Pero se consideraba, con razón, que el emplazamiento del templo era el mismo que el del recinto, sagrado para los musulmanes, del Haram esh-Sherif, y la concesión de excavación turca excluía explícitamente esta zona por obvios motivos religiosos, que, por otra parte, encontraban solidaridad en ciertos ambientes londinenses. En abril de 1869 se podía leer lo siguiente en el *Times:* «Nadie puede maravillarse de que los turcos se nieguen a que un extranjero excave en su adorado Santuario. También el Deán de Westminster sería reacio a la idea de permitir que un

En la página anterior, galería de Ezequías. Tras la caída del reino septentrional de Israel (721 a. de C.), se asistió en Jerusalén a la llegada de varias poblaciones dispersas, las «tribus perdidas». También a partir de este momento, el templo de la ciudad, bajo los reyes Ezequías y Josías, representaría un papel cada vez más importante, hasta convertirse en el centro de la religión mosaica.

Jerusalén



oficial turco del Cuerpo de Ingenieros excavara en los contrafuertes orientales de la Abadía de Westminster.»

No obstante, Warren pudo excavar en el lado meridional y en el occidental del Haram, avanzando por galerías a las que llegaban con pozos de ¡incluso 25 m! Fue una empresa excepcional por coraje y determinación; sin embargo, el pozo y las galerías del este muestran el nivel de la roca sobre la que se había fundado el templo; pero el muro de magnífica cortina descubierto por Warren al sur del Haram y que él siguió, abriendo una galería de 200 m, entre enormes riesgos, era bizantino. Las excavaciones de Kathleen Kenyon, entre 1965 y 1967, han aclarado, sin embargo, que dicho muro había sucedido a otro mucho más antiguo. Otra de las empresas de Warren fue el descubrimiento del canal subterráneo de Siloé, que desde la fuente de Gihon, en el valle oriental del Cedrón, alcanzaba la piscina de Siloé, en el valle central del Tyropeon: Warren y su fiel asistente, el sargento Birtles, tuvieron que avanzar en condiciones increíbles: vientre a tierra, arrastrándose por el lodo, realizaron durante cuatro horas planos exactos, mientras se iluminaban con velas sujetas entre los dientes. Recordaba Kathleen Kenyon que aún hoy, si bien el desescombro de los desechos realizado en 1911 hizo más fácil el recorrido, la travesía del canal con el agua a medio muslo es una experiencia inolvidable.

Aunque las excavaciones de Warren no dieran otros resultados de importancia, él había abierto el camino. Sería imposible recordar todas las excavaciones que a partir de entonces se sucedieron en Jerusalén, casi todas obra de misiones inglesas, desde la de Frederick J. Bliss, ayudado por el arquitecto A. C. Dickie —que de 1894 a 1897 realizó un trabajo enorme y minucioso, excavando como Warren en pozos y galerías, pero sin lograr evidencias cronológicas—, hasta las siete expediciones de Kenyon a Jerusalén, entre 1961 y 1967, que proporcionaron importantes precisiones sobre las diversas fases del asentamiento ciudadano. Después de la guerra de 1967, hasta junio del mismo año, con la ocupación de Jerusalén, los arqueólogos israelíes han extendido las excavaciones a toda el área ciudadana, tanto dentro como fuera de las murallas de la «ciudad vieja». A partir de 1978 se ha iniciado una nueva fase de la exploración arqueológica: con la expansión de la construcción en los territorios ocupados se ha renovado la exigencia de nuevas investigaciones arqueológicas para evitar que los testimonios del pasado acaben bajo el cemento armado de las construcciones modernas. Así, los arqueólogos israelíes han dado vida al «Proyecto ciudad de David», que tiene la finalidad de estudiar el área en que se asentaron los primeros habitantes de Jerusalén y restaurar y preservar sus restos en las estructuras de un parque arqueológico. Siguieron así apareciendo, año tras año, los testimonios de la vida de un lugar en el que los hombres se asentaron por primera vez a fines del IV milenio, en las proximidades del único manantial de la región, el de Gihon. Antes de que David la conquistara, a principios del I milenio, Jerusalén fue durante 5.000 años un pequeño centro encaramado en la cima de la colina del Ofel; su nombre cananeo se encuentra escrito en akkadio, *Urusalima* («ciudad del dios Salim»), en las cartas del archivo que los faraones Amenofis III y Amenofis IV conservaban en el-Amarna, en Egipto. El nombre hebreo *Yerushalem* significa en lugar de lo anterior «fundación del dios Shalem». El Ofel constituía un promontorio rocoso, dotado de óptimas defensas naturales; posteriormente, primero en el Bronce Medio y después en el Bronce Final, cuando los gebuseos eran la tribu predominante en una población que comprendía una

amalgama de razas, la colina fue fortificada y, a pesar de que las narraciones bíblicas traten de hacer creer lo contrario, debió de ser inexpugnable para las tribus israelitas que estaban conquistando Palestina.

Jerusalén era, pues, una ciudad-estado gebusea cuando, según la narración bíblica, su rey Adoni-Sedeq fue vencido por Josué o por Judá; pero sabemos que la ciudad no cayó en manos israelitas y siguió siendo una ciudad gebusea durante otros dos siglos, constituyendo un núcleo independiente entre el territorio de Judá, al sur, y el de Benjamín, al norte. Fue de esta ciudad, sin duda política y económicamente débil, de la que se apoderó David hacia el año 1000 a. de C., porque tenía los requisitos ideales para convertirse en capital de su reino; en efecto, era un lugar dotado de excelentes defensas, en medio de un territorio controlado por él, un centro neutral entre las tribus del norte y las del sur, desde el que poder llevar a cabo la unificación nacional. Además, David confirió a Jerusalén una importancia excepcional, al convertirla en sede permanente del «Arca de la Alianza».

La ciudad de David ocupaba la superficie del Ofel: el rey hizo de ella, según la usanza cananea, la ciudad regia; la ciñó de nuevas murallas y construyó allí un palacio. Su sucesor fue Salomón, quien enriqueció la ciudad con sus empresas comerciales y la amplió hacia el norte. Un palacio real más grande y un templo en la zona septentrional, fuera de las murallas, fueron sus obras maestras; sin considerar los gastos, empleó los mejores artesanos fenicios de su tiempo para construir los edificios. La Biblia da una descripción tan detallada del templo que debía custodiar el Arca santa que se han podido sacar de ella reconstrucciones gráficas muy verosímiles.

La Jerusalén de David, de Salomón y de sus sucesores, en los cerca de 200 años que vieron a Israel dividida en dos reinos después de la muerte de Salomón, fue un centro administrativo, real y religioso; como capital del reino de Judá estuvo entonces en constante competencia con Siquem, la rival religiosa, capital del reino de Israel, al norte; sus murallas, sometidas a los repetidos ataques de los egipcios, de los arameos, de los reyes del norte, fueron a menudo reforzadas o reconstruidas; pero siguió teniendo las dimensiones de una ciudadela, situada junto a un santuario.

Su transformación en verdadera ciudad se produjo después del 721 a. de C., a continuación de los dramáticos acontecimientos que provocaron al norte la caída del reino de Israel bajo el ataque del ejército asirio, con la consecuente dispersión de sus pobladores, las «tribus perdidas», como eran llamados popularmente. Las fuentes no lo dicen, pero las excavaciones dan pruebas incontrovertibles de una notable expansión de la ciudd hacia el oeste, más allá del valle del Tyropeon: se ha calculado que en pocos años se produjo un incremento del 200 % de la población de Jerusalén. También la importancia del templo aumenta decididamente: no es ya un simple santuario real, sino que, como consecuencia de las reformas de los reyes Ezequías y Josías en los siglos VIII y VII a. de C., se convierte en el centro único de la religión mosaica.

El templo será la primera cosa que los hebreos querrán restaurar en el 519 a. de C., a su regreso del exilio de Babilonia. Fue mucho más modesto que el que habían arrasado los ejércitos babilónicos en el 587 a. de C., pero en él se podía practicar el culto; sin embargo, se tuvo que esperar más de un siglo para poder reconstruir las murallas, aunque por entonces Jerusalén, convertida en capital de la provincia persa de Judá, gozase de una cierta autonomía. Desde aquel momento, la ciudad se convirtió en el reino espiritual de una diáspora judaica cada vez más numerosa que desde lejos contribuía a su riqueza con el envío de dinero: los ciudadanos de Jerusalén lograron así una prosperidad que aún duraba en época helenística.

Durante el reino de los seléucidas, después del 198 a. de C., los fautores del helenistico proyectaron construir una nueva ciudad, una *polis* de estilo griego, junto a la ciudad antigua; la idea no gustó a la gran masa de la población, que se sublevó, provocando la intervención de Antíoco IV, rey siriomacedonio de los judíos, quien en el 168 a. de C., hizo saquear la ciudad y asesinar a sus habitantes: el templo fue profanado, pero tres años después fue purificado y consagrado de nuevo por Judas Macabeo. En el año 152 a. de C., elegido Sumo Sacerdote su hermano Jonathan, Jerusalén se convirtió en capital de la dinastía y del reino asmoneo.

Pero la tranquilidad relativa sólo duró un siglo; Pompeyo, que había intervenido por cuenta de Roma tras las luchas intestinas por el poder, respetó el templo, pero hizo abatir las murallas, reconstruidas después, en el 47 a. de C., con el permiso de César. Continuaban los graves conflictos internos que prepararon el camino a Herodes: en el 37 a. de C., éste se apoderó de Jerusalén y, durante 33 años, gobernó el reino de Judá. Su época rivaliza con la de Salomón por el esplendor de las nuevas construcciones erigidas en Jerusalén; esta vez la arquitectura es de estilo grecorromano: pórticos, teatro, todo tiende a occidentalizar la ciudad. Herodes reforzó también el sistema defensivo, levantando la fortaleza Antonia al noroeste del templo y las tres grandes torres llamadas Jasael, Hípico y Mariamne, junto a su nuevo palacio. No obstante, su proyecto más grandioso fue la reconstrucción del templo: la inmensa explanada de base requirió, al sur y al este, la construcción de muros de contención con piedras de 100 t.

Tras la muerte de Herodes, Jerusalén gozó de un breve período de paz —sólo del 40 al 44 d. de C.—, bajo el reinado de Agripa, nieto de Herodes, cuando la ciudad creció hasta tal punto que el rey tuvo que hacer construir un nuevo cinturón de murallas para rodear los nuevos barrios. Pero pronto llegaron los momentos más trágicos: entre el 66 y el 70 la sublevación y la guerra contra los romanos culminaron con el asedio de Tito y la toma de la ciudad. Al final de la guerra, Jerusalén y su templo no eran ya más que un cúmulo de ruinas carbonizadas. Sobre las ruinas, el emperador Adriano reconstruyó unos sesenta años después la Aelia Capitolina, a la que los judíos no podían acercarse; la influencia de su planta, la utilizada para las colonias romanas, es aún visible en la disposición actual de la «ciudad vieja». Más tarde, el emperador Constantino y su madre Elena hicieron construir la iglesia de la Resurrección en el lugar de la Crucifixión. Cuando llegaron los árabes, el califa Abd el-Malik hizo construir en la explanada del templo la «Cúpula de la roca», el gran santuario musulmán que constituye uno de los mejores ejemplos del arte y de la arquitectura árabes en sus albores. El ciclo se cerraba así: Jerusalén era ya Ciudad Santa para hebreos, cristianos y musulmanes.

Se ha observado ya que, a pesar de sus cinco milenios de historia, Jerusalén restituye muy difícilmente los monumentos importantes de su pasado. Trozos de murallas aparecen aquí y allá durante los sondeos arqueológicos: ya hemos recordado la muralla de la ciudadela del Bronce Medio y del Bronce Final; otros restos de murallas del siglo VIII recientemente descubiertos demuestran que en aquella época hubo una extensión de la ciudad hacia occidente; de la época amorita se conservan

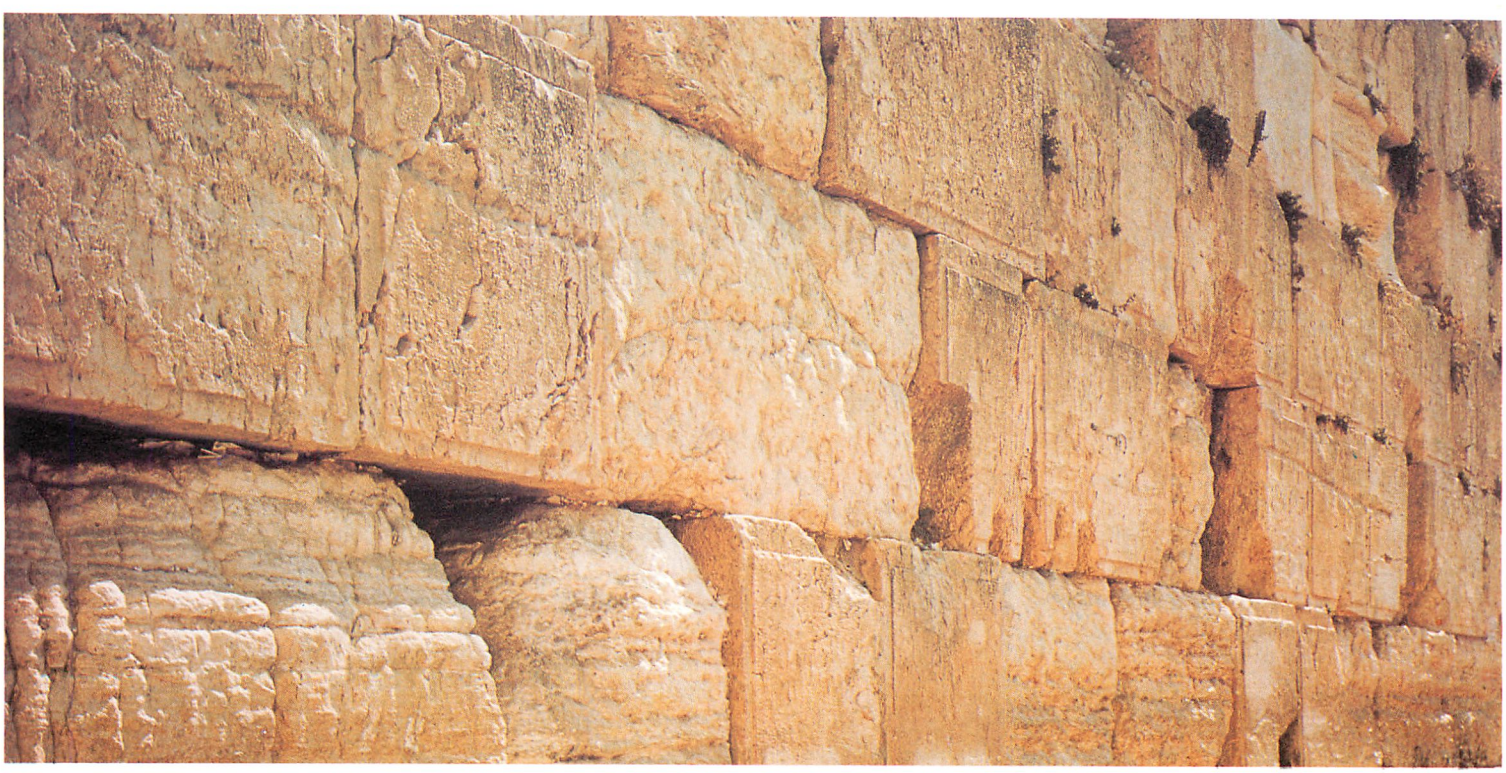
bases de las murallas en torno al monte Sión, y de la época de Herodes, los restos del tercer muro al norte y la base de una de las torres herodianas, en las proximidades del palacio: se eleva aún a 20 m de altura y es probablemente la torre de Fasele, popularmente llamada «torre de David».

Sin embargo, el principal punto de interés de los estudiosos ha sido siempre la ciudad de Salomón, exaltada en las narraciones bíblicas; pero, desgraciadamente, el palacio y el templo del hijo de David y Betsabé han desaparecido por completo. A pesar de ello, podemos tener una idea del templo y de sus ornamentos integrando la descripción del Libro de los Reyes con los datos arqueológicos proporcionados por otros templos de la zona sirio-palestina, como el de Tell Ta'yinat del siglo IX a. de C. El templo de Salomón surgía al norte de la colina del Ofel, estaba precedido por un patio donde se encontraban un altar para los sacrificios y una gran pila para el agua lustral que en la Biblia se llama «mar de bronce». A través de una puerta, flanqueada por dos columnas de bronce, se entraba en un vestíbulo cuadrado; la estancia sucesiva, el *hekal,* era una habitación rectangular de 20 m de longitud, 10 m de anchura y 15 m de altura; en ella se hallaban el altar de oro para los perfumes, la mesa de cedro para los panes ofrecidos y el candelabro de siete brazos. Una puerta resguardada por una cortina daba acceso al «santísimo», el *debir*, donde se conservaba el «Arca de la Alianza» que encerraba las «Tablas de la Ley». En el *debir* podía entrar sólo una vez al año el Sumo Sacerdote. Toda la decoración había sido realizada por los mejores artistas fenicios, enviados por el rey Hiram de Tiro; el interior estaba revestido de cedro, pero todo el *debir* estaba revestido de oro. «No se veía una piedra», recita el Libro de los Reyes.

Este templo, que se mantuvo sin variaciones durante tres siglos, fue destruido por Nabucodonosor, rey de Babilonia, en el año 587; no quedan rastros ni de éste ni del templo que los hebreos se apresuraron a reconstruir al regresar del exilio babilonico. Pero sí se han conservado restos del llamado «segundo templo», el que hizo construir Herodes en el siglo I a. de C. empleando unos 10.000 obreros. Se trata de una parte mínima de los grandes muros de contención de la explanada del templo, de los que se conservan 25 de los 41 m de altura: es el llamado «muro de las lamentaciones», junto al cual se reúnen aún hoy los hebreos para llorar, según una antigua tradición, la destrucción del templo. Otros elementos aún visibles son las entradas meridionales, que siguen intactas, y los restos de dos puentes, el «arco de Wilson» y el «arco de Robinson», que enlazan el templo con el centro ciudadano.

Prácticamente intacta está una de las obras más originales de Jerusalén, el canal subterráneo de la fuente de Gihon llevaba el agua al interior de la ciudad hasta la cisterna de Siloé. A la escasa luz de las velas, Warren no vio la inscripción que recordaba la excavación de la galería y que fue descubierta años después. De este canal las fuentes bíblicas nos proporcionan, afortunadamente, datos precisos, concordando en atribuir su paternidad al rey Ezequías, el cual con esta obra liberó la ciudad del miedo a la sed en caso de asedio. Además de genial, el canal es una espléndida obra de ingeniería: dos cuadrillas de obreros, partiendo cada una de ellas de un extremo, excavaron una galería en forma de S, de 583 m de longitud y 1,80 m de altura. Un ligero vestigio de un pasado perdido para siempre.

Muro de las lamentaciones. A partir del 37 a. de C. Herodes se apoderó de Jerusalén: se abrió así un período de esplendor urbanístico marcado por edificios de estilo grecorromano, después de que en la primera mitad del siglo II a. de C. fallara una tentativa análoga de helenización.



E. Lessing/Magnum

Jericó
La ciudad más antigua del mundo

Hace 12.000 años, los hombres frecuentaban ya el oasis de Jericó, una isla verde en medio del desierto en la parte sur del valle del Jordán, 10 km al norte del mar Muerto. Cazadores de cabras monteses, gacelas y osos residían allí sólo estacionalmente; pero a partir del milenio X a. de C., la presencia del hombre ha sido continua en el oasis, y por eso la memoria de Jericó, en hebreo *Yeribo* (la «ciudad del dios-luna»), llamada también «ciudad de las palmas», nunca se ha perdido.

Desde el siglo IV d. de C., algunos peregrinos cristianos que buscaban las huellas de historias bíblicas muy conocidas —como la toma de Jericó por Josué, la bendición de la fuente por parte de Eliseo, la nueva fundación de Jericó hecha por Hiel o la historia de Jesús y Zaqueo— nos han dejado recuerdo de sus viajes. Intentemos ver Jericó con los ojos del «peregrino de Burdeos», un cristiano culto de origen galorromano, que viajó por Palestina en el 333: «A la derecha, cuando se baja de la colina, detrás de una tumba, está el sicómoro al que trepó Zaqueo para ver a Cristo. A una milla y media de la ciudad está la fuente de Eliseo... Sobre esta misma fuente se ve la casa de la prostituta Rahab, a la que acudieron espías, y ella los escondió y fue la única que se salvó en la destrucción de Jericó. Aquí surgía la ciudad de Jericó, en torno a cuyas murallas giraron los hijos de Israel con el Arca de la Alianza, y las murallas cayeron. No se puede ver nada de ella, excepto el lugar en que se alzaba el Arca de la Alianza y las doce piedras del Jordán que llevaron los hijos de Israel.»

¿Pero qué es lo que se veía aún de la antigua Jericó cuando llegó allí el «peregrino de Burdeos»? ¿Existía aún en el siglo IV una memoria local tan viva de los lugares del pasado? Sin duda, es interesante notar que el «peregrino de Burdeos» supo distinguir entre la Jericó del Antiguo Testamento, que localizó en la zona que hoy se llama Tell es-Sultan, «la colina del Sultán», con la fuente de Eliseo, y la Jericó del Nuevo Testamento, en la zona del pueblo bizantino que es también la sede de la actual Jericó, Er-Riha.

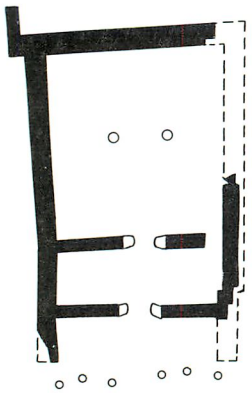
La casa de Rahab, la fuente de Eliseo y el árbol de Zaqueo siguieron llevándose la parte del león en las narraciones de los viajeros, pero la distinción entre las dos zonas de la ciudad nunca más fue tan evidente, al menos hasta el siglo XIX. Los viajeros que llegaban a Jericó llevando en la mente las historias bíblicas contaban, sobre todo, su sorpresa y su desilusión por las reducidas dimensiones y las pésimas condiciones de la ciudad. En 1106-1107, un ruso, el abate Daniel, la describía como un «pueblo sarraceno»; en 1322, sir John Maundeville hacía notar que «no es más que un pueblecito». Y, para referirnos a tiempos más próximos, en 1906, el *Baedeker,* la gran guía turística alemana, afirmaba que Jericó consistía en «un grupo de sórdidas chozas, el Serrallo (palacio del Gobierno) y unas cuantas tienduchas.

Sin embargo, ya en 1745, el obispo inglés Richard Pacocke, buscando las huellas de los lugares precisos del Antiguo Testamento y los de la época de Herodes, tan bien descritos por el historiador Flavio Josefo en el siglo I d. de C., había conseguido descubrir el emplazamiento de lo que habían sido los palacios de Simón Asmoneo y Herodes, en la zona de Tulul Abu el-'Alayq, al oeste de Tell es-Sultan, justo en la entrada de Wadi el-Kelt. Pero, en 1841, el teólogo norteamericano Edward Robinson y su discípulo Eli Smith vieron Jericó con ojos más agudos: «Las pequeñas colinas sobre la fuente están cubiertas de estructuras de piedra no cortada; y se pueden ver otras del mismo tipo en la llanura suroeste... Existen aquí suficientes huellas de antiguas edificaciones, pero ninguna nos permite decir definitivamente que éste es el emplazamiento de la antigua Jericó.»

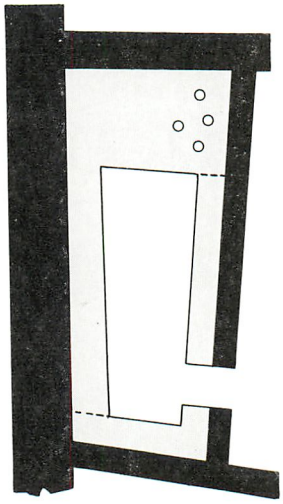
En 1868, la «Palestinian Exploration Found» fundada poco antes en Londres, enviaba a Jericó, para excavar en Tell es-Sultan, a un joven oficial de los Ingenieros Reales, Charles Warren, que desde el año anterior realizaba excavaciones en Jerusalén. «Se encontró muy poca cosa, excepto jarros de cerámica y morteros de piedra para moler el grano. La impresión general obtenida por el resultado de esta excavación es que estas colinas están formadas por el desmenuzamiento gradual de grandes torres y castillos de adobes», escribió Warren; pero el joven oficial escribía esto antes de que la obra de Flinders Petrie sobre la importancia de la cerámica revolucionara los criterios de datación de los niveles arqueológicos, y no pudo reconocer los restos del Neolítico que, sin embargo, había alcanzado.

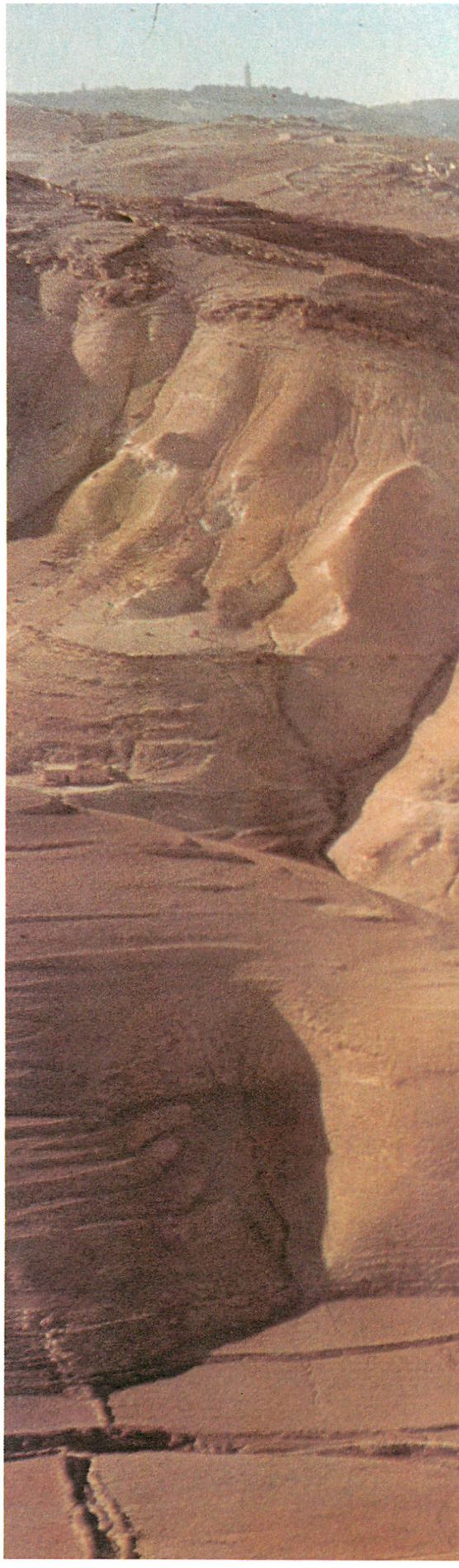
A nuestros ojos, estas excavaciones aparecen de un valor limitado, pero sirvieron para corroborar la tesis sostenida después, en 1883, por C. R. Conder y H. H. Kitchener, el famoso lord Kitchener de Kartum, en su «Survey of Western Palestine», de que la Jericó del Antiguo Testamento debía buscarse en Tell es-Sultan; la del Nuevo Testamento, en Tulul Abu el-'Alayq, y la Jericó de la época de las Cruzadas, en la moderna Er-Riha; conclusiones bastante sen-

Templo tipo megaron
Época Tardía



Templo del nivel VII
Primera edad del Bronce





Murallas y colinas en torno a Jericó. La historia de la ciudad se entreteje frecuentemente con los hechos narrados en la Biblia: no es casualidad que desde el siglo IV d. de C. se iniciaran los relatos de viaje de peregrinos cristianos que describen los lugares sagrados de su religión. Entre éstos debe recordarse el «peregrino de Burdeos», que ambienta entre las ruinas de la ciudad algunos episodios famosos narrados por la Biblia. Éste es un procedimiento que se repetirá, por ejemplo, en H. Schliemann, el descubridor de Troya: con un texto en la mano se trata de interpretar todos los hallazgos arqueológicos, perdiendo a menudo de vista los diversos niveles cronológicos.

satas, aunque sabemos que en Er-Riha existen también restos romanos y bizantinos. Pero era ya evidente que en Tell es-Sultan había que buscar las murallas que había derribado Josué, y a esta búsqueda se dedicaron generaciones de arqueólogos.

La primera gran expedición arqueológica llegó a Jericó en 1907. Era una misión mixta austro-alemana, dirigida por Ernst Sellin, el joven estudioso de la Biblia que había ya excavado en Tanaach, y por Carl Watzinger, ayudados por un grupo de arquitectos. En 1913 se publicaron plantas y fotografías de óptima factura, así como la cerámica con un texto exacto y minucioso. También los niveles estratigráficos eran muy precisos, pero las conclusiones un tanto inexactas, basadas como estaban en la hipótesis de que los restos hallados de un cinturón de murallas fueron los que había hecho derribar Josué en los siglos XIV o XIII a. de C. y que los restos de otra muralla pertenecían a la ciudad reconstruida por Hiel el Betelita en el siglo IX a. de C.

En 1929, John Garstang, experto arqueólogo de la Universidad de Liverpool, emprendió nuevas excavaciones; Garstang estaba en Palestina desde 1920 como director del Departamento de Antigüedades que había fundado Gran Bretaña, potencia mandataria. Entre 1930 y 1936, Garstang descubrió diversas fortificaciones, identificando las más recientes, también erróneamente, con las del templo de Josué y con las de Hiel. Por primera vez, sin embargo, la cerámica encontrada pudo ser clasificada según los conocimientos más modernos y, desde entonces, la historia de Jericó, reconstruida por sus restos arqueológicos, entró a formar parte del cuadro general de la arqueología palestina. Además, por primera vez, la excavación tocó los niveles más profundos, y los hallazgos resultaron pertenecer al Neolítico (7000-5000 a. de C.).

Pero la cuestión que aún hacía discutir era la del supuesto muro de Josué. Garstang y un arqueólogo francés de gran experiencia, el dominico C. H. Vincent, estaban convencidos de que uno de los muros pertenecía precisamente a la época de la conquista hebrea, porque sus niveles superiores aparecían derruidos como consecuencia de un evidente cataclismo. ¿Y qué era la narración de Josué, más que la crónica de un repentino terremoto? Pero los

R. Burri/Magnum

dos estudiosos no estaban de acuerdo en la fecha, ya que el padre Vincent prefería 1250 y Garstang 1375 a. de C.; intervino entonces el famoso William F. Albright, que desde 1919 a 1936 fue miembro y director de la «American School of Oriental Research» de Jerusalén, proponiendo un camino intermedio: 1325 a. de C., como fecha más probable del acontecimiento.

Así estaban las cosas cuando, a principios de los años cincuenta, Kathleen Kenyon, que dirigía la «British School of Archeology» de Jerusalén, para resolver de una vez la cuestión, decidió que la respuesta podía llegar de la propia muralla: ¿por qué no buscar la fecha en los fragmentos de cerámica? La empresa de Kenyon partió de este presupuesto y el resultado de este último asalto a las murallas fue el que no se esperaba: en efecto, se estableció con certeza que el muro en cuestión no podía ser el de Josué, porque su destrucción era anterior al año 2000 a. de C. De las excavaciones emergió también la evidencia de la historia de Jericó, incluso la antiquísima que no nos cuentan los textos bíblicos.

No es fácil narrar la historia de la que ha sido definida como «la ciudad más antigua del mundo»; pero para una época en la que los hombres no sabían aún escribir, los datos arqueológicos ofrecen en Jericó una serie excepcional de elementos. Sabemos que la construcción más antigua, un edificio de planta oval, existía ya en 9250 a. de C. y se alzaba junto a una de las principales fuentes del oasis; en aquella época, Palestina empezaba a salir del Paleolítico, y el oasis era frecuentado estacionalmente por cazadores de cabras, osos y gacelas. Al final del Mesolítico, que en Palestina toma el nombre de Natufiense, cuando otros lugares fueron abandonados, vemos que Jericó sigue siendo frecuentada debido a la riqueza de sus aguas; sus ocupantes la transforman en asentamiento permanente, y la comunidad de cazadores se convierte en agrícola, a la que quizá no era tampoco extraño el comercio de materias esenciales como la sal, el betún y el azufre. Estamos hacia el 7000 a. de C., el «campo» protoneolítico se transforma en una ciudad de casi 4 hectáreas, con casas de planta redonda u oval y murallas que defienden los bienes ciudadanos: por fin, aquí, en Jericó, existe el testimonio tanto tiempo buscado de la evolución que hizo pasar al hombre del estado de cazador al de miembro de una comunidad fija; curiosamente, practica la agricultura, pero no conoce aún el uso de los recipientes de arcilla: es el llamado I Neolítico precerámico. El recinto amurallado es fuerte: 3 m de grosor y, por lo menos, 4 m de altura; Kenyon encontró también restos de una torre maciza que avanzaba hacia el interior de la ciudad; medía 9 m de diámetro y tenía una escalera interna de 20 peldaños que permitían alcanzar su cima, a una altura de casi 8,5 m. Después, la torre cambió de objetivo y se convirtió en lugar de sepultura. En la misma época —estamos ahora en la segunda fase del Neolítico precerámico—, las casas tenían considerables dimensiones, planta cuadrangular, con las estancias agrupadas en torno a un patio, en el cual se cocinan los alimentos; los pavimentos y las paredes estaban revocados y coloreados de anaranjado y rosado.

Este período se caracteriza por una curiosa forma de culto a los antepasados, que es también uno de los descubrimientos más sensacionales de Tell es-Sultan. Precisamente al final de la campaña de 1953, en el lado oeste del tell, mientras se excavaban los antiguos edificios de viviendas, apareció en la pared de una trinchera de excavación, la parte superior de un cráneo humano, que permaneció allí hasta el término de la excavación, cuando prevaleció la curiosidad de los colaboradores de Kenyon, quien tuvo que dar —de mala gana, según declaró luego— permiso para extraerlo. En realidad, los curiosos tenían plena justificación: el cráneo estaba recubierto de una espesa capa de yeso que moldeaba los rasgos del difunto, y las cavidades orbitales estaban llenas de conchas. A pesar de que la campaña había terminado prácticamente, se reanudó la excavación: detrás de la primera cabeza había otra y después otra, hasta un total de siete. Luego, se encontraron los esqueletos, a cierta distancia. ¿Culto de los antepasados o prácticas especiales contra los enemigos? «Yo siempre he tenido la idea de que son las cabezas de antepasados venerados, impresión debida al hecho de que parecían retratos y los rasgos están modelados con amoroso cuidado», sostuvo miss Kenyon.

Llegamos así a los alrededores del 5000 a. de C.: las ruinas de las casas de Jericó construidas junto al manantial forman ya una pequeña colina de unos 15 m de altura. Encima del tell así formado se establecieron nuevos habitantes: su característica más evidente es que, por fin, utilizan recipientes de cerámica barnizada de rojo o decorados con dibujos grabados. El final de esta fase, el Neolítico cerámico, se puede situar en la segunda mitad del V milenio; después vino el abandono de Jericó por motivos que se nos escapan.

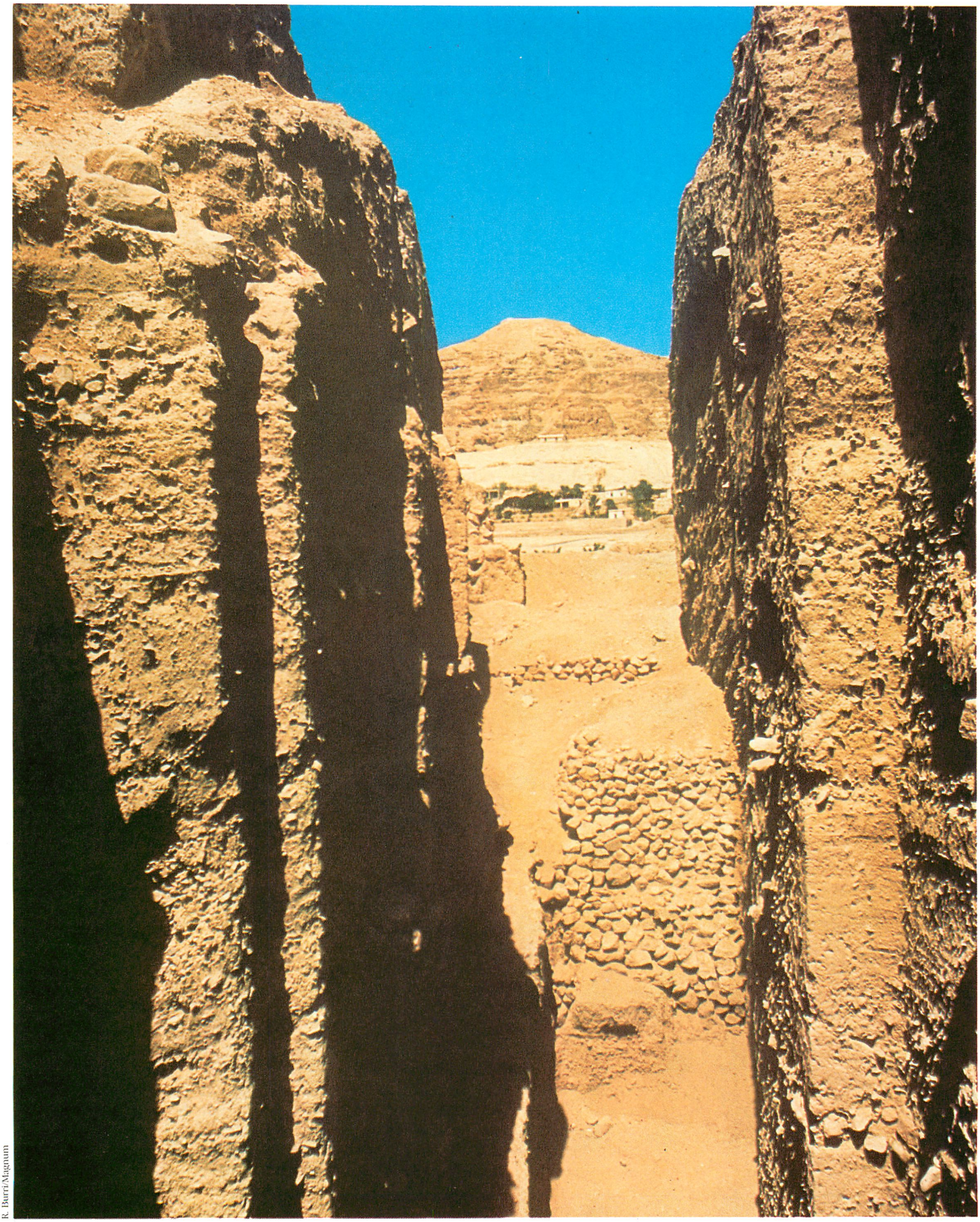
En los umbrales de la primera Edad del Bronce, en el siglo XXXII a. de C., los hombres volvieron a las colinas de Tell es-Sultan y permanecieron allí durante todo el Bronce Antiguo; pero no debió de ser una vida tranquila, ya que las excavaciones han mostrado que en este lapso de tiempo, menos de un milenio, las murallas fueron derribadas y reconstruidas 16 veces. La ciudad está, como las otras ciudades cananeas de Palestina, en una fase de magnífico desarrollo: las murallas descubiertas por Kathleen Kenyon circundan un área de unas dos hectáreas, están construidas con adobes y se alzan hasta 16-17 m; defienden eficazmente contra los temidos ataques de oriente, pero la ciudad debe sufrir los daños provocados por cataclismos naturales, en particular los frecuentes terremotos, al menos cuatro cada siglo.

Hacia finales del III milenio se produjeron los acontecimientos que se refieren al muro que se creyó destruido por Josué; las excavaciones han aclarado que la última muralla fue destruida antes aún de ser terminada y los habitantes tuvieron que repararla, evidentemente a toda prisa, acosados por el enemigo, utilizando materiales de acarreo y viejos ladrillos rotos. En la zona noroeste del tell, Garstang primero y después Kenyon excavaron más de 300 tumbas de esa época: las inhumaciones se habían sucedido en las sepulturas, junto con amuletos, vasos, collares y curiosas «flautas» hechas con huesos de oveja o de cabra.

Después, tal vez hasta el siglo XIX a. de C., parece que Jericó no tuvo murallas; sólo en el transcurso del Bronce Medio fue construida una nueva línea fortificada, que por el este abandonaba los contornos del tell y corría por el terreno llano para englobar también la fuente de es-Sultan.

Las murallas se elevan ahora casi hasta 11 m de altura: es un muro en declive, de

Muralla de la ciudad vieja. Un primer asentamiento estable en el sitio de la futura Jericó se fecha hacia el 9250 a. de C.: posteriormente, la ciudad será destruida y reconstruida varias veces a causa de los intentos expansionistas de los diversos reinos orientales que pretendían así asegurarse el control de las salidas al Mediterráneo.



R. Burri/Magnum

R. Burri/Magnum

Vista del asentamiento antiguo. De la ciudad antigua se han conservado muy pocos edificios con sus paredes. Durante la excavación de viviendas neolíticas se encontró un grupo de siete cráneos modelados con yeso, interpretables como elementos de un culto a los antepasados.

tierra lisa revocada de fango, protegido en su base por un muro de piedra de 3 m. Pero tampoco esta línea fortificada soportó el embate de los asaltos enemigos: a principios del siglo XVI, la ciudad fue destruida y el tell quedó abandonado. De esta época escasean los restos del asentamiento ciudadano, pero las tumbas de la necrópolis con sus ajuares permiten trazar un cuadro muy concreto de la vida cotidiana de la ciudad: las condiciones de vida fueron, al parecer, confortables, pero no hay signos de lujo; la cerámica es de excelente realización; los objetos de madera —mesas, sillas— están hechos por hábiles artesanos locales, aunque las formas derivan probablemente de Egipto; las copas de alabastro son de piedra local, tal vez del vecino Beisan; las piedras para los molinos y los morteros deben de proceder de los yacimientos volcánicos de Transjordania. Los cestos, las esteras y los tejidos son productos de las industrias domésticas.

Hemos visto que en el siglo XVI Jericó fue abandonada una vez más por sus habitantes; Kenyon ha encontrado debilísimas huellas de la ciudad que fue reconstruida por los alrededores del 1400 para ser destruida de nuevo por Josué. Es un hecho singular que de «la más antigua ciudad del mundo» nos falte el dato arqueológico en el momento en que las narraciones bíblicas nos proporcionan válidos elementos para reconstruir su historia más reciente. La penetración israelita tenía que superar forzosamente Jericó para dirigirse hacia el oeste, y el libro bíblico de Josué narra con riqueza de detalles la historia del asedio y de la caída de la ciudad y del anatema de Josué contra quien tratara de reconstruirla. El hecho es que las murallas de Jericó, derribadas por Josué al sonar de las trompetas, las murallas tanto tiempo buscadas, a menudo tan entusiasta como erróneamente localizadas, no han aparecido aún en las excavaciones.

También la laguna en la documentación arqueológica entre los siglos XVI y VII parece contrastar con las narraciones bíblicas que cuentan cómo —cuando el país fue dividido entre las tribus— Jericó fue asignada a Benjamín, cómo la conquistó en el siglo IX el rey Mesha de Moab, cómo hacia la misma época el anatema de Josué recayó en Hiel de Betel, quien tuvo la osadía de reconstruir Jericó (aunque quizá se limitó a fortificarla de nuevo en vista de la ofensiva del rey Mesha). El fondo de los relatos bíblicos es, por tanto, el de un asentamiento israelita, existente sin duda sobre las ruinas de la Jericó del Bronce Medio. Kenyon ha tratado de explicar la laguna cronológica con la suposición de que las lluvias y la consiguiente erosión hayan eliminado por completo las huellas de este asentamiento. En realidad, esta hipótesis es superflua, porque ya Garstang había descrito tumbas y construcciones de principios de la Edad del Hierro, y Sellin y Watzinger sacaron a la luz restos de edificios que pueden datarse en los siglos XI y X a. de C.

La Biblia refiere también que Jericó se convirtió para los profetas en una etapa obligada: Eliseo purificó sus aguas, Elías fue arrebatado al cielo no lejos de allí. Los conquistadores babilonios destruyeron después la ciudad en el 587 a. de C. y deportaron a sus habitantes junto con todos los demás hebreos: fue un exilio del que no regresaron más que 345 «hijos de Jericó»; después, convertida en la provincia persa de Yehud —éste es el nombre que aparece en las impresiones de sellos sobre ánforas encontradas en Jericó—, se sublevó contra la dominación extranjera y fue destruida, en represalia, por Artajerjes III Oxo.

Esta vez Tell es-Sultan fue abandonada y sus habitantes se trasladaron a Tulul Abu el-'Alayq, más al oeste, donde una misión norteamericana descubrió, en 1950-51, las ruinas de una fortaleza atribuida al general seléucida Báquides; una vez más, los restos arqueológicos se iluminan con los datos de la historia: en efecto, es sabido que durante la rebelión de los macabeos, Báquides fortificó Jericó y que a Simón, el último de los hermanos asmoneos, lo mataron precisamente en los alrededores de la ciudad.

En tiempos de la dominación romana, el oasis de Jericó, con sus plantaciones de palmeras y bálsamos, era célebre por su fertilidad; Marco Antonio se lo regaló a Cleopatra, pero Herodes consiguió tomar en arrendamiento las plantaciones y las explotó en su provecho; después de la muerte de Antonio y de la reina de Egipto, volvieron a ser propiedad suya. En su reinado la ciudad se enriqueció —según cuenta Flavio Josefo— con edificios públicos y privados, un hipódromo, un anfiteatro y un palacio de invierno. De tanto esplendor quedan las ruinas de las murallas, que tenían dos torres, llamada una Kypros, por el nombre de la madre, y otra Fasael, por el nombre del hermano del rey.

En tiempos de Jesús, Jericó era una ciudad próspera; el Mesías, en su último viaje a Jerusalén, la atravesó y se detuvo en casa del rico publicano Zaqueo. Las últimas vicisitudes de la Jericó antigua la contemplan destruida —durante la primera guerra judeo-romana— por el emperador Vespasiano, quien estableció después en ella una guarnición. Fue Adriano quien, por fin, reconstruyó Jericó, que aún sobrevivía a finales de la alta Edad Media, cuando llegó allí el «peregrino de Burdeos».

Fiorepress

Fragmento de las murallas. En torno al 7000 a. de C. se asiste a una serie de transformaciones que llevarán a la fundación de una verdadera civilización urbana, revelada por casas residenciales espaciosas y revocadas y por la fuerte muralla, de la que sobresalían dos torres, llamadas Kypros y Fasael.

Cronología de las ciudades sirio-palestinas e israelitas

9250, aprox.-3500 a. de C.

9250, aprox.:
Edificio de planta ovalada en Jericó: «la ciudad más antigua del mundo».
7000-3500, aprox.:
Neolítico de Jericó
I Período precerámico: ciudades con casas de planta redonda u ovalada y muros de fortificación.
II Período precerámico: culto a los antepasados (?) y casas de planta cuadrangular.
Neolítico cerámico (desde el 5000, aprox.) que termina con la destrucción de la ciudad.
6500-5250:
Neolítico de Ugarit
Primeras viviendas de planta cuadrangular y trabajo de la cerámica.
5250-4300:
Calcolítico de Ugarit
Avances en arquitectura y cerámica.
4300-2100:
Calcolítico final y Bronce Antiguo de Ugarit
Testimonios inseguros.
Primeros trabajos en bronce.
Aparición del topónimo Ugarit.

3500-3000 a. de C.

3500-3000:
Primeros asentamientos estables en Ebla.
3300, aprox.:
Calcolítico de Megiddo
3200-3100, aprox.:
Inicio del Bronce Antiguo en Jericó
Nuevo asentamiento con fortificaciones.
3000-1950:
Bronce Antiguo de Megiddo
Murallas de fortificación.
Final del IV milenio:
Primeros asentamientos en Jerusalén.

El intendente Ebih-il de Mari, Museo del Louvre (Archivo Salvat)

3000-2500 a. de C.

Inicios del III milenio:
Primeros asentamientos en Mari.
2600:
Aparecen en Ebla los más antiguos testimonios arqueológicos: la ciudad verá muy pronto aumentar su papel político y comercial.
2600-2300/2250:
Papel de primer orden de Mari, que, sin embargo, deberá rendirse al soberano akkadio Naram-Sin.

2500-2000 a. de C.

2400-2300/2250:
Período protosirio de Ebla en el punto más alto de la potencia de la ciudad.
2300, aprox.:
Se remontan a esta época los más antiguos testimonios literarios sobre Ebla: Sargón de Akkad y Naram-Sin celebran el sometimiento de la ciudad.
2300/2250-2000, aprox.:
Bajo el dominio de la ciudad de Urshu prosigue la cultura protosiria: hacia el 2000 a. de C. se produce la destrucción del pequeño centro que fue sede de Ebla.
2100, aprox.:
Fin del período oscuro de Mari.
2100-1650:
Bronce Medio de Ugarit
Producción masiva de bronce.
Fin del III milenio:
Destrucción de las murallas de Jericó.
Nueva independencia de Mari (2000, aprox.).

2000-1500 a. de C.

Inicios del II milenio:
Palacio Occidental de Ebla.
2000-1800:
Bronce Medio de Alalakh
2000-1600:
Época Paleosiria
Fase I (2000-1800): nuevo florecimiento de Ebla.
Fase II (1800-1600): Ebla se convierte en ciudad dependiente de Halpa/Alepo, para ser más tarde completamente destruida, tal vez por obra de los soberanos hititas.
1950, aprox.:
Transición de Bronce Antiguo a Medio, en Megiddo
Nuevas formas cerámicas.
1950-1550:
Bronce Medio en Megiddo
Planteamiento monumental de la ciudad.
1900-1800:
Primeras referencias literarias sobre Hazor en los textos egipcios.
Nueva fortificación de Jericó.
1800-1700:
Cita de Hazor en los archivos de Mari.
Época de Zimri-Lim de Mari y destrucción final de la ciudad por obra de Hammurabi (1761 a. de C.).
Florecimiento de Alalakh (1800-1750, aprox.) seguido de una fase oscura.
1800-1550:
Primera ocupación de Hazor con su correspondiente fortificación (Bronce Medio II): anteriormente asentamientos limitados y esporádicos.
1600-1400, aprox.:
Nueva destrucción de Jericó (1600/1500).
1600/1500-700/600:
Lagunas arqueológicas en Jericó: sólo hacia el 1400 aparecen débiles trazas de reconstrucción de la ciudad que, posteriormente, destruyó de nuevo Josué.
1550-1200:
Bronce Tardío de Hazor
La ciudad no sufre repercusiones como consecuencia de la renovada expansión egipcia.

1500-1000 a. de C.

1500-1000:
Tuthmosis III conquista Ebla.
Continúa la vida de Mari: escasas noticias y aún pocos descubrimientos.
1479:
Tuthmosis III destruye Megiddo, que será reconstruida más adelante (Bronce Tardío), junto con la reanudación de las actividades: son famosos los marfiles de este período.
1450, aprox.-1350:
Nuevo florecimiento de Alalakh.
1400-1300:
Mención de Hazor en los archivos de Tell el-Amarna (primera mitad del siglo).
1400-1200:
Máximo florecimiento del reino de Ugarit.
1300/1200:
Los ejércitos israelitas conquistan Hazor.
1200, aprox.:
Durante el reinado de Ammurapi, Ugarit es invadida por los «Pueblos del Mar» (finales del siglo XIII).
Destrucción definitiva de Alalakh, quizá debida a los «Pueblos del Mar».
1150, aprox.:
Destrucción de Megiddo por los «Pueblos del Mar» y pronta reconstrucción monumental.
1100-1000:
Escasos testimonios sobre Hazor (Edad del Hierro).
Destrucción de Megiddo (1100) y abandono de la ciudad casi durante un siglo.
1100-900:
Florecimiento de Sam'al sobre asentamientos precedentes.

1000 a. de C.-395 d. de C.

1000-900:
Reconstrucción de Hazor y Megiddo, por motivos estratégicos, bajo el reinado de Salomón.
David escoge Jerusalén como capital (1000, aprox.) y es secundado por Salomón: a la muerte de este último la ciudad se convierte en capital del reino de Judá.
900-800:
Con el reinado de Acab de Omri, soberano del reino septentrional de Israel, Megiddo es ulteriormente fortificada.
Hacia mediados de siglo se sitúa el reinado de Acab sobre Hazor.
Aspecto monumental y fortificaciones en Sam'al.
800-700:
Destrucción de Hazor por Tiglat-Piléser III (732).
A partir de este período el templo de Jerusalén se dispone para convertirse en el centro universal de la religión mosaica.
Los ejércitos asirios destruyen Megiddo (734).
750, aprox.:
Máximo florecimiento de Sam'al.
587:
Los babilonios derriban el templo de Jerusalén, que será reconstruido en 519.
Destrucción de Jericó por los babilonios, a la que seguirá la definitiva de Artajerjes III Ocos.
Finales del siglo VI:
Huellas de asentamiento en Ugarit.
168 a. de C.:
Antíoco IV ordena saquear Jericó.
152 a. de C.:
Jerusalén se convierte en la capital del reino asmoneo.
37 a. de C.:
Después de que Pompeyo había causado destrucciones en Jerusalén, los romanos, con Herodes, se adueñan de la ciudad: nuevo esplendor urbanístico.
70 d. de C.:
El emperador Tito asedia y saquea Jerusalén: este hecho sella de forma emblemática la definitiva y consolidada intromisión de Roma en el mundo oriental.

Vasos de terracota de Palestina del II milenio a. de C., Museo del Louvre (Archivo Salvat)

Hazor
La fortaleza de Salomón

Desde la segunda mitad del siglo XIX la colina artificial de Tell el-Qedah, en la Palestina septentrional, a 14 km del lago Tiberíades, llamó la atención de los viajeros que trataban de reconocer en los sitios modernos las antiguas ciudades mencionadas en la Biblia. En efecto, hasta hace pocos años todas las investigaciones arqueológicas que tuvieron como objeto Palestina incluían como principal finalidad la identificación de las ciudades a las que hacía referencia la Biblia, conectándolas con la historia de Israel. El Antiguo Testamento daba también descripciones exactas de las características geográficas de algunos centros que han servido a menudo —aunque no siempre adecuadamente— a los estudiosos del siglo XIX que visitaban aquellos lugares, sin emprender ninguna actividad de excavación. Ya en 1875, el inglés J. L. Porter había identificado en Tell el-Qedah la Hazor de la Biblia, pero solamente después de la primera guerra mundial se inició la verdadera actividad arqueológica en Tierra Santa. En los años transcurridos entre las dos guerras mundiales, J. Garstang trabajó en Hazor sin dejar ningún informe de sus tareas (cosa que entonces ocurría con bastante frecuencia); de sus actividades quedan sólo unos breves apuntes y un bosquejo del tell sobre el que el inglés había anotado las zonas de sus excavaciones. Así, cuando el intrépido arqueólogo israelí Yigael Yadin decidió en 1955 iniciar unas verdaderas excavaciones en Tell el-Qedah, disponía, por una parte, de los apuntes de Garstang, insuficientes desde el punto de vista científico, y, por otra, de las fuentes antiguas, entre las cuales era importantísima la Biblia. Las referencias más antiguas a Hazor se hallan en los textos egipcios de execración (del siglo XIX a. de C.), pero también son de gran interés las cartas contenidas en los archivos de Mari y las de Tell el-Amarna; en las primeras (siglo XVIII a. de C.) la ciudad palestina es citada junto a importantes centros de Mesopotamia y Siria, y en las segundas, que se remontan a la primera mitad del siglo XIV a. de C., un rey de Hazor pide la ayuda del faraón para que intervenga contra las hordas de proscritos *(habiru)* que en aquel período atentaban continuamente contra la independencia de las ciudades palestinas. Por último, el nombre de Hazor es uno de los que aparecen más frecuentemente en la Biblia, tanto durante la historia de la conquista de la Tierra Prometida por parte de los israelitas, como en la narración de los acontecimientos que acompañaron las victorias de Tiglat-Piléser III de Asiria (732 a. de C.) en tierras de Galilea.

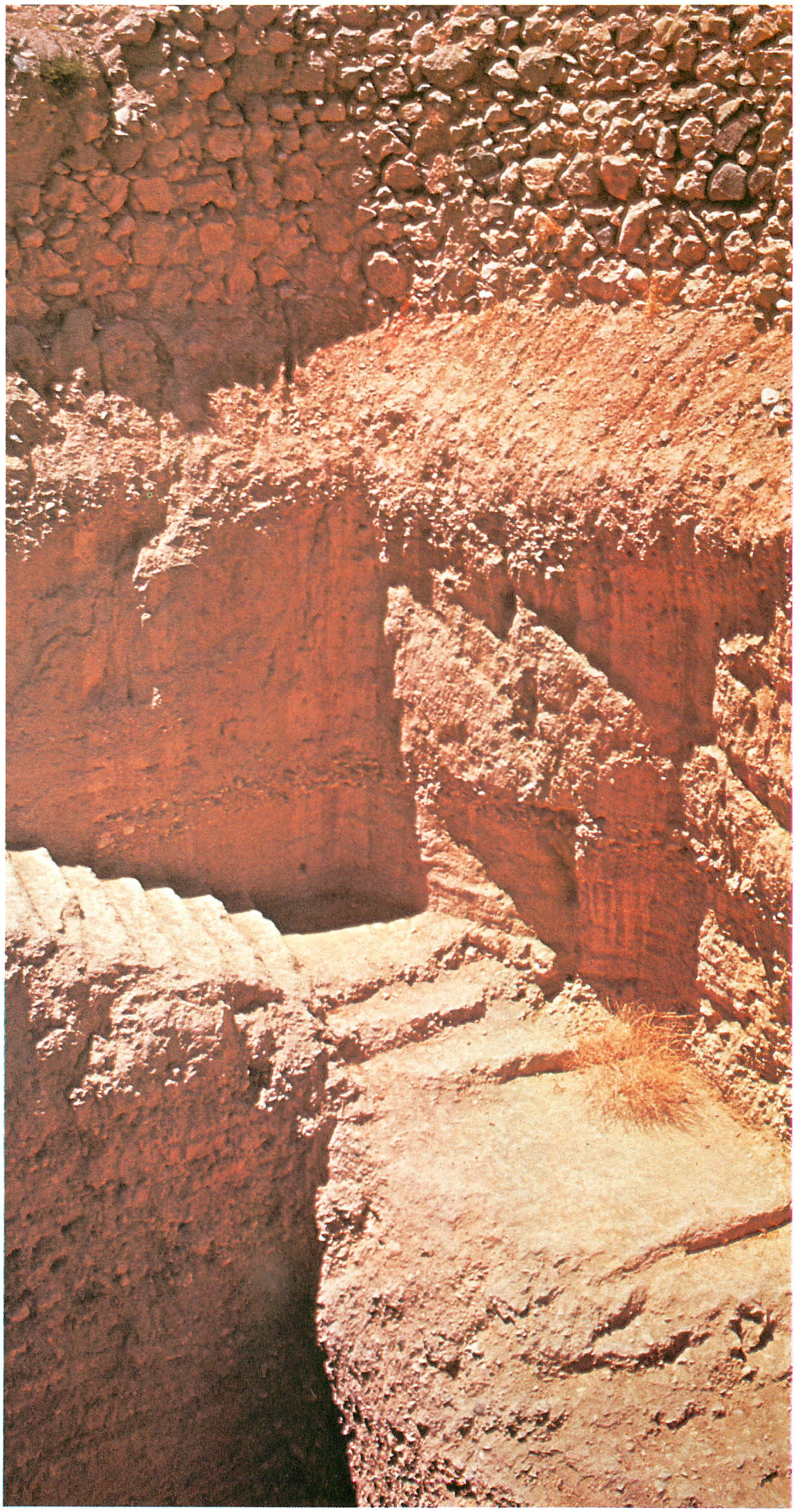
Y. Yadin se dispuso en 1955 a explorar la superficie del tell teniendo en cuenta las referencias que poseía, pero no limitándose a buscar en el terreno los datos que las confirmasen; así, aplicando las modernas metodologías de excavación, logró reconstruir por completo la sucesión de los niveles estratigráficos y, en consecuencia, la historia de los asentamientos que se habían sucedido en Hazor, aunque faltaban —como siempre en Palestina— datos epigráficos descubiertos en el terreno capaces de precisar con seguridad el curso de los acontecimientos.

Las campañas de excavación se desarrollaron —después de la primera de 1955— en 1958, en 1965 y en 1969 y se valieron de la participación de los más cualificados estudiosos israelíes, así como de la fuerte contribución económica del barón James A. de Rothschild.

Tell el-Qedah se extiende sobre una superficie, más o menos rectangular, de unas 70 hectáreas, y su parte meridional es también la más elevada. Hazor fue ocupada a partir del Bronce Medio II (siglo XVIII a. de C.) de forma estable y consistente, habiendo conocido ya precedentemente formas de asentamiento bastante limitadas y esporádicas. Durante el Bronce Medio, la ciudad, que ocupaba ya el máximo de su superficie, fue rodeada de murallas defensivas del tipo comúnmente adoptado en aquel período en Siria y Palestina. Se sustituyeron las viejas murallas de ladrillos que defendían la ciudad por murallas en terraplén, formadas por grandes cantidades de tierra prensada, que descendían en un talud escarpado hacia el exterior de la ciudad; el terraplén presentaba un grosor considerablemente aumentado respecto a las viejas murallas y se oponía muy bien a los nuevos tipos de armas que se habían adoptado en aquel tiempo, con el ariete en primer lugar. La fisonomía que aún sigue teniendo Tell el-Qedah se debe precisamente al muro en terraplén que rodeaba la ciudad en su momento de mayor expansión. El gran espesor de aquel tipo de fortificaciones exigía unas puertas particulares, y en Hazor se construyó entonces una puerta que daba acceso a la ciudad y respondía bien a la exigencia que se había creado: el paso se abría entre dos poderosas torres rectangulares de 6,5 × 16 m y estaba flanqueado por tres parejas de pilastras que creaban un triple obstáculo a quien entraba en la ciudad. El conjunto del sistema defensivo (terraplén + puerta en tenaza) adoptado en Hazor encaja perfectamente con la tipología entonces común en Siria y Palestina de grupos étnicos, los amoritas y los cananeos, bastante próximos entre ellos culturalmente, y que al encontrarse frente a los mismos problemas estratégicos, les oponían las mismas medidas preventivas. La ciudad estaba comple-

tamente habitada y eran muy numerosas las casas privadas, las más ricas de las cuales estaban constituidas por una estancia central —un patio— flanqueado por dos cuartos sobre dos lados solamente, mientras las más pobres, que se amontonaban en la ciudad baja, también a los pies de la vertiente interior del terraplén, estaban formadas en muchas ocasiones por una sola estancia en la que se desenvolvía la vida de toda la familia, aunque fuera numerosa. Los habitantes de Hazor podían contar con una organización ciudadana bastante avanzada, con servicios comunes que atendían adecuadamente las necesidades del conglomerado urbano; por ejemplo, existía todo un sistema de depósitos para el agua excavados en la tierra (las llamadas cisternas «de botella») y dotados de un sistema de impermeabilización de las paredes, obtenido mediante un revocado especial, que permitía la conservación de grandes cantidades de agua a la que tenía acceso toda la población.

Las cisternas tenían una profundidad de hasta 8-9 m, con una capacidad de unos 23 m^3, y siguieron estando en uso en los períodos sucesivos; una vez se había utilizado el agua en las casas, el desagüe se efectuaba a través de alcantarillas, construidas bajo los pavimentos, que la llevaban al exterior. La importancia de la ciudad baja de Hazor durante la fase del Bronce Medio (1800-1550 a. de C.) queda también reflejada por la presencia en los barrios más periféricos de importantes lugares de culto, como el templo del área H, en el extremo del sector noroccidental, que presentaba un vestíbulo tripartito y una ancha cella con el nicho en la pared de fondo para al-



E. Lessing/Magnum

Pozo con escalera de acceso. En la organización urbana de Hazor se asignaba un puesto importante a la conservación y distribución del agua: ésta se extraía de cisternas de tipo «botella», excavadas en el terreno y revocadas; una vez utilizada, el agua fluía hacia el exterior por las alcantarillas.

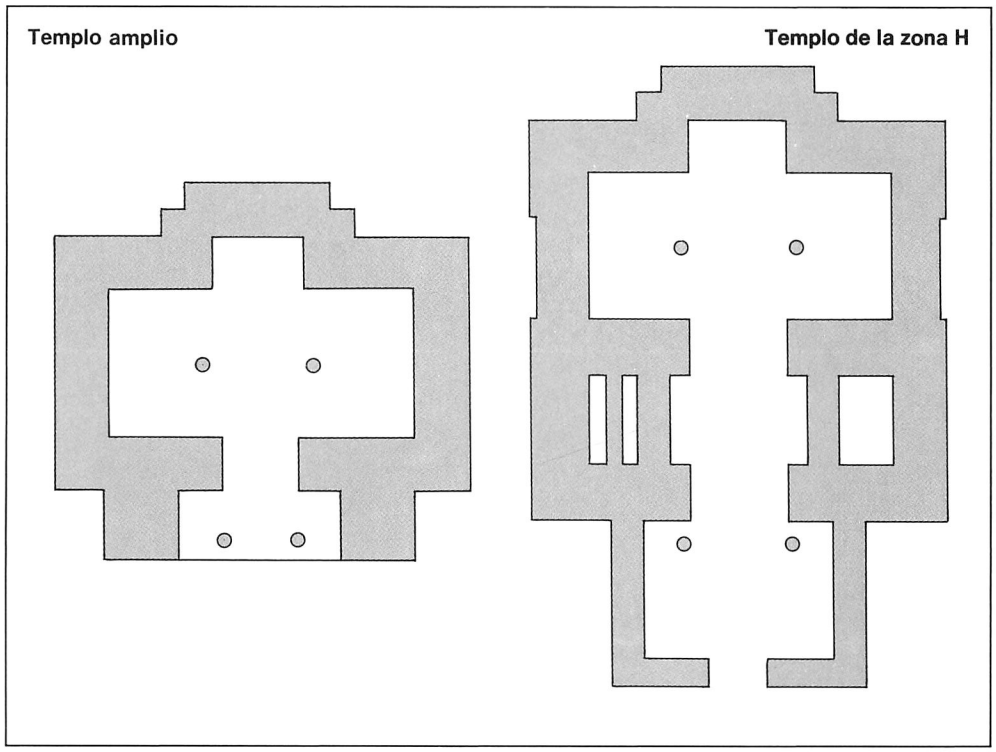
bergar la estatua de la divinidad que en él se veneraba. En el barrio occidental había una segunda construcción sagrada que presentaba una planta mucho más compleja, con un patio central y dos cellas, además de varias estancias accesorias, que han hecho pensar en un templo doble en el que se veneraban dos divinidades distintas.

Pero los edificios más importantes, tanto laicos como religiosos, debían de hallarse en las acrópolis, donde la presencia de notables estructuras del período israelita ha impedido que se profundizara la investigación de las construcciones del Bronce Medio y del Bronce Final; sin duda, allí, en la parte más meridional de la ciudad, debía de alzarse el palacio que albergaba la residencia de quien gobernara Hazor durante la fase de su máxima expansión. De aquel período, los arqueólogos israelíes sólo han descubierto un templo, que debía de estar unido al palacio real. Este edificio sagrado (Templo amplio) tiene una planta muy simple, con la cella de forma rectangular, del tipo más difundido en la zona siria durante aquella época.

Las vicisitudes de Hazor, como las de todas las demás ciudades de Palestina, estuvieron siempre estrechamente ligadas a la historia egipcia, y los acontecimientos internos dependieron en gran parte de lo que ocurría al mismo tiempo en la tierra del Nilo. Durante el Bronce Medio, Hazor, como los demás centros cananeos, había gozado de la prosperidad que derivaba del hecho de que Egipto, debilitado internamente, no podía ejercer su influencia militar en Palestina. Pero las cosas cambiaron cuando volvieron al trono de los faraones los aguerridos soberanos de la XVIII dinastía, que hacia 1580, expulsados los hicsos usurpadores del poder, quisieron restaurar su hegemonía sobre las ciudades palestinas. Los centros que no aceptaron este retorno de la supremacía egipcia, como Jericó, fueron destruidos. Hazor, evidentemente, acogió de buen grado el cambio de la situación política, por lo que no sufrió ningún daño y la vida de la ciudad continuó sin grandes transformaciones en el período del Bronce Final, en la misma extensión territorial que había tenido anteriormente. Durante el Bronce Final (1550-1200 a. de C.) se utilizaron en parte las estructuras precedentes, con el sistema defensivo y el hidráulico, pero se construyeron también nuevos edificios, laicos y religiosos, que las excavaciones de Y. Yadin han sacado a la luz. La ciudad estaba habitada todavía por el grupo cananeo, que ocupaba con sus construcciones toda la ciudad baja, en la que habían surgido también pequeñas zonas industriales, con talleres de alfareros; en uno de estos talleres se han encontrado las ruedas que servían para modelar las vajillas y pequeñas máscaras religiosas de terracota. El sistema hidráulico utilizado era el mismo que en el Bronce Medio y no parece que se hicieran cambios importantes, mientras que la edificación de tipo religioso recibió un notable impulso. Se construyó un templo pequeñísimo (6 × 4,5 m) cerca de los muros defensivos del suroeste, el cual, aun en la sencillez de su estructura, formada por una sola estancia, despertó con toda justicia un gran interés en el momento del descubrimiento. En efecto, en una hornacina semicircular, de 1 m de diámetro, que se encontraba justo frente a la puerta de entrada, se descubrieron 17 estelas de basalto, todas más bien pequeñas (van de 22 a 65 cm de altura), con la parte superior redondeada y sin adorno alguno, con excepción de una que tenía, en relieve, dos manos que se aproximan una a otra y sobre ellas una media luna con un disco en el centro. Junto a las estelas había una estatua, también de basalto, de un personaje sentado, cuyo rostro no tenía marcadas las facciones; lo raro del hallazgo de la divinidad sin rostro encontró su explicación en las máscaras de terracota del taller de alfarería, ya que las dimensiones de las máscaras eran compatibles con las de la cabeza de la estatua y, por tanto, se ha pensado que sobre el rostro sin facciones se colocaban las máscaras con diversas expresiones, según las circunstancias. También los símbolos de las estelas han servido para identificar la divinidad venerada en el templo, y el parangón con hallazgos similares, pero de zonas púnicas, ha contribuido a que se atribuyese el pequeño santuario al dios-luna, cuyos símbolos eran precisamente el creciente lunar con un círculo dentro. El gran templo de la zona H sufrió algunos cambios: el edificio fue ampliado con la incorporación de un vestíbulo, que ocupaba también una parte de la zona que estaba delante, mientras que su interior fue enriquecido con la presencia de gruesos bloques de piedra escuadrados (ortostatos) que le confirieron un aspecto de gran solidez, que el edificio conservaba aún en el momento de su descubrimiento. La entrada estaba flanqueada por leones de basalto, y en la cella se encontraron mesas de piedra para las libaciones, una pila lustral, un altar y una estatua masculina acéfala que llevaba en el pecho el símbolo de Adad, formado por un círculo que contenía una estrella de cuatro puntas. En el sector suroriental había aún otro edificio sagrado, de planta cuadrada y casi con la apariencia de un laberinto, que tiene paralelos en otras localidades palestinas; junto a esta construcción sagrada había una zona a cielo abierto, completamente dedicada al culto, con el altar para los sacrificios y numerosos vasos que eran utilizados para las libaciones. Es interesante comprobar que en Hazor se construyeron al mismo tiempo edificios sagrados con plantas muy diversas y dispuestos incluso según orientaciones distintas, mientras que en los demás centros se tendía a construir templos dispuestos según la misma orientación. En la acrópolis, durante el Bronce Final, siguió en uso el templo amplio, que no experimentó ningúna modificación, mientras que falta, como ocurre ya con respecto al Bronce Medio, la documentación relativa a la presencia de un palacio de un monarca o de un gobernador, que, sin duda, existía en una localidad tan importante.

La vida pacífica y próspera de la ciudad palestina fue bruscamente interrumpida en el siglo XIII a. de C. cuando los ejércitos israelitas —procedentes en parte de Egipto— que iban en busca de la Tierra Prometida, se apoderaron prácticamente de todos los centros principales de la religión, dejando a los filisteos la jurisdicción de las localidades costeras.

La destrucción ocasionada por los israelitas fue total, y la vida que se reanudó durante la Edad del Hierro se limitó a una pequeña parte de la acrópolis, donde en el siglo XI a. de C. se instaló sólo un pueblecito de pocas y pobres casas, sin ningún edificio público. Pero la importancia estratégica de Hazor, situada en la vía que comunicaba Palestina con Siria y con las demás regiones del norte, no escapó a Salomón, de quien dice la Biblia que «reconstruyó Hazor, Gezer y Megiddo». De hecho, en el caso de Hazor se trató de reconstrucción exactamente, visto el estado de abandono en que había caído la ciudad. Cuando Yadin se dispuso a excavar los niveles israelitas de la ciudad, el estudio de la cerámica estaba ya tan adelantado que, sobre la base del análisis de las formas cerámicas, pudo atribuir con seguridad algunos de los edificios de Hazor —aun careciendo totalmente de inscripciones— al reino del gran hijo de David, bajo cuyo gobierno alcanzó el estado de Jerusalén su período más feliz y



próspero. Durante el reinado de Salomón, la que había sido la ciudadela de Hazor fue cercada de murallas en su sector occidental y constituyó la sede del nuevo asentamiento; la localidad, que tenía el privilegio de albergar un gobernador, funcionaba también como centro de recolección y de almacenamiento de los productos de la región que se debían como tributo a Jerusalén. Hazor adoptó entonces las fortificaciones típicas del siglo x a. de C., y en particular del período del reinado de Salomón: las murallas macizas fueron sustituidas por las de casamata, es decir formadas por dos muros paralelos que creaban verdaderas estancias en el espacio intermedio. En Hazor, sobre este tipo de muralla se abría una puerta monumental con cuatro pasos interiores flanqueados por tres estancias en ambos lados y dos torres externas que enriquecían la ya imponente construcción. En el interior de la ciudad todos los edificios tenían un carácter un tanto particular, con indudables funciones públicas; había un palacete de planta rectangular, los almacenes para las mercancías y las cuadras para los caballos del ejército salomónico, que tenía precisamente en la caballería uno de sus puntos fuertes. Una serie de edificios menores, pero compuestos por buen número de estancias, ha hecho pensar que en las proximidades de la muralla hubiera también cuarteles, donde se alojarían las tropas desplazadas a una de las ciudades más septentrionales del reino de Salomón. A la muerte de Salomón, el cuadro político del reino de Jerusalén cambió considerablemente: la sucesión de su hijo Roboam no fue aceptada por todas las tribus, de modo que el estado que había unificado David se dividió de nuevo en reino de Israel, al norte, y reino de Judá, al sur. Las regiones septentrionales tuvieron como rey a Jeroboam, mientras las meridionales mantuvieron como soberano a Roboam, hijo de Salomón. Hazor formaba parte del reino de Israel, que primero tuvo su capital en Siquem, después en Tirzah y más tarde en Samaria, la nueva capital fundada por Omri. Las ciudades palestinas sufrieron las consecuencias de los cambios de la vida política interna que las afectaron de forma notable, y los hallazgos arqueológicos han confirmado ampliamente todo lo que se afirma en la Biblia: Hazor experimentó, a su vez, grandes transformaciones en la estructura urbana durante el reinado de Acab, hijo de Omri, y la ciudadela fue habitada de nuevo por completo. El sistema defensivo en casamata del período salomónico, que sin duda no habría constituido un baluarte efectivo contra un verdadero ataque, fue sustituido por una doble muralla mucho más sólida, consistente en dos muros macizos que corrían paralelos y tenían cada uno 3 m de grosor; estaban construidos con bloques de piedras escuadrados sobre los que se apoyaban varias hiladas. En el interior de las murallas defensivas había numerosos edificios monumentales, entre los cuales uno en particular llamó la atención de los arqueólogos, porque estaba formado por una única estancia grande, dividida por dos filas de diez pilastras, cada una de ellas monolítica; la construcción, que se había descubierto en parte durante las excavaciones dirigidas por Garstang en 1928, interpretada entonces como una cuadra, era mucho más probablemente un gran almacén; funciones semejantes debían de desempeñar otras varias construcciones que no tienen nada que haga pensar en simples viviendas privadas. Incluso es muy probable que la población civil, como ocurría en Samaria, tuviese sus casas fuera del recinto amurallado, en los campos, y se refugiase en la acrópolis sólo en caso de verdadera necesidad, cuando amenazaba un gran peligro exterior. Por otra parte, Hazor estaba preparadísima para resistir incluso asedios largos y, como Megiddo, poseía un sistema de aprovisionamiento de agua bastante bien estudiado, consistente en un largo túnel que desde el interior de la ciudad permitía alcanzar el pozo, que, exteriormente, descendía hasta la capa acuífera. El pozo era fruto de otra obra de ingeniería y, mediante cuatro tramos de escalera tallados en la roca, se descendía casi 30 m en el interior de la tierra para alcanzar la capa acuífera de la que se tomaba la provisión para resistir largo tiempo sin tener que abrir la puerta de la ciudad.

Al período que se remonta al reinado de Acab (869-850), que corresponde al nivel VIII de Hazor, siguió una fase de decadencia, durante la cual los edificios monumentales fueron abandonados para no volver a ser reconstruidos. Sin embargo, la ciudad conservó una cierta prosperidad y las nuevas casas se construyeron con esmero. Una, en particular, es un óptimo ejemplo de las típicas construcciones privadas israelitas, con un amplio patio y habitaciones en dos lados contiguos; una parte del patio estaba recubierta por un terrado sostenido por pilastras de piedra. La riqueza de los habitantes de Hazor de aquel período está probada por la finura de las vajillas encontradas en las casas y por algunos objetos de hueso o de marfil que demuestran el alto nivel que alcanzaba en este terreno la artesanía.

Pero el avance de los asirios hacia Occidente, conducidos por Tiglat-Piléser III, envolvería también, inexorablemente, a Hazor en el 732 a. de C.; Hazor sufrió entonces una destrucción tal que ya nunca más se recuperaría de ella.

Megiddo
Una ciudad de la edad del Bronce

Megiddo, la actual Tell el-Mutasallim, en la Palestina noroccidental, se alza en las laderas del Monte Carmelo, al oeste de la llanura de Esdrelón, y ha sido objeto de excavaciones desde los primeros años del siglo XX.

En efecto, desde 1903 a 1905 los arqueólogos alemanes G. Schumacher e I. Benzinger dirigieron allí una serie de tres campañas por cuenta de la Deutsche Orient-Gesellschaft, pero tales trabajos alcanzaron una pequeñísima parte de la superficie de la gran colina, y la exploración arqueológica que debía sacar a la luz los numerosos niveles de asentamientos de Megiddo fue la preparada por los arqueólogos norteamericanos del Oriental Institute de Chicago, en el ámbito del gran interés por la arqueología oriental manifestado por esos estudiosos en el período entre las dos guerras. Las excavaciones norteamericanas, iniciadas en 1925 e interrumpidas en 1939, en vísperas del segundo conflicto mundial, revelaron ampliamente lo que había sido la historia de la ciudad a través de los siglos. Los trabajos se hicieron a gran escala, interesando toda la superficie del tell. Sin embargo, no todo lo que se descubrió fue plenamente comprendido, y se precisaron estudios y excavaciones sucesivos para remediar los errores de interpretación cometidos. Esta segunda y clarificadora obra fue realizada por los estudiosos israelíes, en primer lugar por Y. Yadin, quien, ocupado al mismo tiempo en Hazor, escribió en 1960 unos ensayos muy reducidos, pero de importancia fundamental para la atribución de algunos edificios al período salomónico, mientras K. Keny on, la gran estudiosa de los períodos más antiguos, restableció la cronología exacta para las fases del Bronce Antiguo y Bronce Medio. El nivel más antiguo de la ciudad (XX) se remonta al Calcolítico (3300 a. de C., aprox.) y está documentado por fragmentos de cerámica e instrumentos de piedra, que ilustran las formas primitivas de vida en la localidad palestina, con los habitantes residiendo en grutas excavadas en la roca. Muy pronto, sin embargo, la ciudad conoció formas de vida más avanzadas, con viviendas que ocupaban solamente una parte de la actual superficie del tell; el pueblo veneraba sus propias divinidades en un templo formado por una sola estancia (4 × 12 m), con altar de adobes. Al establecimiento primitivo de fines del IV milenio a. de C. sucedió la ciudad del Bronce Antiguo (3000-1950 a. de C.), con las casas dispuestas a lo largo de las hendiduras naturales del terreno y defendidas por gruesas murallas urbanas construidas con piedra; de particular interés, y correspondiente a este período, es el hallazgo de un altar circular de unos 8 m de diámetro, del que se ha conservado una altura de casi 1,5 m. El altar estaba hecho con piedras de distintas dimensiones y era accesible gracias a una breve escalinata, también de piedra; el gigantesco monumento se hallaba en una zona, bastante probablemente a cielo abierto, delimitada por muros de piedra. La función sagrada del altar circular ha sido verificada con seguridad, por cuanto en su parte superior se han encontrado trozos de vasos rotos y huesos de animales sacrificados allí a una de las divinidades locales.

El paso del Bronce Antiguo al Bronce Medio (1950 a. de C., aprox.) marcó en Megiddo, como en todos los centros de Siria y Palestina, una fase de notables cambios en las costumbres y en la vida de la ciudad, que se caracterizó esencialmente por la presencia de nuevas formas cerámicas. El Bronce Medio vio la estabilización de grupos nómadas que trastornaron notablemente las costumbres normales hasta entonces en las ciudades; Meggido no fue una excepción y aparece plenamente incluida en esta transformación general. Durante el Bronce Medio (1950-1550 a. de C.), Megiddo se convirtió en la gran ciudad de la que las excavaciones norteamericanas han sacado a la luz numerosos edificios públicos y privados; su planta se hizo decididamente más orgánica, con una red vial regular que servía los barrios de viviendas compuestos por casas de distintas dimensiones. Se construyeron entonces muchos templos, y en una misma zona, la oriental, se levantaron por lo menos tres, idénticos y separados de los edificios circundantes por medio de un muro que los reunía en una sola zona sagrada. El sistema defensivo del Bronce Medio no ha sido identificado claramente, y la puerta que introducía a la ciudad es distinta de las construidas contemporáneamente en las otras ciudades de Palestina, del tipo «en tenaza» y unidas a las murallas urbanas en terraplén. La puerta sigue un eje quebrado y parece ser una reutilización de una puerta más antigua construida durante el Bronce Antiguo, tal vez porque estaba aún en buenas condiciones. El conjunto de los datos proporcionados por la excavación demuestra que en la ciudad el asentamiento cananeo se caracterizó por una evidente prosperidad económica, puesta de manifiesto en la solidez de las construcciones, tanto sagradas como privadas, de entre las cuales las más ricas aparecen formadas por varias estancias distribuidas en torno a dos patios; por desgracia, durante la excavación se cometieron algunos errores que

E. Lessing/Magnum

Altar para ofrendas. Entre los hallazgos más interesantes del Bronce Antiguo de Megiddo figura este altar circular, provisto de una breve escalinata de acceso. El monumento se encontraba en una zona de culto a cielo abierto; en la parte superior del altar se colocaban las ofrendas del sacrificio.

han impedido una clara reconstrucción histórica de la vida en el interior de la ciudad durante una fase tan importante como fue la del Bronce Medio.

La riqueza de que disfrutó Megiddo durante la primera mitad del II milenio a. de C. es solamente un aspecto del favorable destino común de todas las ciudades de Palestina como consecuencia de lo que ocurría al mismo tiempo en Egipto. Desde siempre, los faraones habían considerado, como su zona natural de expansión, la costa occidental del Mediterráneo, via obligada de tránsito para llegar a Siria, Anatolia y Mesopotamia, y, por tanto, habían ejercido siempre sobre esta región una fuerte influencia económica y militar.

La presencia en el trono de los faraones, a partir del 1750 a. de C., y durante un siglo y medio, aproximadamente, de los soberanos hicsos de origen asiático había interrumpido momentáneamente esta tendencia, y las ciudades palestinas habían podido desenvolverse con libertad en un momento particularmente favorable para ellas. Sin embargo, hacia el 1600 a. de C., los usurpadores fueron expulsados y, una vez restaurada la paz interna, los faraones de la dinastía XVIII volvieron a dirigir su atención a la tierra de Palestina y no vacilaron en destruir las ciudades que, como Jericó, querían mantener su independencia. Megiddo no figuró entre ellas, pero, cuando la injerencia egipcia se hizo demasiado molesta, trató de librarse de ella; la consecuencia fue la campaña de castigo de Tuthmosis III en 1479 a. de C., y esta vez Megiddo, tras un asedio que duró siete meses, no consiguió escapar a la destrucción. Así, el desarrollo de la fase del Bronce Final experimentó una brusca interrupción, debida precisamente a la brutal intervención egipcia.

Posteriormente, la ciudad fue reconstruida y reanudó su vida, ligada ya estrechamente a la política egipcia, albergando incluso un gobernador enviado por el faraón. Los edificios del Bronce Final que los arqueólogos norteamericanos han sacado a la luz son todos producto de la reconstrucción que siguió al saqueo de Tuthmosis III, recordado en las inscripciones de los monumentos egipcios, mientras que falta toda la documentación correspondiente en Palestina.

Los niveles de Megiddo que pueden atribuirse con seguridad al Bronce Final son el VIII y el VII, y los monumentos correspondientes a éstos han servido para reconstruir un cuadro suficientemente claro de la vida en la ciudad durante aquel período. El acceso a la ciudad era a través de una puerta «en tenaza», cuya planta se asocia a la utilizada en Siria y Palestina durante el Bronce Medio y de la que, por otra parte, se carece de documentación en Me-

Cabeza de mujer de marfil (Museo de Jerusalén). Al contrario de muchas ciudades vecinas, Megiddo pudo salvarse de la conquista israelita entre los siglos XIV y XIII a. de C.: los marfiles de este período son un válido ejemplo de la prosperidad de la ciudad. Estilísticamente este tipo de obras revela influencias egipcias y fenicias en la producción local.

giddo. La puerta estaba formada por dos estancias delimitadas por tres pares de pilastras y subía bastante escarpada hacia el interior de la ciudad. Megiḍdo estaba entonces densamente habitada y las casas se construían con un cierto esmero que, unido a las grandes dimensiones de algunas de ellas y a sus sistemas de drenaje bien estudiados, nos hace pensar que los habitantes de Megiddo gozaban de una vida desahogada, favorecida por su posición geográfica adecuada a los objetivos comerciales. En el barrio oriental se alzaba un gran templo (21,5 × 6,50 m) con muros de 5 m de grosor, constituido por una cella grande, rectangular, con hornacina para la estatua divina; las dos torres que flanqueaban la entrada hacían el edificio sagrado imponente y monumental. La atribución de este templo al Bronce Final es más bien reciente, a causa de la errónea interpretación de los arqueólogos norteamericanos. Siendo el edificio bastante similar a uno descubierto en Siquem (al norte de Jerusalén), que se remontaba al siglo XVIII a. de C., se pensó que el de Megiddo habría tenido por lo menos una fase del Bronce Medio. Pero los cuidadosos análisis hechos por los arqueólogos israelíes han situado, con toda seguridad, el templo de Megiddo en la última fase del Bronce Final. No sabemos quién gobernaba entonces Megiddo, pero el hallazgo de un palacete que durante todo el período del Bronce Final sufrió modificaciones y ampliaciones hace considerar con fundamento que la ciudad albergaba o un rey local, vasallo del faraón, o bien, más simplemente, un gobernador del rey egipcio. El palacete tuvo siempre un gran patio central y otras varias estancias de distintas dimensiones, de las que algunas estaban tal vez destinadas a albergar cultos domésticos; en las diversas fases, algunas modificaciones cambiaron algo la estructura original del palacio, pero, en el momento del descubrimiento, la atención de los arqueólogos se centró, sobre todo, en ciertas particularidades, como el pavimento de conchas de una habitación de la fase más antigua y los fragmentos de pintura (azul, verde, roja, amarilla, negra y blanca) que decoraban el palacio en su último período de utilización. El palacete albergó personajes de una cierta importancia, a juzgar también por los hallazgos hechos en sus estancias y que consisten en varios objetos de indiscutible valor; a la fase más antigua se remontan unos objetos de oro esmeradamente trabajados, entre los que figura una estatuilla de bronce recubierta con una lámina de oro, que representa una divinidad en un trono y es muy semejante a las halladas en Ugarit, tanto en la actitud como en las ropas. Otras cosas de oro proceden de la última fase de utilización del palacio, pero han resultado sin duda de mayor interés los numerosos objetos de marfil, cuyo descubrimiento ha marcado una etapa importante en la historia del arte del Próximo Oriente antiguo.

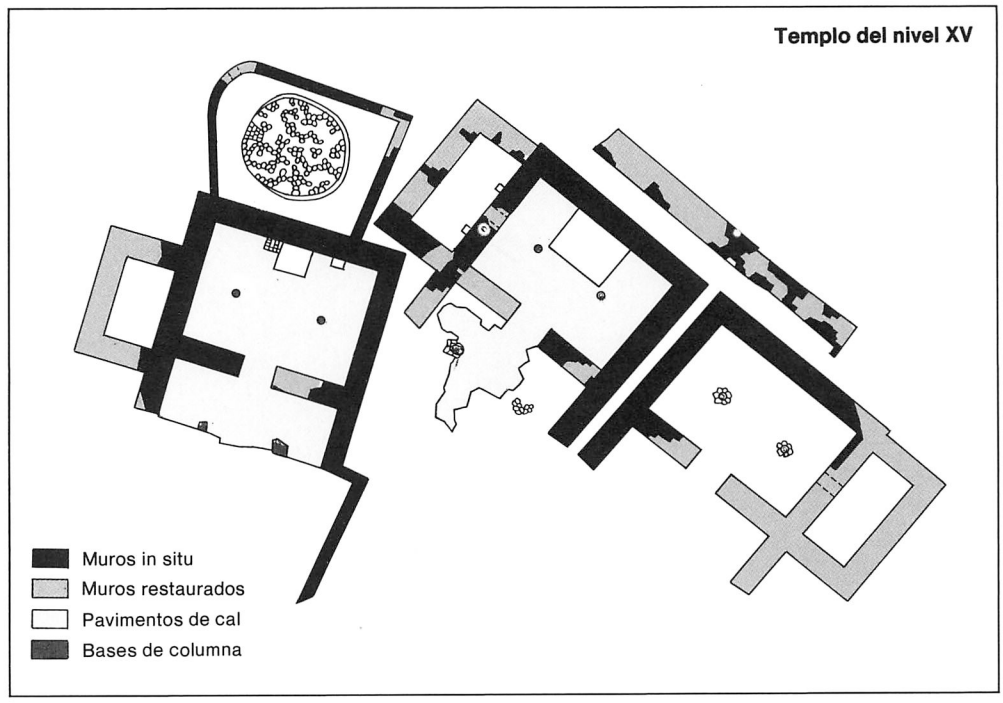
E. Lessing/Magnum

Los marfiles de Megiddo estaban destinados, en la mayor parte de los casos, a decorar muebles o elementos de decoración menor, con temas muy diversos y no sólo originarios del mundo oriental: la región palestina, como la zona costera siria, estuvo siempre particularmente abierta a las relaciones con el mundo egipcio y con el chipriota, que a menudo hacía de mediador entre la zona cultural egea y la próximo-oriental. En los marfiles de Megiddo,

la influencia más acentuada es sin duda la egipcia, especialmente en la elección de los temas; pero no faltan las referencias al arte contemporáneo asirio y al del mundo micénico. Esta apertura de la cultura palestina con respecto a todo lo que se elaboraba por entonces en las áreas inmediatamente circundantes e incluso en las occidentales más alejadas, fue siempre una característica distintiva de las ciudades de aquella región e, incluso, cuando las ciudades de Palestina estuvieron habitadas por grupos étnicos distintos, es decir, no ya por las poblaciones cananeas sino por las israelitas, siempre se notaron las grandes influencias que se reflejaron en las manifestaciones artísticas locales cuando no fueron importadas directamente sin ninguna modificación.

Con respecto a la suerte corrida por otras muchas ciudades de Palestina, que entre los siglos XIV y XIII a. de C. cayeron en manos de los ejércitos israelitas sufriendo radicales destrucciones, Megiddo tuvo un destino distinto, desde el momento que aún en el siglo XII a. de C. la ciudad vivía una fase de prosperidad, testimoniada no solamente por la presencia del palacete en que se encontraron los marfiles, sino por el contexto en que éste se alzaba, con casas sólidas y construidas sin hacer economías.

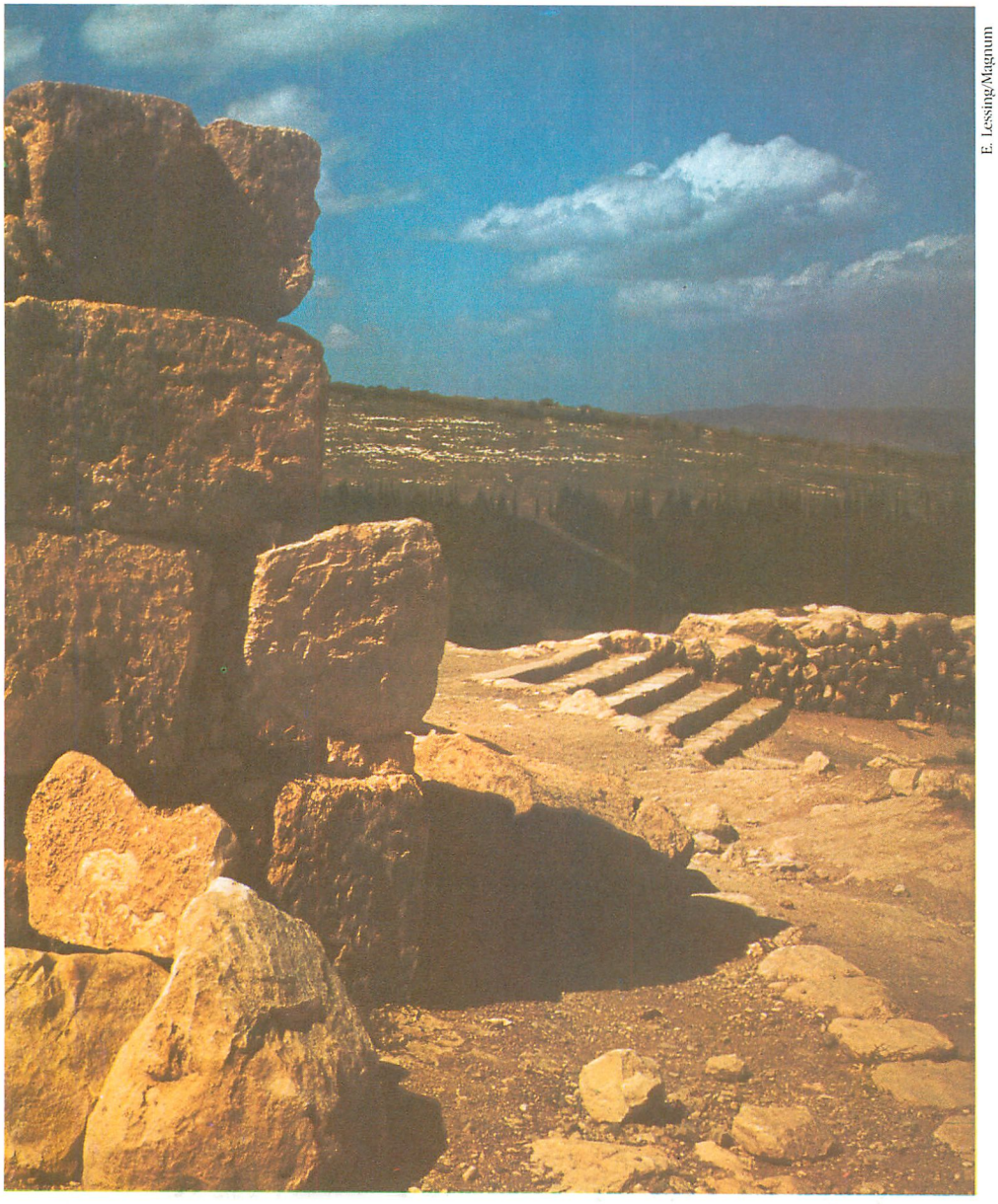
En particular, uno de los marfiles del palacio lleva el nombre de Ramsés II (1198-1166 a. de C.), permitiendo así situar cronológicamente muy adelante la supervivencia de Megiddo, comparada con la de las demás ciudades palestinas, convertidas ya en centros israelitas. La destrucción que se produjo hacia el 1150 a. de C. fue causada por uno de aquellos pueblos que se había instalado en la franja costera a continuación del movimiento que, hacía ya unos 50 años, había afectado a toda la orilla oriental del Mediterráneo, provocando incluso grandes transformaciones en la vida de los centros más interiores. En este proceso se determinó el fin de algunos reinos importantes (como el hitita o el de Ugarit) y el nacimiento de nuevos asentamientos filisteos en las ciudades de la costa palestina. También en Megiddo queda testimonio de la presencia filistea, en el estrato VI, cuando la ciudad fue reconstruida después de haber sido destruida, muy probablemente, por los propios filisteos. La población, reconstruida inmediatamente o casi en seguida de tal devastación, no tomó un aspecto de pueblo empobrecido, sino que tuvo incluso estructuras de calidad; entre éstas es de notable interés el sistema



hidráulico que se usó durante toda la Edad del Hierro: se servía de una fuente excavada a los pies de la ladera suroccidental del tell, fuera de las murallas de la ciudad, adonde se llegaba descendiendo por un túnel revestido de gruesas piedras. Al fondo del túnel, cerca de la fuente, había un puesto de guardia donde se ha encontrado el esqueleto de un centinela, muerto probablemente en el cumplimiento de su deber. El conjunto del sistema de aprovisionamiento de agua era el resultado de un proyecto bastante bien concebido y eficazmente realizado, con un corte en la superficie de la colina que descendía casi 35 m, en el que se habían tallado escalones, y un túnel de 63 m de longitud que llegaba a la fuente.

No obstante, en 1100 a. de C. la ciudad fue destruida de nuevo y quedó durante casi un siglo en un estado de completo abandono. No se sabe con certeza a qué atribuir este catastrófico acontecimiento, si a los filisteos, a otros «Pueblos del Mar» o a los israelitas, dado que no existe ningún elemento que oriente hacia una u otra de estas posibilidades. Los primeros datos arqueológicos, posteriores a la total destrucción del 1100 a. de C., tienen confirmación en las fuentes bíblicas y se refieren a uno de los momentos más felices de la historia de Israel, el reinado de Salomón. El *Libro de los Reyes* dice: «Salomón construyó Hazor, Megiddo y Gezer», sin explicar qué tipo de ciudades fueran entonces, pero añadiendo que el hijo de David construyó «la casa de Dios, el palacio del rey, las fortificaciones de Jerusalén y Hazor, Meggido y Gezer». Como se ve, se citan, junto a la capital del Reino unificado, tres ciudades que revestían gran importancia a causa, esencialmente, de su posición geográfica en puntos clave para el control de las vías comerciales; es verosímil que el interés que sintió por ellas Salomón fuera provocado precisamente por esto, por lo que el aspecto que tuvieron durante su reinado las tres localidades fue el de centros cuya finalidad era el control de las regiones en que se alzaban. Como ya se ha dicho, la conformación de Megiddo durante el reinado de Salomón no había sido bien comprendida por los arqueólogos del Oriental Institute de Chicago, pero el israelí Yadin y el norteamericano Wright facilitaron una fundamental aportación al conocimiento de aquella fase histórica al localizar un nivel no visto durante las primeras excavaciones y que se remonta seguramente al siglo X a. de C. y al reinado de Salomón.

En aquel período la ciudad fue rodeada de murallas en casamata, típicas del reinado de Salomón, formadas por dos muros concéntricos no muy gruesos (el exterior es de 1 m), separados entre ellos unos 2 m; los muros tenían fundamentos de piedra y el resto de adobes y constituían unas verdaderas habitaciones plenamente utilizables. En tales muros se abría por lo menos una puerta, con cuatro pasadizos interiores y tres estancias sobre los lados: el conjunto creaba una imponente estructura de 41 m de longitud y unos 18 de anchura, reforzada por dos torres exteriores, seme-



E. Lessing/Magnum

Puerta del rey Salomón. Tras un tiempo de total oscuridad, a partir del 1100 a. de C. Megiddo volvió a prosperar durante el reinado de Salomón. El impulso que llevó a la reconstrucción de varias ciudades, según narra la Biblia —Megiddo, Hazor, Gezer— se debió una vez más a la importancia de la posición geográfica de estos lugares.

jante en todo a las descubiertas en las otras ciudades salomónicas. Las murallas ciudadanas comprendían diversos edificios de carácter público, entre los cuales eran particularmente importantes los numerosos almacenes destinados a conservar los géneros debidos a Salomón como tributo de la región, además de los productos de distintos tipos, fruto del intenso tráfico comercial de que el rey de Jerusalén era activo promotor. Pero, de todas las construcciones, una (que fue localizada en las excavaciones israelíes de 1960, en el sector nororiental, inmediatamente a espaldas del muro en casamata, englobada incluso en parte por éste) demuestra, sin lugar a dudas, que fue la más importante de su tiempo. Se trata de un palacio, de planta bastante semejante a la que se usaba en el mismo tiempo en las ciudades sirias, tanto del interior como de la costa, destinado esencialmente a funciones de representación. Este palacio había sustituido en sus funciones a un palacete anterior situado al otro extremo de la ciudad, que bastante probablemente debió de albergar a un gobernador de David, padre de Salomón.

A la muerte de Salomón, el reino de Israel sufrió fuertes cambios internos y se dividió en el reino de Israel, al norte, y el reino de Judá, al sur. Megiddo entró a formar parte del reino septentrional, y durante el reinado de Acab, hijo de Omri (siglo IX a. de C.), sufrió las consecuencias de la nueva situación interna del estado, que ya no era sólo de paz y tráfico comercial, sino también de discordias internas con los más animosos defensores de Yahvé y de frecuentes choques militares con las ciudades sirias. Por consiguiente, la estructura de la ciudad cambió —como sabemos que ocurrió al mismo tiempo en las otras localidades de la zona— y las murallas en casamata, débil defensa en caso de ataques intensos, fueron sustituidas por un fuerte muro macizo, provisto de contrafuertes interiores y exteriores, con una puerta semejante a la del período salomónico, pero con los pasadizos reducidos de cuatro a tres y con sólo dos estancias por lado; en el interior, los edificios más imponentes eran dos grandes caballerizas que los arqueólogos norteamericanos identificaron en el momento de su descubrimiento como las cuadras de Salomón de las que habla la Biblia. En el proceso de la nueva datación de los monumentos de Megiddo estas caballerizas se atribuyeron al reinado de Acab y debían de albergar los caballos del ejército que, desde los tiempos de Salomón, tenía en la caballería uno de sus elementos de mayor fuerza.

Así, pues, Megiddo había adquirido el carácter de ciudad fortificada y albergaba edificios ligados a esta función específica, que aprovechaba su posición geográfica, no ya con fines comerciales, sino militares; como en el caso de Hazor, la ciudad estaba preparada para sostener asedios incluso de larga duración, aprovechando el sistema hidráulico que permitía alcanzar la fuente exterior a través del largo túnel construido en los últimos tiempos del Bronce Final.

En el siglo IX a. de C., Megiddo vivía aún en una situación de relativo bienestar, comparable sólo al de la capital, Samaria; pero también esta fase terminó, en el 734 a. de C., al sufrir una brusca interrupción provocada por el ejército asirio. Y de Megiddo sólo quedó el nombre.

Ebla
Un silencio de tres milenios

Objeto de numerosas tentativas de identificación, tanto en el sur de Turquía como en el norte de Siria, en una vasta zona entre la costa del Mediterráneo, las montañas del Tauro y el curso del Éufrates, la ciudad de Ebla —antes de su definitiva localización, en 1968, en Tell Mardikh, en la ondulada meseta de Siria interior, al sur de Alepo— era conocida solamente por una serie, no muy amplia por cierto, de menciones en inscripciones mesopotámicas, anatolias y egipcias del II y del III milenios a. de C. Los más antiguos testimonios de la ciudad siria, hoy célebre por haber sido sede de descubrimientos arqueológicos entre los más notables del siglo, se remontaban a los años próximos al 2300 a. de C., cuando dos grandes reyes de la dinastía de Akkad en Babilonia septentrional, Sargón y su nieto Naram-Sin, celebraron el sometimiento de la ciudad y su devastación con dedicatorias de objetos votivos en los grandes templos de Sumer, y con un particular relieve dado a estas empresas en sus estelas triunfales. Sargón de Akkad recordaba que el tributo de Mari, de Yarmuti y de Ebla era fruto del favor del gran dios de Occidente, Dagan, en sus campañas por el Éufrates medio y alto hasta el Mediterráneo; así, podía alardear de un dominio «desde el mar inferior al mar superior», desde el golfo Pérsico al Mediterráneo. Naram-Sin, recordando que sus victoriosas campañas en Occidente habían sido guiadas por el dios de la guerra Nergal, ensalzó la empresa de la destrucción de Armanum y de Ebla como un éxito militar «que nunca había conseguido ninguno de los reyes que le habían precedido desde el principio de la humanidad». Transcurrido poco más de un siglo tras el triunfo de Naram-Sin, ocurrido inmediatamente después del 2250 a. de C., un famoso príncipe del país de Sumer, Gudea de Lagash, consiguió en las regiones de Occidente materiales de construcción inexistentes en Mesopotamia, para sus edificios sagrados: la madera para el templo del dios Ningirsu llegaba de «la ciudad de Urshu, del país de Ebla». Poco después del 2150 a. de C., en la región de la alta Siria, aún conocida como la tierra de Ebla por los sumerios de Babilonia, el poder político que había estado en Ebla había pasado a la ciudad de Urshu. En los decenios posteriores a Gudea de Lagash, en el siglo del renacimiento neosumerio conducido por la III dinastía de Ur, no son raras en los textos económicos las menciones de personajes procedentes de Urshu y de Ebla, relacionados con el comercio de la madera y de los tejidos, desde la alta Siria a la baja Mesopotamia. En la primera mitad del II milenio a. de C., las únicas menciones de Ebla son mucho menos significativas, porque, aun recordando a un rey de la ciudad por el 1700 a. de C., se refieren sólo a cuestiones muy particulares registradas, cosa rara, en los archivos administrativos del pequeño reino de Alalakh, dependiente del gran reino de Alepo. Las menciones más tardías de Ebla corresponden a la segunda mitad del II milenio a. de C. y son posteriores a la definitiva destrucción de la gran ciudad: la lista geográfica de Tuthmosis III, inscrita sobre uno de los pilonos del gran templo de Karnak, recuerda a Ebla junto a Alepo, entre los centros conquistados por el faraón en sus campañas asiáticas, aunque es seguro que el gran centro urbano asirio antiguo había ya quedado reducido a un montón de ruinas; un texto hurrita de la capital hitita Bogazköy, muy fragmentario, menciona unidas las ciudades de Ebla y Alepo, y, por fin, una lista medioasiria recuerda, entre los dioses venerados en Asiria, a la diosa Ishtar de Ebla.

Cuando la misión arqueológica italiana de la Universidad de Roma emprendió en Siria unas excavaciones en la región de Alepo, en 1964, Paolo Matthiae, director de los trabajos de la primera campaña, escogió Tell Mardikh porque el gran asentamiento escondido por las colinas artificiales del lugar parecía idóneo para resolver fundamentales problemas históricos relacionados con los orígenes y los más antiguos desarrollos de la civilización urbana arcaica de la Siria interior en la segunda mitad del III milenio y en la primera del II milenio a. de C. En realidad, la notabilísima extensión del asentamiento (casi 60 hectáreas, que lo convierten en uno de los mayores centros urbanos del III milenio a. de C. de toda el Asia anterior fuera de Mesopotamia meridional), el marco cronológico aproximado de sus restos (que podía situarse aun antes de la excavación, gracias a los materiales de superficie, en los siglos comprendidos entre mediados del III milenio y mediados del II milenio a. de C.) y la segura presencia en la ciudad, a inicios del II milenio a. de C., de importantes obras artísticas de carácter votivo (certificada por el hallazgo poco antes de la iniciación de las excavaciones de un depósito de agua esculpido con escenas rituales del siglo XIX a. de C.) eran prueba de la gran importancia histórica de la ciudad buscada en Tell Mardikh, sobre todo en los siglos XXIV-XVIII

L. De Masi - M. Necci

Pila lustral de caliza. La forma del objeto, con dos alveolos rectangulares, es peculiar de la zona de Ebla. Su función era eminentemente religiosa, como confirman las escenas de libación en presencia del rey y de la reina, presentes casi siempre en la cara anterior (Museo Arqueológico de Alepo).

a. de C. Cuando la misión italiana inició las excavaciones en 1964, era evidente que Tell Mardikh había sido un centro fundamental para el desarrollo de la sociedad urbana más antigua de Siria, con una historia, que empezaba a surgir de las evidencias arqueológicas, en todo similar a la que las fuentes escritas de Mesopotamia, Anatolia y Egipto hacían constar para la desaparecida ciudad de Ebla. En 1968, en un declive de la pequeña colina central del asentamiento vuelto a emplear en un nivel de la época persa, se descubrió el torso mutilado de una estatua votiva de un príncipe de Ebla, con una inscripción cuneiforme que designaba al dedicante como Ibbit-Lim, hijo del rey de Ebla; este dato, unido a la cada vez más evidente correspondencia entre los tiempos de la historia arqueológica de Tell Mardikh y los de la historia epigráfica de Ebla, no dejó dudas sobre la identificación de Tell Mardikh con Ebla, que, por tanto, se encontraba a unos 60 km al sur de Alepo, en Siria interior, y no mucho más al norte, como hasta entonces se solía suponer.

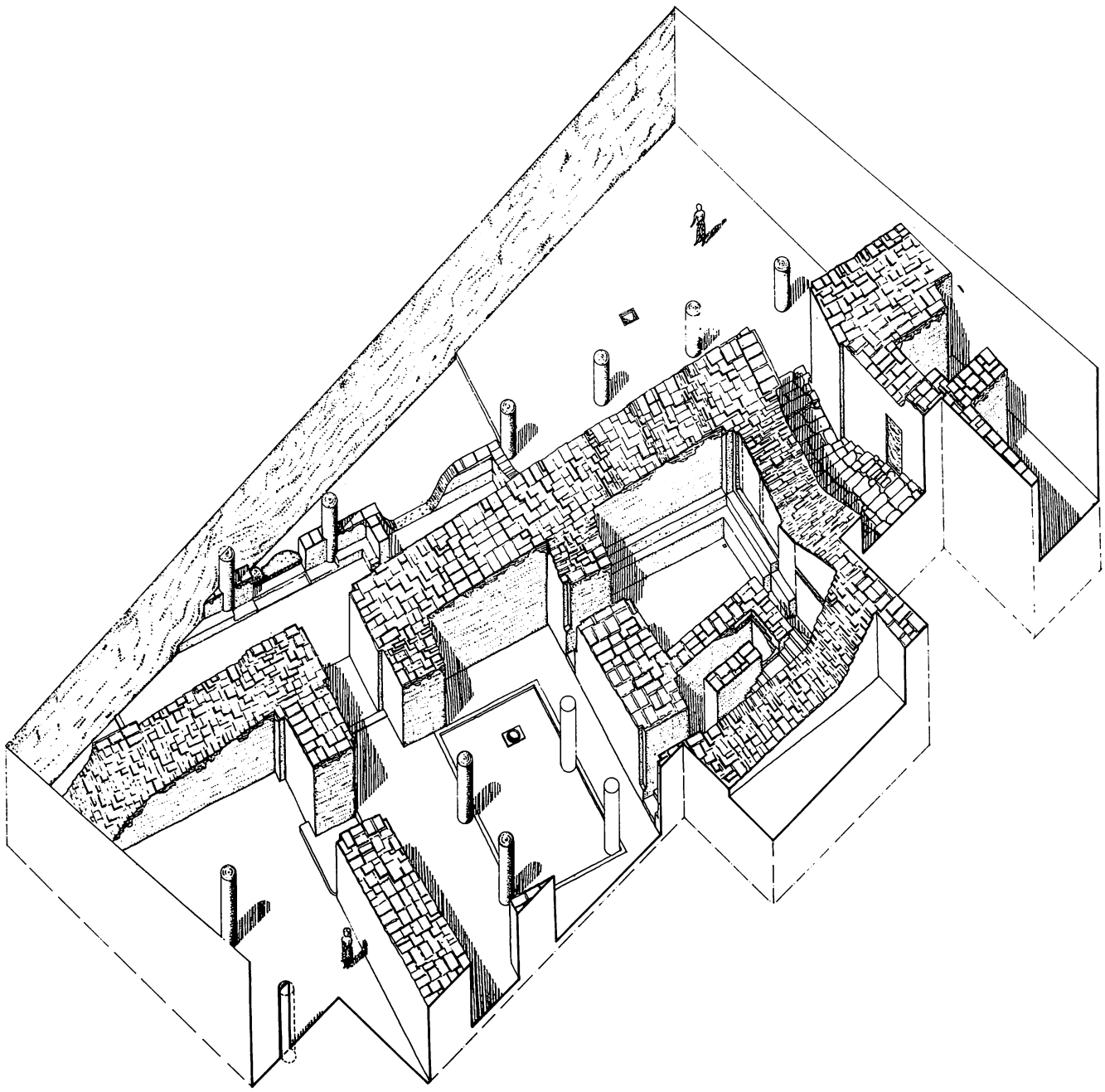
Las etapas de la exploración arqueológica de Tell Mardikh, que prosigue con campañas de excavación anuales, se han distinguido por: una primera fase —entre 1964 y 1968—, en la cual los campos abiertos en la ciudad baja, en el perímetro de las murallas y en la pequeña colina central de la acrópolis, proporcionaron amplia información sobre la ciudad de los primeros siglos del II milenio a. de C.; una segunda fase —entre 1969 y 1973—, en la cual, después de haber logrado la identificación con Ebla, el programa de las excavaciones tenía al mismo tiempo la finalidad de alcanzar los edificios palatinos de la acrópolis localizados en la región septentrional de la ciudad alta, ampliar los conocimientos urbanísticos sobre el asentamiento del II milenio a. de C. y localizar restos bien conservados de la ciudad del tiempo de Naram-Sin de Akkad, sepultada bajo las densas e imponentes estructuras del asentamiento de los inicios del II milenio a. de C. Tras diez años de excavaciones, en 1974 se tuvo la certeza de que unos restos de mampostería extraordinariamente bien conservados de la ciudad del tercer cuarto del III milenio a. de C., localizados en el declive occidental de la acrópolis, pertenecían al complejo palaciego de la ciudad contra la que guerrearon victoriosamente los grandes reyes de Akkad. La tercera fase de la exploración —entre 1974 y 1978— se dedicó principalmente a la excavación de las zonas mejor conservadas del palacio real de aquella época y consiguió el sensacional descubrimiento de más de 17.000 textos y fragmentos de textos cuneiformes de los archivos reales de la ciudad destruida por los reyes de Akkad, junto con la recuperación de gran parte de las instalaciones administrativas y del patio de las audiencias del palacio, que constituían la zona de representación y de gobierno. Una cuarta fase, que duró de 1979 a 1983, se caracterizó por las excavaciones de un extensísimo edificio palatino de los primeros siglos del II milenio a. de C. —el llamado palacio occidental en la ciudad baja oeste—, por la identificación de la necrópolis real de la ciudad amorita de los años de Hammurabi de Babilonia en las cavidades calcáreas de la misma parte de la ciudad, y por la búsqueda, sobre todo en los sectores meridionales de la acrópolis, de otros aposentos del gran palacio real de la época de los archivos.

La exploración arqueológica de Ebla prosigue con perspectivas de desarrollo extraordinariamente interesantes, tanto en lo que concierne a la localización de niveles anteriores a los de la ciudad del tiempo de la dinastía de Akkad, que se remontan alrededor del 2600 a. de C., como por lo que se refiere a nuevos aposentos del palacio real de la época de los archivos, sobre todo en la zona oeste de la acrópolis, como en investigaciones sobre las ricas tumbas, a menudo violadas en la antigüedad, de la necrópolis real. Pero, sobre la topografía de Ebla y su historia entre el 2400 y el 1600 a. de C., nos podemos hacer una idea tal que, según opiniones autorizadas, supone una auténtica revolución en nuestros conocimientos históricos del Próximo Oriente antiguo y de las relaciones entre Mesopotamia meridional y las regiones circundantes en los siglos más remotos del desarrollo de las sociedades urbanas históricas. Ebla tuvo asentamientos estables por lo menos desde la segunda mitad del IV milenio a. de C., pero no aparece con un papel sobresaliente hasta la que hoy se denomina época de la cultura protosiria arcaica, en la primera mitad del III milenio a. de C., cuando se formó la sociedad urbana más antigua del área siria. En aquella época, aún poco conocida, no sólo en Tell Mardikh, se formaron los primeros ejemplos de asentamientos urbanos al integrarse en el circuito económico de Mesopotamia meridional el área siria, complementaria de la mesopotámica por su riqueza en madera, en piedra y algunos metales. Durante la segunda mitad del IV milenio a. de C., la formación en Babilonia y Elam de los primeros centros urbanos de la historia grandes y duraderos, en particular Uruk y Susa, creó una situación de interrelaciones e intercambios, de cantidad y de calidad antes desconocidos, entre re-

La acrópolis de Ebla proviene de la superposición de varios poblados a partir de la época protohistórica: la importancia de la zona queda confirmada por la reconstrucción de los más importantes edificios del emplazamiento antiguo, que se alzaban en el recinto escuadrado de la propia acrópolis.

L. De Masi - M. Necci

Palacio Real G
barrio administrativo IV A



Reconstrucción de C. Cataldi Tassoni

giones incluso bastante distantes. La regularidad y la intensidad de la implicación en la red de relaciones instaurada por centros urbanos de Mesopotamia meridional —potenciada por el traslado de colonias sumerias al curso alto del Éufrates y tal vez del Tigris— fueron estímulos extraordinarios para la urbanización local, sobre todo en la alta Siria, donde los elementos regionales, principalmente en la sociabilidad y la religiosidad, integraban los aspectos administrativos sacados de los modelos elaborados en las administraciones religiosas de las primeras ciudades mesopotámicas. El propio nombre de Ebla refleja con claridad aquel elemento semítico predominante en la ciudad de los años de los archivos, que debe remontarse —por una serie de indicios convergentes— a los siglos de la formación de las estructuras urbanas: el topónimo Ebla corresponde, efectivamente, a un sustrato semítico, del que se hallan testimonios en Palestina y Arabia, que designa una limitada formación de colinas calcáreas que sobresale en la campiña y que indica, según el testimonio de geógrafos árabes medievales, el blanqueo de la roca bajo el sol. Este elemento ambiental está en armonía con la situación topográfica de Ebla, surgida encima y en torno de una pequeña elevación calcárea, que aún hoy hace de la cima de la acrópolis de Tell Mardikh un punto dominante en el ondulado panorama de la región comprendida entre Hamma y Alepo, en la alta Siria interior.

Ebla debió de alcanzar la cumbre de la potencia económica y política por los alrededores del 2400 a. de C., cuando se inició

el florecimiento de toda la Siria septentrional; entonces Ebla sería la ciudad que tenía la hegemonía de la alta Siria, con un dominio territorial extendido desde la región de Homs al sur hasta Karkemish al norte, no lejos de los primeros riscos del Tauro y de las montañas que prosiguen por el norte el Antilíbano, hasta el curso medio del Éufrates y la región de Balikh, su afluente por la izquierda. Esa época es la misma del palacio real y de los archivos de estado de Ebla, equivalentes a la fase de Mardikh IIB1, que concluyó hacia el 2300 a. de C. o alrededor del 2250 a. de C., con la destrucción de la ciudad y su parcial abandono provocado por Sargón o por Naram-Sin de Akkad. Los textos de los archivos reales de Ebla explican perfectamente la organización de palacio, la estructura productiva, el sistema financiero, las relaciones económicas, la religiosidad oficial, la cultura de los escribas de la ciudad en los años de reinado de Arennum, Ibrium e Ibbi-Zikir de Ebla, que fueron los últimos reyes antes de la devastación causada por los ejércitos de Akkad. Las intensas, abundantes y regulares relaciones con Mari están bien documentadas en los archivos, en cuyos textos se mencionan diversos soberanos de la gran ciudad del Éufrates medio, pero sólo uno de éstos, Iplul-Il, se conoce asimismo por unas inscripciones votivas halladas en la llamada Mari presargónida. En aquel tiempo, Ebla tenía también estrechas relaciones con Egipto, como lo demuestra el hallazgo en la zona administrativa del palacio eblaíta de numerosos fragmentos de vasos de alabastro y de diorita de manufactura faraónica: una copa de diorita de cuatro picos, tal vez usada como lamparilla, lleva grabados dos de los nombres de los títulos del gran Chefren —el faraón de la dinastía IV, constructor de la segunda pirámide de Gizeh, de quien sólo se ha encontrado en territorio asiático otro documento, hallado en Biblos—, y una cubierta de alabastro presenta el cartucho real —levemente incompleto— de Pepi I, el tercer faraón de la dinastía VI egipcia, que vivió hacia el 2300 a. de C. El palacio de Ebla fue destruido pocos años después de que Ibbi-Zikir recibiera de la corte de Menfis el precioso regalo faraónico, conservado, sin duda celosamente, en el patio interior de la zona administrativa del palacio eblaíta. La gran importancia comercial de Ebla queda demostrada de modo más manifiesto por el descubrimiento en el mismo patio de una gran cantidad de bloques pequeños de lapislázuli en bruto (más de 22 kg), procedentes de las montañas del Badakhsahn, en Afganistán: en el III milenio a. de C., el lapislázuli era un material muy apreciado en Mesopotamia y Egipto y se empleaba como componente de obras artísticas de gran valor, de las que nos han llegado testimonios excepcionales, sobre todo en los ornamentos de las tumbas reales de Ur, de unos decenios más de antigüedad. Ebla era, sin duda, uno de los centros que tenían el monopolio del comercio del lapislázuli entre Mari y la costa mediterránea, para que la preciosa piedra fuera después enviada —tal vez desde Biblos— al Delta y a Menfis.

En tiempos de los archivos, Ebla debía de tener una extensión de unas 50 hectáreas, área no muy distinta de la de los mayores centros urbanos del país de Sumer, aunque netamente inferior a la extraordinaria extensión de Uruk. Es muy probable que la ciudad poseyera un cerco de murallas con torres cuadrangulares, pero las fortificaciones del centro protosirio están sepultadas bajo el enorme espesor de los grandes terraplenes construidos con tierra batida, tal vez sobre la misma línea, a inicios del II milenio a. de C. En el centro del asentamiento había un conjunto de palacios y comprendía los sectores residenciales y administrativos, los establecimientos donde se hallaban las manufacturas de los productos bajo control real —entre las

Estos restos carbonizados de madera tallada formando calados, con taracea de concha, pertenecían a un brazo de sillón descubierto en el ala noroeste del Palacio Real G de Ebla. La decoración consistía en una tira superior de carácter geométrico, una fila intermedia de animales colocados entre dos listones y, en la parte inferior, otra hilera de animales que avanzan en sentido inverso (Museo Arqueológico de Alepo).

L. De Masi - M. Necci

L. De Masi - M. Necci

Sala del trono del Palacio Real G. El período de máximo poder de Ebla se sitúa alrededor del 2400 a. de C.: a esta fase se remonta también el complejo del Palacio Real, que comprendía la zona administrativa, la meridional y el complejo central. Este primer y mejor momento de Ebla fue interrumpido por la destrucción provocada por los soberanos akkadios (2300-2250 a. de C., aprox.).

cuales la más importante parece haber sido la textil—, algunos edificios sagrados, la zona funeraria real y, probablemente, las residencias de los «grandes» del reino. En la ciudad baja debía de haber casas privadas y templos menores. La población debía de estar distribuida en cuatro sectores —a los que correspondían cuatro puertas dedicadas a algunas de las principales divinidades de la ciudad—, que rodeaban el núcleo administrativo formado por varios edificios palaciegos construidos a los pies, en las laderas y en lo alto de la pequeña colina de la acrópolis —formada por la acumulación de los asentamientos antiguos sobre las rocas de la primitiva instalación—. Es probable, pero no está definitivamente probado, que el nombre de un importantísimo centro administrativo, citado con frecuencia en los textos de los archivos y que se puede leer como Saza, fuera la designación del complejo principal de los edificios de la acrópolis destinado a la administración.

Las excavaciones han sacado a la luz sectores, a veces bastante delimitados, de tres núcleos del gran complejo del palacio real: la zona administrativa con el patio de las audiencias, la zona meridional y el complejo central. Este último, aún mal conocido, era el centro residencial del palacio, que debía de extenderse principalmente por la región meridional de la acrópolis. De este complejo sólo se han descubierto sectores periféricos de los almacenes para la conservación de cereales en la vertiente meridional de la colina. Le daba acceso un portal monumental abierto en la zona del barrio administrativo en la ladera occidental de la acrópolis. La zona más importante del conjunto era la administrativa, construida precisamente en la vertiente oeste de la colina, casi a los pies de ésta, después de eliminar los bordes de los declives y

G. Gerster/Photo Researchers

Pila lustral, 1900-1850 a. de C., aprox. (Museo Nacional de Damasco). Esta pieza procede del templo B1 y fue recuperada antes de las excavaciones regulares. La tipología del monumento es similar a la de la otra pila ilustrada anteriormente. En la cara principal se representa la figura del rey delante de una mesa de ofrendas; sobre un relieve lateral es visible una fila de cabezas leoninas, sobre la cual avanza otra fila de guerreros.

hacer un notable muro de contención con adobes. El barrio administrativo se había trazado en un área trapezoidal, en la cual, al norte de un pequeño patio interior porticado, se edificaron un almacén trapezoidal, para la conservación de documentos de archivo, y una escalera de tres tramos para subir al piso superior, mientras al sur se alzaban la gran sala de las audiencias, con dos columnas, y algunas amplias estancias dedicadas tal vez a almacenes. Las estructuras del barrio administrativo, de adobes sobre fundamentos de piedra caliza, tenían un aspecto monumental, tanto por el grosor de sus muros (entre 2,40 y 2,80 m), como por las imponentes alturas (12-13 m) y por el aspecto de los espacios arquitectónicos. En efecto, la cara occidental de la zona administrativa coincidía con la fachada este del patio de las audiencias, que era un espacio urbano, amplio y original (de mas de 60 m de longitud en el eje sur-norte y casi 35 m en el eje este-oeste) y muy probablemente con pórticos en todos sus lados. En el citado patio, en cuyo lado oriental se abría el portal monumental de acceso al complejo central de los palacios, estaba el podio real levantado en el centro de la fachada septentrional para indicar el significado que este espacio urbano tenía en la vida política y social de la ciudad protosiria tardía: en el torreón del ángulo noreste del patio —en el que se hallaba la escalera ceremonial de cuatro rampas con los escalones decorados con placas de madera con taracea de nácar que formaban motivos florales estilizados— se abría un paso reservado al rey, que servía de unión entre las zonas residenciales del complejo central y el podio de la fachada norte. Los tipos de documentos escritos conservados en la sala mayor del archivo, construida bajo el pórtico oriental del patio, cerca de la entrada de la zona administrativa, indi-

can con certeza el género de actividades de gobierno que se desarrollaba en el patio: se organizaban las caravanas de asnos que debían llevar las mercancías a países a veces lejanos, más allá del Tigris y a Mesopotamia meridional; se distribuían también las raciones de alimentos y bebidas, en forma de panes de cerveza, para los empleados del palacio y, en particular, para los mensajeros en misión; eran entregados y registrados los tributos en oro y plata percibidos de los «grandes» del reino y de algunas ciudades importantes sometidas; probablemente, se distribuían también las simientes conservadas en palacio, así como es verosímil que organizaran allí el reparto de bienes de mayor aprecio —como el vino, de posible producción real— y las expediciones de grandes partidas de madera, destinadas tal vez a países lejanos, en la mayor parte de Mesopotamia meridional. La zona administrativa era la sede del gobierno de la ciudad, donde se conservaban los documentos cuneiformes de la contabilidad de palacio y los bienes bajo el control de la administración central. En cambio, el patio de audiencias era un espacio urbano de singular concepción y originalidad: partícipe a un tiempo de las funciones de una plaza y de un patio, concebido como eje entre los espacios arquitectónicos del palacio y los espacios urbanos de la ciudad baja, que ponía en comunicación palacio y ciudad según una ideología del todo extraña a las ideas mesopotámicas, probablemente típica del mundo sirio desde las fases más antiguas de la cultura urbana. El tercer sector del palacio real hasta ahora parcialmente descubierto, el barrio meridional, estaba

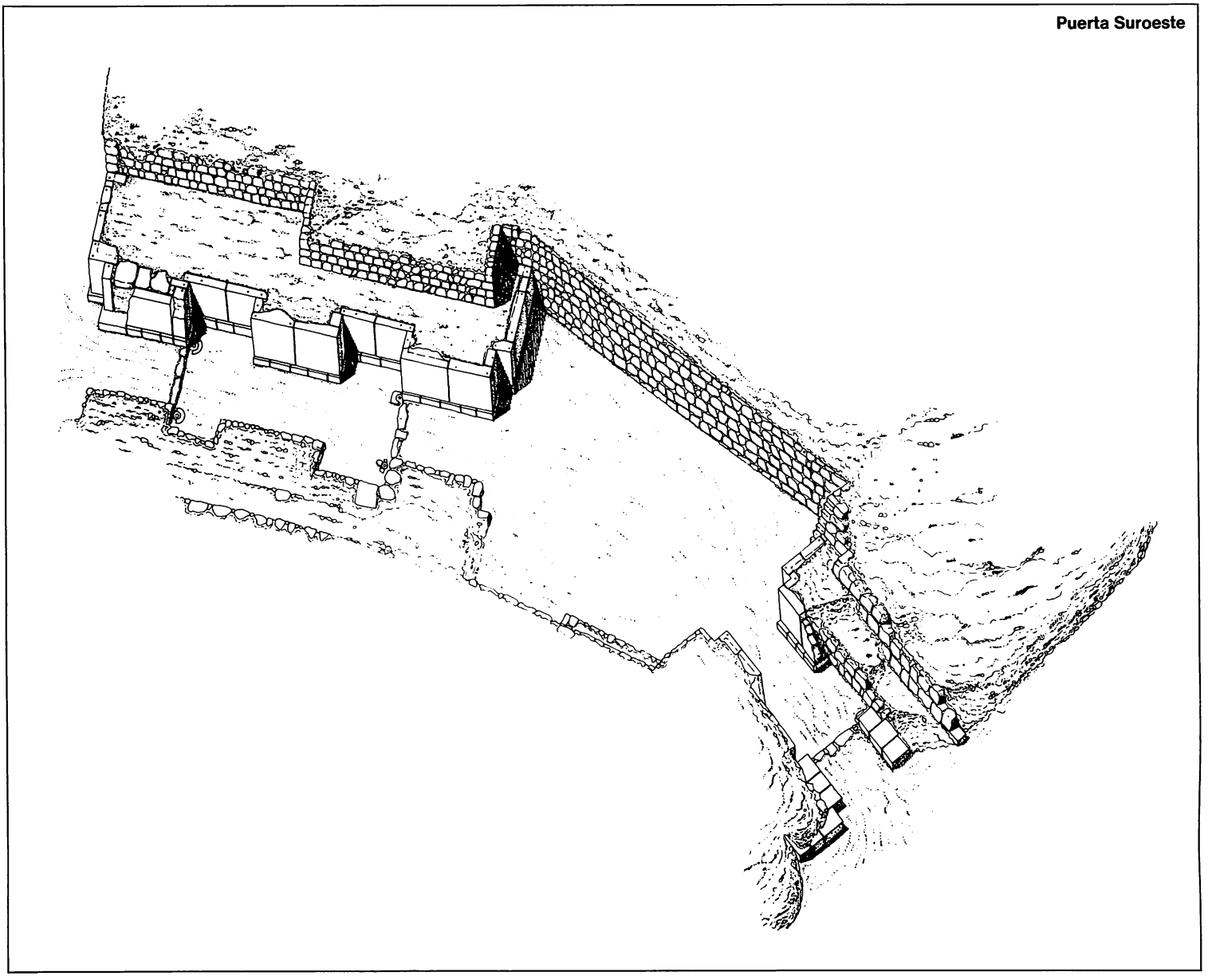
Vista del corredor del Palacio Q en la zona administrativa. En el interior de este complejo debía de realizarse la redistribución de los bienes que se hallaban bajo el control directo del palacio: raciones de alimentos, cerveza, vino, etc., así como la organización comercial de determinados productos: caravanas de asnos dirigidas hacia Mesopotamia y madera destinada a la construcción de los grandes edificios, sobre todo en Mesopotamia meridional.
En la página siguiente, sala de las piedras de molino del Palacio Occidental. Todo el conjunto —construido en los inicios del III milenio a. de C.— debía desempeñar una gran variedad de funciones: residencial, de representación y tal vez administrativa.

E. Lessing/Magnum

construido sobre terrazas descendentes en las laderas sur de la acrópolis y debía de comprender, además de centros administrativos menores, residencias secundarias del palacio, destinadas quizá a los núcleos familiares de los «grandes», mencionados con frecuencia en los archivos.

Las tablillas cuneiformes de los grandes archivos reales se conservaban en distintas estancias de la zona administrativa y sólo en raros casos estaban dispersas en cuartos particulares; pero el núcleo mayor era, sin duda, la sala principal del archivo, situada bajo el pórtico oriental del patio de audiencias. De las más de 17.000 tablillas y fragmentos que se han podido recuperar, cerca de 15.000 números de inventario estaban precisamente en la sala de archivo, mientras que otros núcleos consistentes en varios centenares de fragmentos se hallaban en un archivo menor, en el extremo septentrional del mismo pórtico oriental, en el vestíbulo externo de la zona administrativa y en el almacén trapezoidal del interior de la propia zona, al norte del patio porticado interior. Los sistemas de conservación de los documentos varían según el local: en la sala principal de archivo las tablillas estaban originalmente dispuestas en vertical por filas perpendiculares a las paredes, sobre tres repisas de unas estanterías de madera que revestían tres de las paredes de la habitación, mientras que las tablillas pequeñas redondeadas, descubiertas sobre el pavimento entre montones de cenizas, debían de ser depositadas en cestos de mimbre que se dejaban bajo la repisa inferior. En el almacén trapezoidal interior de la zona administrativa, las tablillas se alineaban sobre banquetas relativamente altas y macizas, construidas contra dos de las paredes de la estancia, una de las cuales, por lo menos, debía de cerrarse con puertas de madera; en el archivo menor, bajo el pórtico oriental, los documentos de arcilla se depositaban sobre dos repisas aéreas de arcilla, sujetas a lo largo de las paredes, de las que han quedado huellas clarísimas sobre el revoque blanco de las estructuras. En el espacio abierto del patio de audiencias se hallaron una veintena de tablillas cuneiformes de grandes dimensiones, amontonadas sobre restos de tablas carbonizadas, casi delante del portal monumental; ello ha permitido deducir que las tablillas se trasladaban —cuando había buen número de ellas— por medio de tablas sostenidas entre dos personas. Sobre el suelo de una de las salas largas dispuestas tras la fachada septentrional del patio se han encontrado núcleos de archivo mucho más limitados, y algunos documentos aislados —al menos en un caso sobre los restos de una estera de mimbre— se descubrieron también en distintos cuartos del barrio meridional, siempre sobre el mismo suelo; esto hace pensar que estas tablillas dispersas se leyeran en las estancias en que fueron halladas. Una serie de indicios hace creer que las tablillas se redactaban en el vestíbulo de entrada a la zona administrativa, contigua a la sala principal del archivo: en este lugar es donde se ha encontrado, entre otras cosas, un pequeño instrumento de esteatita, en forma de rombo redondeado, que servía para borrar columnas o líneas —según se utilizase plano o de lado— donde se hubieran cometido errores, lo que no es raro que ocurra en las tablillas llegadas hasta nosotros y que constituía obviamente una práctica no rara de los escribas. En la sala

L. De Masi - M. Necci


Puerta Suroeste

principal de archivo, en un rincón de la estancia cercano a la entrada y contiguo al vestíbulo donde se escribían las tablillas, se encontraba un fondo de tinaja provisto de panes de arcilla que estaban listos para recibir la escritura.

La caída de la ciudad protosiria entre el 2300 y el 2250 a. de C. significó el fin del poder político de Ebla, pero no el colapso de la cultura protosiria, que, bajo el dominio de Urshu, prosiguió su desarrollo en la fase tardía, hasta el final del III milenio a. de C. Sin embargo, Ebla fue abandonada, al menos en parte, y las relaciones con Mesopotamia entraron en crisis, mientras se acentuaban las mantenidas con el área palestina y en particular con la transjordana. A pesar de que la ciudad protosiria de Mardikh IIB2 ha dejado huellas bastante borrosas, existen indicios de que también este centro menor fue destruido alrededor del año 2000 a. de C.

El último gran período de florecimiento de Ebla corresponde a las dinastías amoritas, la edad del Bronce Medio, entre el 2000 y el 1600 a. de C.: la ciudad conoció una primera fase de gran esplendor hasta el 1800 a. de C., aprox., y una segunda fase de decadencia, durante la cual se convirtió con toda probabilidad en un estado dependiente del gran reino de Alepo, ascendido por entonces a potencia de primer orden. Es la época paleosiria, durante la cual, en los dos primeros siglos de formación de la fase arcaica, Ebla debió de desempeñar un papel fundamental en la elaboración de la gran unidad sirio-palestina, en el período del Imperio Medio en Egipto y de las dinastías de Isin y Larsa en Mesopotamia. Al principio de la fase tardía, mientras en Asiria subía al poder Shamshiadad I y poco antes del advenimiento de Hammurabi de Babilonia, Ebla entraba en la esfera de influencia del naciente poder de Alepo, bajo la dirección del gran Yarim-Lim I de Yamkhad. Aunque no sea improbable que la ciudad recuperara por algún tiempo su independencia, es casi seguro que el final del gran asentamiento sirio antiguo atribuible arqueológicamente a los alrededores del año 1600 a. de C., fuera determinado por las expediciones militares de los reyes paleohititas Hattusil I y Mursil I, quienes en el transcurso de pocos años conquistaron una serie de centros dependientes de Yamkhad, después tomaron y destruyeron Alepo y, pocos años después, la propia Babilonia. La destrucción, que se produjo hacia el 1600 a. de C., llevó consigo el definitivo colapso

E. Lessing/Magnum

de la ciudad, que fue abandonada casi completamente, para albergar sólo en adelante modestos pueblos en partes muy limitadas de la antigua superficie urbana.

La gran ciudad siria antigua es la que ha determinado la particular morfología del actual *tell,* caracterizado por una imponente cresta periférica, en el cual se sitúan la ciudad baja anular y, en el centro, la colina de la acrópolis. La cresta exterior, muy realzada, es la línea de los grandes terraplenes de tierra batida, que se elevaron amontonando en unos 40 m estratos calcáreos y arcillosos alternados, extraídos del terreno que rodeaba las murallas, donde se iba creando una especie de foso defensivo, y de escombros obtenidos en las obras de nivelación de las ruinas en el interior de la propia ciudad. Los terraplenes de Ebla, que constituyen uno de los ejemplos más impresionantes de un sistema defensivo típico de ese período en toda el área sirio-palestina, se construyeron, casi con toda certeza, en el siglo XX a. de C.; debían de medir unos 20 m de altura, como se conservan aún en la región oriental de la muralla. La ciudad tenía entonces cuatro puertas, probablemente en los mismos lugares de las cuatro puertas de la ciudad protosiria citadas en los textos de los archivos. La puerta suroccidental, que ha sido excavada por completo, medía unos 50 m de altura y constaba de: una puerta adelantada exterior, con una entrada comprendida entre dos pares de contrafuertes; un patio trapezoidal intermedio y un sistema interior en «tenazas», constituido por dos pasos comprendidos entre tres pares de contrafuertes. Un bastión, construido con bloques de caliza ligeramente escua-

Puerta de la ciudad. El emplazamiento paleosirio de Ebla preveía una acrópolis en posición central, rodeada de fuertes murallas de trazado casi circular (disposición que ya hemos encontrado varias veces, por ejemplo en Sam'al); en las mismas murallas se abrían cuatro puertas, al noroeste, suroeste, sureste y noreste. Originalmente, había un revocado de yeso para proteger los terraplenes de la intemperie; el blanco de las murallas debía, pues, destacar sobre el paisaje: este carácter se ha conservado en el propio nombre de Ebla.

drados, representaba el punto más abastecido de la muralla en el lado este de la puerta, cuyos pasadizos estaban decorados con paneles verticales de caliza y basalto alternados. Este complejo dispositivo de defensa de la ciudad de Mardikh IIIA fue construido entre los siglos XX y XIX a. de C. y puede haber sido el modelo de numerosos dispositivos análogos, con frecuencia más sencillos, de los que se tienen referencias, durante la edad del Bronce Medio tanto en Siria, desde Karkemish a Alalakh y a Qatna, como en Palestina, desde Gezer a Megiddo, Hazor, Beth Shemesh y Tell Farah.

La ciudad paleosiria, a diferencia de la protosiria, marcaba una rígida distinción urbanística entre ciudad baja y acrópolis, tanto como delimitación de las áreas como por la función de los edificios. La pequeña colina de la acrópolis estaba rodeada por una fortificación de grandes bloques de piedra en talud, que en algunos lados —como en el declive oeste— formaban terrazas escalonadas, y debía de albergar una serie de edificios administrativos y de culto, junto a viviendas de artesanos palatinos y almacenes de la administración central. En la ciudad baja, la mayor parte de la zona urbana estaba ocupada por casas particulares, pero había también —en especial al pie de la acrópolis— templos dedicados a divinidades, santuarios para el culto funerario y, tal vez excepcionalmente, edificios administrativos de carácter particular. En la zona occidental de la ciudad baja se hallaba la necrópolis real, con los hipogeos de los príncipes amoritas. Estos hipogeos estaban relacionados en su planteamiento planimétrico con dos importantes edificios sagrados, destinados quizá respectivamente al culto del dios de los infiernos, Reshef, y a las ceremonias del culto de los antepasados reales, que era una institución fundamental en las sociedades urbanas de Mesopotamia y de Siria en los primeros siglos del II milenio a. de C.

El edificio real residencial de la ciudad de Mardikh IIIA-B, entre el 2000-1900 y el 1600 a. de C., debía de hallarse en el extremo septentrional de la acrópolis, donde se han descubierto sectores limitados del palacio E. En el límite occidental de la acrópolis se erguía, a su vez, el que debía de ser el mayor edificio sagrado de la ciudad, el gran templo D, dedicado muy probablemente a la diosa Ishtar, que es con toda verosimilitud la máxima divinidad ciudadana durante el II milenio a. de C. Se trataba de un gran y austero edificio de culto, caracterizado por la estructura longitudinal tripartita, con un pequeño vestíbulo, una corta antecella y una larga cella, con una hornacina en la pared de fondo y una rígida isometría en anchura. El templo D, que debía de estar precedido por una amplia zona despejada de función poco clara, destacaba sobre la cresta de la acrópolis, por encima del declive occidental, cuya pendiente estaba interrumpida con regularidad por tres terrazas escalonadas, que desde abajo parecían una monumental cimentación del edificio sagrado. El carácter axil e isométrico del edificio, su partición longitudinal en vestíbulo, antecella y cella, así como la ausencia de estancias y estructuras accesorias, son elementos típicos de la tradición arquitectónica paleosiria de los edificios sagrados, que se mantuvieron como datos característicos de las construcciones arquitectónicas religiosas, tanto en Siria como en Palestina, hasta los primeros siglos del I milenio a. de C. El célebre templo de Salomón, construido en Jerusalén durante el siglo X a. de C. y que, aunque totalmente perdido, es conocido por las descripciones bíblicas, conservaba los elementos más típicos (carácter axil, isometría y tripartición) de una tradición arquitectónica antiquísima, que tiene en el templo D de Mardikh IIIA uno de los ejemplos más remotos.

En cambio, los demás edificios religiosos de Ebla en esa época, en especial el templo B1 de la ciudad baja suroccidental y el templo N de la ciudad baja septentrional, tenían la estructura monocelular común a muchos santuarios importantes del área palestina, sobre todo en Megiddo y en Siquem.

En todos los templos eblaítas arcaicos se conservaba una pila rectangular de dos alveolos, con tres o cuatro paredes talladas en relieve con escenas rituales, que representaban habitualmente el banquete sagrado con el rey como protagonista y escenas míticas de difícil interpretación, en las cuales se unen imágenes del repertorio artístico protosirio —como el héroe leontocéfalo— con creaciones del patrimonio iconográfico mesopotámico de tradición akkadia —como la fiera compuesta con cuerpo de león alado, patas y garras de rapaz, cola serpentiforme y cabeza cuyas fauces vomitan el agua de la vida. Esta clase de objetos rituales es obra de talleres eblaítas ligados a unos encargos principescos, limitados evidentemente a la ciudad de Mardikh IIIA, que no encuentra correspondencia fuera de él.

Es posible que el entramado urbano de la franja anular de la ciudad baja siguiese esquemas muy irregulares, aunque hubiese un elemento constante representado, quizá, por las directrices radiales que partían de las puertas ciudadanas convergiendo hacia el centro de la zona urbana, marcado por la acrópolis. Las casas privadas podían tener un esquema central irregular con un patio interior, o bien un patio anterior y habitaciones abiertas en el lado opuesto a la entrada; las construcciones con soluciones mixtas eran tal vez el resultado de los retoques y adaptaciones frecuentes en las restauraciones y ampliaciones de las unidades domésticas originales. En cuanto a la organización ciudadana para la conservación de las aguas pluviales, cada casa parece haber tenido una cisterna, que debía satisfacer las exigencias de la unidad doméstica.

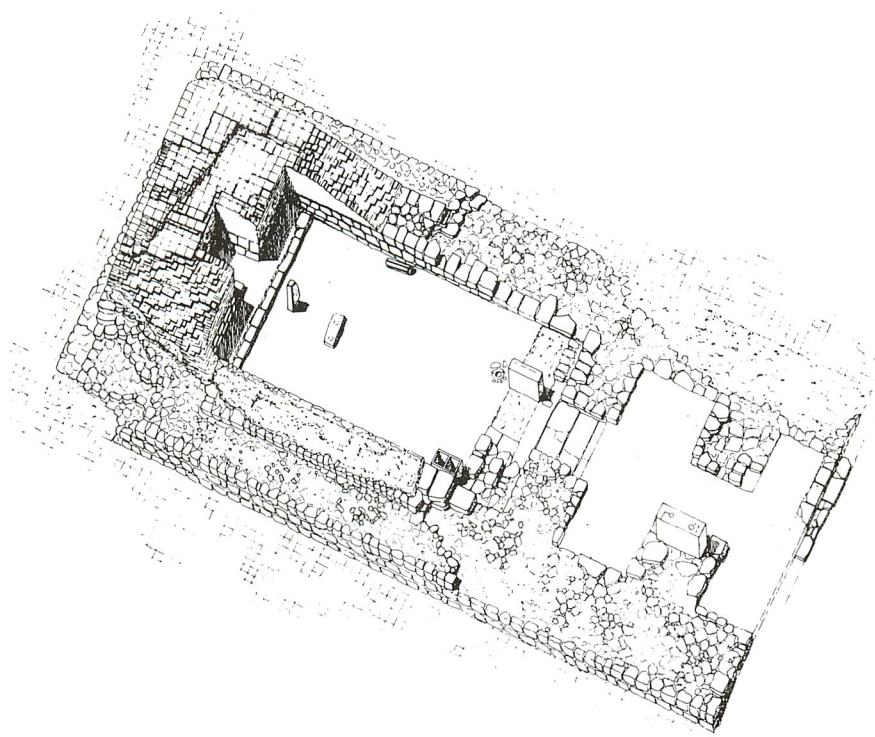
Después de la destrucción de los años en torno al 1600 a. de C. y el abandono de la ciudad, el nombre de Ebla se mantuvo aún durante algunos siglos, pero a finales del II milenio a. de C. el topónimo parece que había desaparecido de la región. Un limitadísimo número de casas modestas permaneció en la acrópolis durante la segunda mitad del II milenio a. de C., y en los siglos IX-VII se estableció un pueblecito en la zona septentrional de la colina. En la época persa, el asentamiento aumentó un poco de tamaño, extendiéndose a gran parte de la mitad norte de la acrópolis y utilizando tal vez también algunas zonas de la ciudad baja, que debió de ser saqueada con el fin de obtener materiales de construcción para emplearlos de nuevo. Es el último establecimiento de la acrópolis, que se prolongó hasta mediados del siglo II a. de C. Más adelante, probablemente durante el siglo IV d. de C., un limitadísimo asentamiento tardo-romano se ubicó en las laderas occidentales de la acrópolis, donde durante el siglo V d. de C. se constituyó una pequeña comunidad monástica de estilitas, cuyos restos arquitectónicos, que aún afloraban hace pocos decenios, fueron casi completamente dispersados y arrancados en parte hasta los mismos cimientos poco antes del inicio de las excavaciones italianas. El abandono de la comunidad monástica —que puede haber precedido por muy poco al inicio de la era islámica— marcó la definitiva conclusión de la historia de los asentamientos fijos en el área del tell; pero es probable que se produjera una ocupación temporal de la zona de la antigua ciudad en el tiempo de

L. De Masi - M. Necci

Templo D. En este santuario se veneraba, probablemente, a la diosa Ishtar. La planta del edificio —vestíbulo con pilares, antecella y cella larga con isometría en anchura— se sitúa al principio de una tradición arquitectónica que debía llegar hasta el templo perdido de Salomón en Jerusalén.

las cruzadas. En efecto, la puerta suroeste de la gran ciudad se ha hallado bloqueada en parte por un muro secundario construido con bloques regulares, sobre algunos de los cuales se habían grabado, en caracteres cúficos y en lengua árabe, expresiones devotas de alabanza a Alá. Como sea que algunas inscripciones estaban al revés y parece inverosímil que unos musulmanes hayan colocado al revés inscripciones religiosas, es probable que el muro fuera obra de infieles, verosímilmente cristianos, que volvieron a utilizar las piedras de una construcción islámica levantada tal vez fuera del tell. Dado que el muro parece únicamente levantado con intención de completar y reforzar la defensa natural de los restos de las murallas de los terraplenes, es probable que fuese construido por algún ejército no musulmán que hubiera debido detenerse por poco tiempo en la región. Ahora bien, a finales de 1098 fuertes contingentes de la I Cruzada se detuvieron precisamente en la región, antes de asediar y tomar Maarret en-Nu'man, a sólo 20 km de distancia. Es probable, pues, que fuera precisamente uno de los ejércitos de la I Cruzada el que utilizara Tell Mardikh como campo fortificado antes de reemprender el camino de la costa para dirigirse hacia Jerusalén. Y es significativo que la primera mención del topónimo árabe Mardikh aparezca precisamente en un documento de las cruzadas.

Gran Templo D



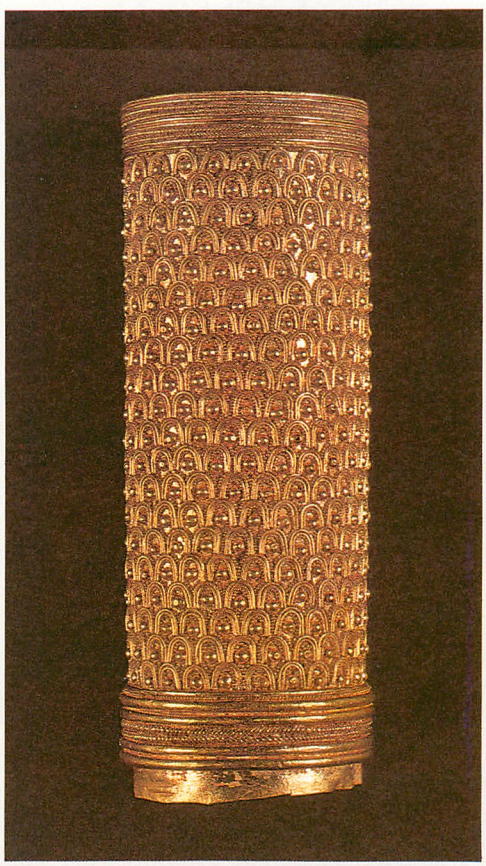
Las tumbas reales y las joyas de la Ebla paleosiria

Identificada en 1978 en la región oeste de la ciudad baja de Ebla, la necrópolis real del siglo XVIII a. de C. se extendía en la zona del Palacio Occidental destinada a importantes funciones administrativas, del templo B1 —probablemente dedicado al culto del dios de la ultratumba Reshef— y del santuario B2 —que podría haber sido utilizado para el culto de los antepasados reales—. En la necrópolis se han localizado una decena de tumbas excavadas en la falda calcárea, a menudo violadas y saqueadas en el tiempo de la destrucción de la ciudad, hacia el 1600 a. de C., durante la época persa o en el período bizantino. De todas las tumbas, sólo tres se han puesto totalmente al descubierto: la «Tumba de la princesa», cerrada hacia el 1800 a. de C.; la «Tumba del Señor de los cápridos», un sepulcro probablemente real, que hay que fechar hacia el 1750 a. de C., y la «Tumba de las cisternas», así llamada porque se abría en dos antiguas cisternas selladas, usada entre el 1700 y el 1650 a. de C. La «Tumba de la princesa» contenía unos setenta vasos, algunas vasijas de piedra y un aderezo completo de joyas personales, que comprendía seis brazaletes de barras torcidas, un espléndido broche con remate en forma de estrella, una anilla para la nariz trabajada en granulado y un collar que formaba como una especie de semillas del tipo «melón», todos de oro. La «Tumba del Señor de los cápridos», aunque violada y profanada en el momento de la destrucción del palacio, tenía aún muchos objetos: unos sesenta vasos de cerámica, armas de bronce, amuletos de hueso, joyas de oro, restos de revestimientos de bronce de muebles y copas de plata. Una de estas últimas, muy bien conservada, llevaba grabado el nombre de un personaje (Immeya), que era tal vez el propietario de la tumba. En ésta, junto con un espléndido collar de tres discos adornados con estrellas —realizadas a base de un trabajo de granulado, obra paleosiria del siglo XVIII a. de C.— había una maza de ceremonia de factura egipcia de hueso, plata, oro y caliza con el nombre de un faraón egipcio de la dinastía XIII, Hotepibre Harnejheryotef, quien vivió hacia el 1760 a. de C. y que debió de enviar a Ebla esta preciosa insignia de la realeza egipcia.

L. De Masi - M. Necci

Los objetos de oro procedentes de tumbas como la de la «princesa» (abajo) y del «Señor de los cápridos» nos revelan una espléndida producción de alto nivel que, aunque difundida localmente, muestra fuertes nexos con la tradición mesopotámica (por ejemplo, la técnica del granulado) y egipcia (importaciones directas).

L. De Masi - M. Necci



L. De Masi - M. Necci

L. De Masi - M. Necci

Alalakh
Puerto del reino de Yamkhad

Concluida la excavación de la fabulosa Ur, sir Charles Leonard Woolley decidió acometer una nueva empresa en una zona completamente nueva para él: la llanura costera al norte de Siria, bajo jurisdicción turca. Los lugares escogidos fueron Tell Atchana («La Seca»), en el Oronte, a poca distancia del Mediterráneo, y su probable puerto, al-Mina («El Puerto»). El arqueólogo inglés excavó ahí entre 1936 y 1949, en un total de siete campañas, que se desarrollaron principalmente en primavera y en otoño. A la decisión tomada por Woolley, de cambiar por completo la región objeto de su interés, no debieron de ser extrañas —además de las motivaciones científicas— las cada vez más difíciles condiciones políticas de Irak, que se encaminaba lenta y fatigosamente a la independencia y a la constitución de la república. Según se dice, también influyó la voluntad de la despótica pero fascinante lady Woolley, que preferiría una localidad a orillas del mar.

Iniciado el trabajo en Tell Atchana, que después fue identificado como la antigua Alalakh, los arqueólogos encontraron en seguida dos dificultades principales. Una, técnica, estaba constituida por la presencia de aguas subterráneas a poca profundidad y fue superada trabajando en los períodos más secos del año, cuando el nivel era más bajo, y utilizando equipos mecánicos como tubos, grúa y plataformas móviles elevadas, que crearon cierto malestar psicológico en los arqueólogos acostumbrados a trabajar sólo con pala y pico. La segunda dificultad era de orden científico y no fue superada por Woolley de manera satisfactoria: en la época en que el arqueólogo empezaba a trabajar en Siria, se conocía muy poco sobre la civilización local, que no se ha revelado por completo hasta los últimos decenios. Por tanto, se sentía predispuesto a comparar los materiales que descubría en el curso de la excavación con los que él conocía mejor: es decir, los mesopotámicos. Con tal comparación, los materiales de Alalakh, por sus peculiaridades estilísticas que hoy reconocemos como sirias, fueron incluidos en secuencias más arcaicas. Así, cuando Woolley ofreció al público los resultados de su trabajo, presentó una seriación estratigráfica que comprendía 17 estratos, el más antiguo y profundo de los cuales era el XVII; pero fechó los estratos del XVII al VIII entre el 3400 y el 1780 a. de C., un período excesivamente largo. Actualmente, basándonos en las comparaciones —más fáciles—, sobre todo, con los materiales cerámicos, se puede reducir razonablemente el período cubierto por estos estratos entre el 2000 y el 1800 a. de C., aprox.

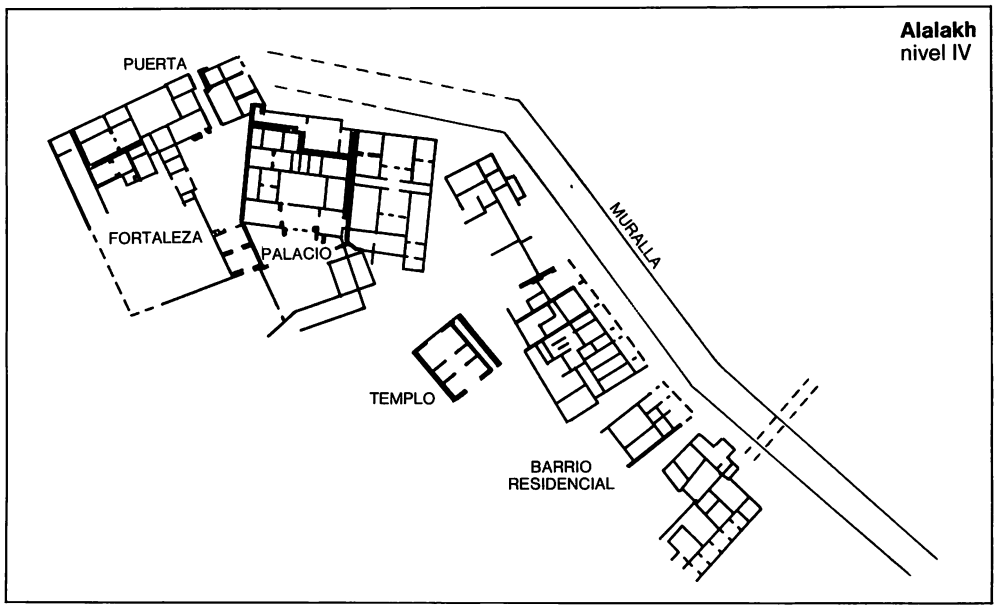
Los estratos sucesivos —del VII al I— fueron fechados más correctamente, tanto sobre la base de los hallazgos, objetos o cerámica, como por los numerosos documentos escritos, los cuales permitieron relacionar la historia de Alalakh con la más conocida de las grandes potencias de la época: Mesopotamia y Egipto. El período cubierto por estos estratos se extiende entre el 1800 y el 1200 a. de C., aprox., cuando el centro fue definitivamente destruido.

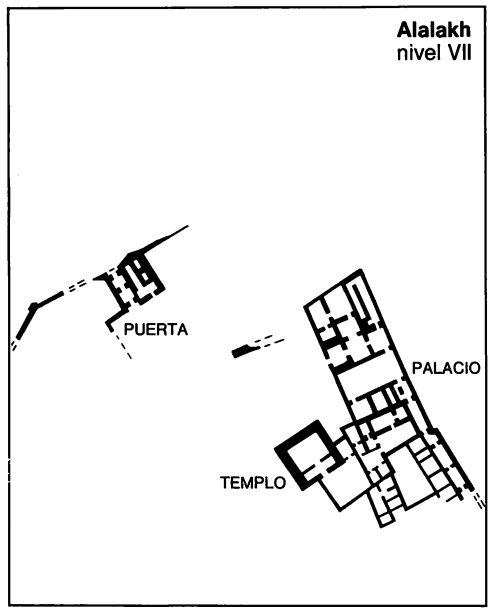
La ciudad de Alalakh se alza junto al Oronte, en la llanura costera del Amuq, a poca distancia del Mediterráneo. Su fundación responde a criterios eminentemente estratégicos: la ciudad se hallaba en el camino más corto entre Alepo y el mar, en el cruce entre dicha vía y una dirigida a norte-sur que llevaba, al norte, a Anatolia y, al sur, hacia la costa sirio-palestina. Desde su privilegiada posición, Alalakh podía controlar —y es probable que controlara— estas vías comerciales y, consecuentemente, la distribución de las mercancías hacia el continente y hacia un puerto, que puede identificarse razonablemente con al-Mina, que fue también estudiado por Woolley en el transcurso de sus campañas en Siria.

De los niveles XVII-VIII, aparte de las dificultades para establecer una fecha, no se tienen datos significativos: se ha localizado la estructura de un templo, mantenida —con varias reconstrucciones— durante todo el período que corresponde, según las nuevas fechas, a los inicios y a la fase de pleno desarrollo de la Edad del Bronce Medio en Siria, es decir, el período de desarrollo en el interior de Siria de centros como Ebla o Alepo.

El máximo esplendor de Alalakh se produjo, sobre todo, en dos fases: la que corresponde al VII nivel (1800-1750 a. de C., aprox.) y la del estrato IV (1450-1350 a. de C., aprox.); de ambas fases tenemos, además de las estructuras, importantes documentos escritos sobre tablillas cuneiformes.

En la primera fase de desarrollo (estrato VII), Alalakh no era una ciudad independiente, pero debía de ser uno de los centros más importantes del reino amorita de Yamkhad, cuya capital era Alepo. La ciudad debía de ser la mayor —si no la única— salida de Yamkhad al mar. A esto se debe





tal vez el impulso que recibió de los reyes de aquella dinastía y explicaría el cuidado y atenciones que le dedicaron, aunque residían en Alepo. Los monumentos principales de este período, sacados a la luz, son el palacio real, un templo y la puerta principal de la ciudad. Del palacio y del templo proceden las mayores cantidades de textos, que se refieren sobre todo a tres reyes: Hammurabi, Yarim-Lim y Niqmepa. El último es un rey local; en cambio, el segundo, que fue el artífice del verdadero florecimiento de Alalakh, era de Alepo y vivió entre 1790 y 1770 a. de C., en tiempos del gran Hammurabi de Babilonia. Yarim-Lim, que se hizo construir una residencia en Alalakh, fue muy poderoso, por lo menos a nivel local, hasta que Hammurabi de Babilonia alcanzó la cúspide de su poder. En efecto, en un documento encontrado en el palacio de Mari, capital del Éufrates Medio, se lee: «Diez o quince reyes siguen a Hammurabi de Babilonia, diez o quince a Rim-Sin de Larsa, pero al menos veinte reyes siguen a Yarim-Lim de Yamkhad.» Después, Yarim-Lim, convencido de su poder y deseoso de mostrar que tenía el control de la importante salida al mar, decidió hacerse construir en la ciudad costera una residencia «digna de un hombre», quizá también con intención de rivalizar con el palacio de Mari, célebre por su magnificencia, hasta el punto de que un rey de Ugarit pidió permiso para visitarlo.

El palacio de Alalakh estaba formado por dos alas netamente separadas, la verdadera residencia y la zona reservada a los servicios, que se extendían a los lados de un gran patio, en el que al principio se abría la entrada principal. Posteriormente, tal entrada fue desplazada hacia la residencia, en cuya primera planta se encontraba la sala de las audiencias, con la entrada adornada con cuatro columnas pequeñas. Junto al palacio se alzaba un templo, quizá del tipo de torre, dedicado a las principales deidades ciudadanas o a una divinidad dinástica. La puerta de la ciudad es una estructura muy característica para esta región y para este período: flanqueada por dos torreones, presentaba una típica articulación «en tenaza», con tres puertas y dos estancias de paso. Las torres contenían los puestos de guardia y las escaleras de acceso a los corredores de ronda en lo más alto de los citados torreones y a lo largo de las murallas. Estas últimas eran del tipo más difundido en la zona sirio-palestina: altos terraplenes constituidos por capas sucesivas de tierra batida, que después se revocaban de blanco y se protegían con bases de piedra o con fosos exteriores.

El palacio fue completamente destruido y saqueado, quizás cuando empezaron las campañas de los grandes reyes hititas, Hattusil I y Mursil I, contra Alepo —más probablemente por obra del primero de estos dos soberanos—. Por ello, queda bien poco de los adornos, que debieron de ser riquísimos, a juzgar por la presencia de numerosos colmillos de elefante, entre otros objetos. Esos animales aún serían frecuentes en Siria durante el II milenio a. de C., y sus colmillos constituyeron uno de los mayores artículos de lujo de la época, para su empleo en el país o para la exportación.

Como consecuencia de las destrucciones provocadas en Siria por los ejércitos hititas y en Palestina por las tropas egipcias, hubo un período de depresión en aquellas regiones. Alalakh floreció de nuevo, bajo una dinastía local, entre 1450 y 1350 a. de C., período que corresponde al estrato IV, localizado por Woolley. También esta fase es muy conocida y ha ofrecido una notable cantidad de documentos escritos. Uno de los más interesantes es un texto histórico-literario grabado sobre una estatua de basalto que representa al protagonista de los acontecimientos narrados. Se trata de Idrimí, que fue rey de la ciudad después de una serie de peripecias que recuerda, con un estilo literario muy característico, sobre toda la superficie de la estatua. Esto nos permite reconstruir, además de su vida y más allá de los elementos literarios, una parte de los acontecimientos en que se vio envuelta la ciudad. En efecto, durante este período varias potencias se disputaban el predominio sobre Siria: los mitani —de reciente fundación—, los hititas, los egipcios y los asirios convirtieron Siria en su campo de batalla y, en el transcurso de no siempre afortunadas vicisitudes, Alalakh permaneció casi siempre, aunque a veces a disgusto, en la órbita de la influencia hitita.

El fundador de la dinastía local, a la que pertenecía también Idrimí, fue Niqmepa, a quien debemos la construcción de un palacio real, que fue mantenido y ampliado por sus sucesores. En su idea original, el edificio se basaba sobre el modelo, obviamente aumentado de tamaño, de la vivienda privada. Características de la arquitectura siria son la entrada principal con una

breve escalinata y dos columnas pequeñas centrales, así como el sector reservado a las audiencias, constituido por una unidad fácilmente reconocible, compuesta por seis piezas, cuatro de ellas menores, dispuestas por parejas a los lados de las dos mayores, que estaban en el centro. De estas estancias, la mayor era la verdadera sala de las audiencias y estaba separada de la habitación menor de acceso por una entrada con una única columnita central. Este tipo de organización del sector era, en la época de las excavaciones de Woolley, un ejemplar casi único, mientras que hoy se conocen otros importantes ejemplos, como el del Palacio Occidental de la Ebla amorita, aún más antiguo.

Bajo el gobierno de la dinastía de Niqmepa, Alalakh debió de alcanzar una notable prosperidad económica, testimoniada por las casas de los grandes señores de la ciudad. Son viviendas espaciosas, construidas con esmero sobre fundamentos de piedra con robustos soportes de adobe, que sostenían incluso dos plantas y que se extendían en torno al habitual patio central. Otras viviendas, más modestas aunque no muy pequeñas, eran de una sola planta y debían de tener el techo plano, en terraza, tan frecuente en el Próximo Oriente, donde se utiliza de día para algunos trabajos, sobre todo de preparación de alimentos, y de noche, en los períodos más cálidos del año, para dormir.

Hacia el 1350 a. de C., Alalakh fue conquistada por el rey hitita Suppiluliuma (1380-1346 a. de C.) y no volvió a reconquistar la independencia, aunque hubo una tentativa de revolución filoegipcia truncada, hacia el 1280 a. de C. Posteriormente, la ciudad fue definitivamente destruida hacia el 1200 a. de C., como consecuencia del hecho sin duda traumático, pero aún mal explicado, que los egipcios llamaron «invasión de los Pueblos del Mar». Después, lo único cierto es que Siria reapareció con un aspecto distinto. Surgieron por todas partes principados arameos que, a veces, escogieron para sus fundaciones lugares nunca ocupados hasta entonces. De hecho, Alalakh fue abandonada después de un intento fracasado de reocupación, mientras surgió un nuevo asentamiento en Tell Ta'yinat, a poca distancia.

Para aclarar más completamente el cuadro histórico de la región de la que Alalakh había sido el centro más importante, Woolley exploró también al-Mina, un pequeño asentamiento junto al mar, donde pensaba que podría identificar el puerto del antiguo centro. En realidad, su búsqueda fue parcialmente decepcionante, ya que los diez estratos que descubrió se refieren sólo al período entre los siglos VIII y IV a. de C., sin que ningún fragmento cerámico pudiera atribuirse a períodos precedentes. Pero otro pequeño asentamiento, a poca distancia de allí, tenía en la superficie restos cerámicos que podían fecharse en los siglos XIII-XII a. de C. Por ello, el arqueólogo inglés formuló la hipótesis de que en este segundo lugar, Sabouni, se encontraban al menos las residencias de los comerciantes más ricos, que disfrutaban así de una mejor posición, ya que el centro estaba levantado sobre la superficie del mar.

Por otra parte, los restos del puerto de Alalakh debieron de ser arrastrados por el Oronte, como consecuencia de un cambio de curso de este río, tras el cual una buena parte de al-Mina quedó destruida por la erosión.

La de Alalakh ha sido una de las primeras exploraciones sistemáticas de un emplazamiento sirio y pueden colmarse muchas lagunas e incertidumbres del informe de la excavación gracias a los grandes progresos que se han hecho en el estudio de una región, que ahora se sabe riquísima en testimonios del más alto nivel, pero que entonces se consideraba solamente como zona de paso entre los dos grandes polos político-culturales: Egipto y Mesopotamia.

Archivio Curcio

Leones hititas (Museo de Antioquía). También esta iconografía llegó hasta el arcaísmo griego: el león hitita o anatolio presenta, por lo menos, dos rasgos distintivos: hocico glabro y abertura («rictus») amarga y dolorosa de la boca.
En la página siguiente, estatua del rey Idrimí, procedente de Alalakh y con inscripción (hacia 1400 a. de C.; British Museum, Londres). El material empleado es piedra blanca con incrustaciones de piedra negra. Estilísticamente próxima a la tradición mesopotámica —posición recogida y ojos grandes—, son destacables rasgos anatolios o fenicios, por ejemplo en la preeminencia dada a la cabeza.

Mari
El descubrimiento del teniente francés

Tell Hariri, con una altura de sólo 14 m respecto a la llanura circundante y con una extensión de más de 1 km a la redonda, se encuentra junto al Éufrates medio, en un punto en que el río discurre con gran caudal, antes de rebasar la frontera que separa Siria de Irak; el centro de importancia más cercano del tell es la pequeña ciudad de Abu Kemal. Y precisamente de esta ciudad fronteriza salió para una visita de inspección —en agosto de 1933— el lugarteniente francés Émile Cabane, en cumplimiento de sus funciones, ya que por entonces Siria y el Líbano estaban bajo mandato francés. Llegado a Tell Hariri, el teniente se encontró con un grupo de lugareños ocupados en excavar una fosa para la sepultura de un pariente difunto y observó que el terreno, en el ligero declive de la colina, no cedía fácilmente a causa de las numerosas piedras existentes en aquella zona, por lo que invitó a aquellas personas a que desistieran de su empeño. En los días siguientes, los propios habitantes del lugar llamaron aún más la atención del teniente francés enseñándole los frutos de su excavación: una estatua varonil acéfala, aparecida en la tierra del tell, que llevaba una inscripción de caracteres cuneiformes con la mención de una divinidad ya muy conocida por las fuentes mesopotámicas: Shamash, el dios-sol. Muy acertadamente, el hecho no le pareció al oficial carente de importancia y lo comunicó a la Dirección de Antigüedades de Beirut, desde donde, con bastante rapidez, la noticia llegó a París. A partir de entonces, la atención del Conservador de las Antigüedades orientales del Louvre, R. Dussaud, se centró en Tell Hariri y en el descubrimiento de la estatua, que se incorporó de forma indisoluble al nombre del teniente que había asistido a su recuperación, siendo aún conocida en la actualidad como «estatua Cabane». R. Dussaud tuvo la idea de pedir a un joven arqueólogo que ya había trabajado en Mesopotamia, llamado André Parrot, que partiera hacia Siria e iniciara en Tell Hariri una campaña de excavaciones que diesen a conocer lo que escondían las arenas del desierto sirio. Parrot aceptó de buen grado la nueva misión; el 14 de diciembre de 1933, se dio el primer golpe de pico en el nuevo centro de excavación, y no tardaron en llegar los descubrimientos importantes. El 23 de enero de 1934 se consiguió dar nombre a la ciudad que estaba saliendo a la luz; en efecto, entre las estatuillas que aparecían en el terreno, una en particular llevaba la inscripción: «Lamgi-Mari, rey de Mari, sumo sacerdote de Enlil, ha dedicado su estatua a Ishtar.» Era un hecho: las ruinas que se ocultaban bajo Tell Hariri eran las de la antigua ciudad de Mari, repetidamente mencionadas por las fuentes mesopotámicas y no localizada hasta entonces. La identificación de Tell Hariri con Mari abrió nuevos y amplios horizontes a los estudiosos del Próximo Oriente antiguo y añadió una perla a la colección de los éxitos arqueológicos franceses que, pocos años antes, con el descubrimiento de Ugarit, había llamado la atención de todo el mundo científico, por la gran importancia de cuanto estaba saliendo a la luz en el centro de la costa siria.

Desde entonces, las campañas de excavaciones, que hasta 1974 tuvieron la incansable y valiosa guía de André Parrot, no han ido sucediéndose de forma continua, ya que han recibido las inevitables repercusiones de los acontecimientos internacionales; así, a la interrupción de los trabajos causada por la segunda guerra mundial y prolongada hasta 1950, siguió una serie de cinco campañas de excavación y de nuevo una detención de los trabajos como consecuencia de la crisis internacional derivada de los incidentes de Suez. La actividad arqueológica se reanudó en Mari en 1960 y se mantuvo hasta 1974, para cesar de nuevo durante cuatro años. A la nueva serie de campañas, iniciadas en 1979, le correspondió un cambio de dirección: el viejo André Parrot, que había dedicado a Mari gran parte de su vida y que moriría en 1980 dejando un vacío difícil de llenar en la arqueología oriental, fue sustituido por Jean Margueron, de la Universidad de Estrasburgo, uno de los más capacitados entre los estudiosos modernos del tema próximo-oriental.

A pesar del diligente empeño de los arqueólogos franceses, la gran superficie de Tell Hariri sólo ha sido explorada en una pequeña parte y aún queda mucho por hacer; pero del análisis de lo que hasta ahora se ha sacado a la luz —estructuras, cerámicas y objetos de materiales preciosos o no— y del estudio de las tablillas ha emergido sin sombras la historia de esta ciudad, que debió su fortuna a la felicísima posición geográfica en que se había levantado, junto a uno de los dos grandes ríos del Próximo Oriente, el Éufrates, y a mitad de camino ente Mesopotamia y Siria, en el límite de dos culturas, entre las que con frecuencia hizo de mediadora.

La ciudad conoció un primer asentamiento ya en los inicios del III milenio a.

L. De Masi - M. Necci

L. De Masi - M. Necci

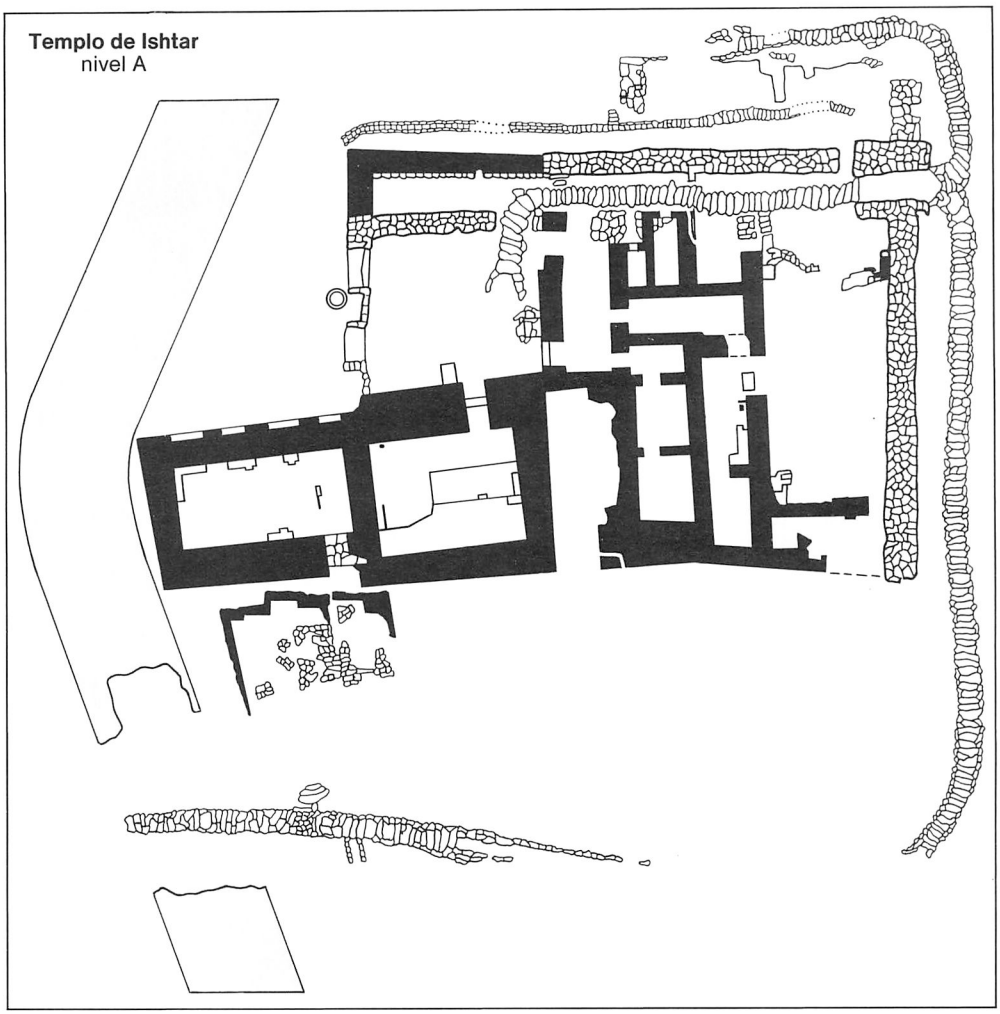
En la página anterior, estatua del rey Itur-Shamagan. La escultura revela a primera vista —sobre todo en la pose hierática de las manos y del rostro de ojos desmesuradamente abiertos— los cánones artísticos mesopotámicos; mediados del III milenio a. de C. (Museo Nacional de Damasco). A la derecha, estatua de Lamgi-Mari, primera mitad del III milenio a. de C. (Museo Nacional de Alepo). La pieza procede del templo de la diosa Ishtar y, junto con una influencia de la tradición artística mesopotámica, revela la presencia de otras influencias —sobre todo fenicias— en la cabeza grande y en las formas más sinuosas. Una inscripción que aparece en la parte de detrás de la estatuilla ha permitido identificar Tell Hariri como Mari.

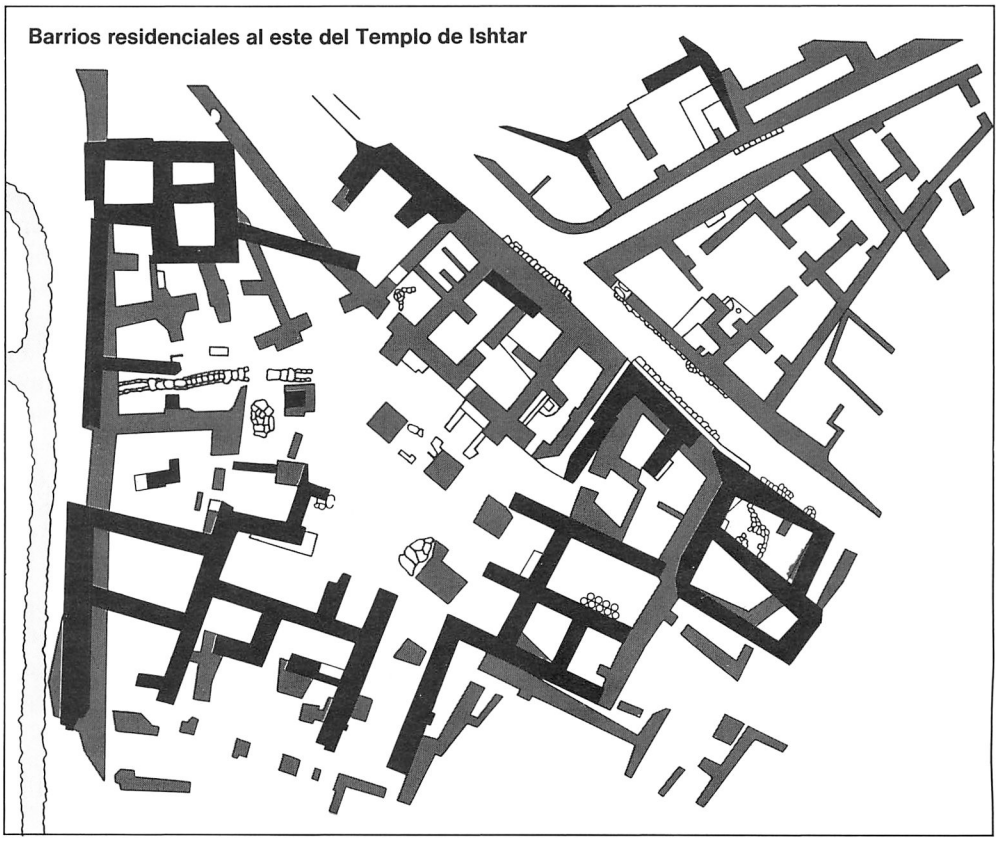
de C. y asumió rápidamente un papel de gran importancia, papel que mantendría durante cerca de mil años, hasta que en el siglo XVIII fue destruida por Hammurabi de Babilonia. De las dos principales fases históricas de Mari —la que va del 2600 al 2250 a. de C., aprox., y la que va del 1800 al 1761 a. de C.— tenemos un mayor número de monumentos de la primera; pero la segunda es la que se debe considerar más documentada, ya que el hallazgo de los archivos reales, con un total de 20.000 tablillas inventariadas, da un cuadro amplio de cómo se desarrollaba la vida en el interior de la ciudad, supliendo así la falta de ulteriores datos arqueológicos, que una exploración más extensa del tell no dejará de proporcionar. Del conjunto de los elementos arquitectónicos e histórico-artísticos resulta que Mari se introduce homogéneamente en el contexto mesopotámico, pero no faltan datos que demuestran también su estrecha relación con el mundo sirio, y en particular con la religión de aquella zona occidental, demostrando su carácter bifronte, que la llevó, en distintos momentos de su historia, a aproximarse a una área u otra.

Hacia la mitad del III milenio, Mari era ya una ciudad bastante amplia y con una compleja organización interna; de este período, las excavaciones francesas de los años setenta sacaron a la luz —por ahora sólo en parte— un edificio de 8000 m^2 de superficie, construido por quienes entonces gobernaban la ciudad, aunque no tenemos ningún documento escrito capaz de ilustrar su historia. El gigantesco palacio (definido habitualmente como presargónida, ya que precede a la instauración de la hegemonía de Sargón de Akkad, en Mesopotamia primero y en la zona siria después) tenía la parte central ocupada por un gran santuario, signo de que tal vez el poder político estaba entonces estrechamente ligado al poder religioso: en el templo se localizaba probablemente no sólo un centro religioso, sino también la sede del gobierno. El santuario tenía una gran estancia central, de unos 15 m de lado, en torno a la cual se extendían distintas habitaciones; la adyacente al lado meridional del gran patio terminaba en una cella pequeña que contenía un gran altar para los sacrificios; un largo corredor externo circundaba el conjunto del complejo y lo comunicaba

con el resto de la construcción. Aún se está trabajando en la excavación de este edificio, pero parece que reserva novedades interesantes respecto a cuanto se conoce hasta ahora de la arquitectura oriental. Las excavaciones han revelado también dos barrios de casas privadas de este mismo período, uno en el sector occidental próximo a las murallas y el segundo en el centro de la ciudad, en la zona de los templos y del palacio presargónida. Precisamente este último barrio es el que albergaba los edificios más importantes de Mari y, entre éstos, los numerosos templos. Conocemos las divinidades que en ellos se veneraban gracias a la costumbre de los fieles de colocar estatuas en el interior de los lugares de culto: estas estatuas de piedra llevaban en muchos casos inscripciones con los nombres de los dedicantes y del dios a quien se quería rendir homenaje. Una de éstas fue la de Lamgi-Mari que, colocada en el templo de Ishtar, diosa del amor y de la guerra, permitió en 1934 la identificación de Tell Hariri con la antigua Mari. Otros santuarios estaban dedicados a Ninni-zaza, Ishtarat, Shamash, Ninuhursag y Dagan; observando estos ejemplos de arquitectura sacra del III milenio, se advierte que en Mari se construían dos tipos de santuarios, distribuidos según dos planos. En efecto, el edificio sagrado podía estar constituido únicamente por la cella, bastante simple y con altar para libaciones y pila lustral —como en el caso de los templos de Ishtar, Ninuhursag y Dagan—, o bien compuesto de estancias que recuerdan la disposición interna de las casas privadas. De este último tipo eran los templos de Ishtarat y Ninni-zaza, con la cella que corresponde a la estancia principal de la casa, destinada a la representación. Todos los templos tenían unas banquetas a lo largo de las paredes, destinadas a albergar los exvotos, las estatuas de distintas dimensiones, del tipo de la de Lamgi-Mari, que se han encontrado en gran número y que constituyen una de las más interesantes manifestaciones del arte de Mari de aquel período y el testimonio de una costumbre religiosa muy difundida.

Estas estatuas de piedra blanca, con una altura que varía de un máximo de poco más de 1 m a unas pocas decenas de centímetros, representan hombres y mujeres, reyes y funcionarios de palacio, y también anónimos devotos que se representan sentados o de pie, pero siempre con las manos juntas en actitud orante. Todos los personajes masculinos llevan una larga





Fotorepress

vestidura de volantes y el torso desnudo o, todo lo más, con un hombro cubierto, de forma que el hombro derecho, siempre libre, lleva con frecuencia una inscripción con el nombre del oferente y la dedicatoria a la divinidad; el rostro está enmarcado por una larga barba, y la cabeza puede aparecer rapada o con el cabello recogido en un moño apretado. La atención de quien observa estas estatuas quedará particularmente prendida en la mirada de los ojos, en los que las incrustaciones de materiales diversos, con el negro o el azul de las pupilas y de las cejas, crean un agradable efecto cromático y dan un notable realce a todo el rostro.

Las estatuas femeninas llevan el vestido de pesados mechones de lana como las masculinas, pero con el busto siempre cubierto, y la cabeza presenta altos tocados, que dan una indudable majestuosidad al rostro absorto en la plegaria; carentes de la inscripción en los hombros, estas estatuillas han quedado como anónimo testimonio de la devoción de Mari, tal vez de princesas o sacerdotisas. Más raros, pero no menos interesantes, son los casos en que dos figuras, una masculina y otra femenina, muy probablemente cónyuges, se representan abrazados afectuosamente, como para reafirmar ante la divinidad la realidad de una unión que lo era de hecho ante los hombres. Entre las estatuas femeninas y masculinas de Mari, una ha llamado la atención de quien se le acerca, por la ambigüedad del personaje representado: la figura, descubierta en el templo de Nini-zaza, tiene el torso desnudo y está sentada con las piernas cruzadas sobre una banqueta baja; sobre los hombros lleva esta inscripción: «Bajo Iplul-Il, Ur-Nanshe, el gran cantor ha dedicado su estatua a Ninnizaza.» Las facciones juveniles y más bien afeminadas del rostro hicieron pensar en un primer momento en la representación insólita de un personaje femenino, y de hecho André Parrot y Georges Dossin, el epigrafista y descifrador de gran parte de los documentos escritos de Mari, definieron a Ur-Nanshe como «la gran cantante»; pero la desinencia del sustantivo que indica la función del sujeto ha hecho pensar, más recientemente, que Ur-Nanshe fuera un cantante de sexo masculino, tal vez una voz muy aguda, de la corte de Mari del III milenio.

Como ya se ha dicho, los documentos escritos del III milenio son poquísimos y del todo insuficientes para reconstruir la historia de Mari en aquel período. Sin embargo, han sido esclarecedoras sobre este punto las tablillas de Ebla, que documentan las estrechas relaciones existentes entre las dos ciudades inmediatamente antes de la conquista de ambas por parte de los reyes de Akkad; algunas cartas de reyes de Mari encontradas en los archivos de Ebla mencionan victorias conseguidas por aquellos soberanos y dan un idea de la extensión del territorio sobre el que la ciudad del Éufrates ejercía su influencia. Mari era entonces también un importante centro cultural; tanto es así, que los escribas eblaítas iban allí para aprender bien su oficio, y en un texto eblaíta se lee como fórmula de fecha: «cuando los jóvenes escribas (de Ebla) han regresado de Mari». Pero la gran consideración en que se tenía a los reyes de Mari tuvo un válido testimonio durante las excavaciones francesas de los años sesenta: en efecto, fue descubierta una jarra que contenía objetos de factura mesopotámica y que recibió entonces el nombre de «tesoro de Ur», ya que sobre

Mujer con manto (Museo Nacional de Damasco). El tipo aquí representado revela alguna analogía con las dos figuras masculinas vistas precedentemente: el vestido se compone de los mismos pesados mechones de lana, que forman un manto sobre la cabeza; las manos están unidas y los ojos abiertos de par en par; finalmente, también estas estatuillas femeninas que representan sacerdotisas y princesas, estaban colocadas en los lugares consagrados a las divinidades, pero, a diferencia de las masculinas, carecen de la inscripción dedicatoria.
A la izquierda, ruinas de la ciudad. La posición geográfica de Mari se refleja plenamente en su cultura y en su arte, colocados en la encrucijada entre las antiguas civilizaciones mesopotámicas y los emergentes asentamientos comerciales de Siria y Fenicia.

una gruesa cuenta de collar de lapislázuli se citaba a Mesanemada, rey de Ur, como dedicante del objeto.

Todo cuanto contenía la jarra era de refinada factura y materiales preciosos, como lapislázuli, cornalina y oro, y constituía el regalo del rey de Ur al de Mari. El cuidado con que fueron realizados los objetos que componen el «tesoro de Ur» (collares, pendientes, sellos, broches, estatuillas), además de probar el alto nivel alcanzado por los artesanos mesopotámicos —que no era inferior entre los de Mari— demuestra la vivacidad de los contactos vigentes entre zonas productoras de materiales diversos.

Pero la próspera vida de la ciudad de Mari sufrió una brusca interrupción provocada por Naram-Sin, el conquistador de Ebla, que se apoderó del floreciente centro del Éufrates, como prueban dos objetos de bronce que llevan el nombre de una hija del soberano akkadio. Así acababa la primera fase de esplendor de Mari en el siglo XXIII a. de C., a manos de los reyes akkadios, quienes, habiendo obtenido la hegemonía en toda Mesopotamia, se extendieron hacia occidente determinando el fin de reinos extraordinariamente florecientes, como Mari y Ebla en la Siria noroccidental.

A la conquista de Mari por parte de Naram-Sin siguió un período de oscuridad completa, que terminó, según lo que sabemos, alrededor del 2100 a. de C., cuando la ciudad era gobernada por los shakkanakku. Con este término se indicaba habitualmente a los gobernadores militares que actuaban por cuenta de un poder central; pero, según parece, los shakkanakku de Mari fueron completamente independientes y mantuvieron buenas relaciones diplomáticas con la mayor parte de los poderosos de la época, entre los que se contaba Ur-Nammu, fundador de la dinastía III de Ur. Al poco tiempo, la independencia de Mari volvió a estar en peligro y Ur, la capital del renacimiento neosumerio, en la época en que era rey Shulgi (hijo de Ur-Nammu) extendió al Éufrates medio su zona de influencia; sin embargo, este do-

E. Lessing/Magnum

minio no duró mucho y a partir del 2000 a. de C., aprox., Mari recuperó su independencia. A aquel período se remonta una lista de seis nombres de príncipes shakkanakku, los últimos de los cuales cambiaron su título de gobernador por el de rey. Es muy probable que a estos soberanos se haya de atribuir la primera fase de construcción del gran palacio real, que sería después la residencia del último señor de Mari, Zimri-Lim, y es evidente que bajo su mandato Mari vivió una fase de gran prosperidad, a juzgar por los restos arquitectónicos monumentales y por la refinada estatuaria que tiene como protagonistas a los reyes de la época. Las estatuas de los shakkanakku, que podían ser tanto de tamaño natural, como la de Puzur-Isthar (de 1,73 m de altura), como de pocas decenas de centímetros, se obtenían de piedras de color oscuro, como la esteatita, la diorita o el basalto; las esculturas representan a los soberanos con las manos unidas en actitud orante y con el aire de indiferencia hacia el mundo material típicos también en las estatuas contemporáneas de Mesopotamia, mientras los vestidos que llevan los personajes representados son decididamente sirios, con el manto de borde adornado que deja descubierto un hombro. Los detalles del rostro, igual que los de los vestidos, se han trabajado con esmero, y el conjunto resulta notablemente embellecido por el brillo de la piedra oscura que los shakkanakku —algunos de los cuales como Puzur-Ishtar no dudaron en hacerse representar con la tiara de cuernos de las divinidades— pidieron para sus propias estatuas. Por desgracia, de esta fase de alto nivel artístico no se tiene una documentación adecuada: en efecto, las cerca de 500 tablillas que se han descubierto tratan únicamente del tráfico, hacia el exterior, de animales, pieles y víveres, así como de la recepción de mercancías, sin hacer referencia a otros temas que hubieran resultado más esclarecedores.

Las excavaciones que se refieren a la segunda mitad del siglo XIX y a la primera del XVIII han dado resultados muy distintos, así que de esta fase histórica se tienen datos arqueológicos plenamente confirmados por los epigráficos, es decir, lo mejor que puede obtener un arqueólogo orientalista. El palacio llamado de Zimri-Lim es el que, con sus enseres y las tablillas de sus archivos, nos proporciona los elementos más completos respecto a la vida que se desarrollaba en Mari y que se centraba esencialmente en los sucesos del palacio.

En el siglo XIX Mari había sido objeto de las miras expansionistas de Shamshiadad I de Asiria (1814-1782), quien había despojado del trono de la ciudad siria al legítimo soberano Sumu-Yamam, que reinaba hacía sólo dos años, para poner en su lugar a su hijo, Yasmah-Addu; pero a la muerte del poderoso y emprendedor padre, el usurpador fue a su vez expulsado por el legítimo heredero del trono, Zimri-Lim, quien no dejó al enemigo en fuga ni el tiempo necesario para llevar consigo a las mujeres del harén (según refieren las tablillas). Zimri-Lim —último descendiente de la dinastía que legítimamente aspiraba al trono—, después de años de exilio en Alepo, en Siria septentrional, había vuelto para restaurar en Mari el poder que le correspondía por su estirpe y llevó rápidamente a la ciudad el máximo de la prosperidad económica y política, con un gobierno que tenía en el propio rey su punto focal, artífice de toda iniciativa diplomática y militar. Zimri-Lim reforzó en poco tiempo su posición, extendiendo la zona de influencia de Mari a lo largo de todo el curso del Éufrates y de sus afluentes Balikh y Khabur; el rey confió a sus gobernadores el control de las diversas provincias, y éstos le enviaban cartas, contenidas en los archivos reales, con detallados informes de las varias actividades realizadas por cuenta del rey y que consistían en proseguir los trabajos agrícolas que exigían las distintas estaciones, en ocuparse de las ceremonias religiosas, en mantener eficiente el sistema de canalización, en juzgar y castigar a los culpables de hurto y contrabando y en satisfacer las peticiones del palacio de Mari con el envío de materiales y mano de obra que precisaba la capital. De esta última gloriosa época de la vida de Mari, que fue definitivamente destruida en 1761 por Hammurabi de Babilonia, hasta poco antes aliado de Zimri-Lim, se han descubierto una plataforma rectangular, sobre la cual debían de celebrarse funciones de culto, y el templo de Dagan, formado por una sola cella rectangular de tipo sirio y junto al cual se encontraron los leones de bronce con las fauces abiertas de par en par, que protegían la entrada. El origen del templo, dedicado a una divinidad particularmente venerada en la zona del Éufrates medio, se remonta tal vez a la época de los shakkanakku, pero siguió utilizándose, sin duda, hasta el final de la historia de Mari, igual que el otro gran edificio, el palacio de Zimri-Lim. Como se ve, con respecto a los hallazgos arquitectónicos del III milenio, el II queda menos documentado; pero la abundancia de textos hallados en el pala-

Pintura mural: escena de sacrificios. La pintura procede del palacio de Zimri-Lim y forma parte de una composición más amplia que representa un buey conducido al sacrificio por una comitiva de hombres guiados por una figura que puede interpretarse como de un dios, rey o sacerdote. El dibujo está realizado con un contorno negro sobre un fondo que puede llenarse —además de negro— de blanco, rojo, amarillo, azul y tostado.
A la izquierda, estatua de shakkanakku (Museo Nacional de Alepo). Tras el período de oscuridad que siguió a la conquista de Naram-Sin, Mari reconquista su autonomía bajo la dirección de sus gobernantes, los shakkanakku. La estatua aquí representada se atribuye a Istup-Ilum y presenta todas las características destacadas de estas imágenes de los gobernadores: las manos juntas y el rostro imperturbable, un hombro descubierto, el brillo de la piedra oscura y los detalles minuciosamente representados.

E. Lessing/Magnum

cio real ha hecho que esta última fase histórica de Mari sea también la mejor conocida. La importancia de cuanto estaba saliendo a la luz no escapó a su descubridor, André Parrot, quien se encontró ante un palacio en un estado de conservación tal, que no podía compararse con los otros palacios mesopotámicos descubiertos, con excepción quizá de los palacios neoasirios del I milenio a. de C. El palacio pasó a lo largo del tiempo por diversas vicisitudes y, probablemente, es producto de diferentes fases de construcción, de las que no es posible seguir la evolución en la actualidad. Su gran extensión (alrededor de 2,5 ha) y el estado de conservación de sus muros (algunos tienen una altura de casi 5 m) lo convierten con toda justicia en uno de los monumentos más imponentes del Próximo Oriente. El palacio, que comprende unas 300 habitaciones, entre patios, aposentos y corredores, era accesible a través de una entrada monumental situada en el sector septentrional, que, pasando por tres habitaciones, conducía al gran patio 131, desde el que se entraba en una pequeña capilla palatina (132), decorada con pinturas murales. Del patio 131 se llegaba, por el sur, al complejo de los grandes almacenes y, por el oeste, al sector que comprendía los aposentos reales y las salas de representación. Esta parte debía de revestir la máxima importancia en la economía de la vida de palacio y constaba de diversas habitaciones, cuya función se ha comprendido perfectamente casi siempre. El núcleo central del sector lo constituía el patio 106, verdaderamente fastuoso, con las pinturas que lo adornaban destacando sobre el revocado blanco de las paredes. Desde este patio se llegaba a la sala 64, enriquecida por la presencia de un podio sobre el que tal vez estaba situada la estatua de caliza blanca que reproducía la diosa de las aguas que brotan; desde la sala 64 dos puertas conducían a la sala del trono (65), donde se hallaba, junto a la pared occidental, un baldaquín bajo el cual se sentaba el soberano, frente a una escalinata de acceso a la plataforma en que estaban dispuestas las estatuas de los antiguos reyes de la ciudad.

En la sala del trono eran admitidos ante la presencia del rey los embajadores y los funcionarios más importantes; allí se celebraban las fiestas y los banquetes que acompañaban las más importantes ceremonias religiosas del palacio. Al oeste y al sur de la sala del trono estaban las oficinas administrativas, los alojamientos de los esclavos y las cocinas; al noroeste del patio 106 se encontraban los aposentos de las mujeres, con las habitaciones de las esposas del rey y de las otras mujeres del harén. Una buena parte del palacio tenía un segundo piso, por lo que hay que imaginar que esta inmensa superficie se duplicaba en algunos casos con una serie de otras habitaciones cuya función se nos escapa. Sin embargo, es posible que al menos una parte de los archivos estuviesen en el segundo piso, ya que el desorden en que han sido halladas las tablillas hace excluir la idea de que las estancias en que se descubrieron fueran las originales de conservación de los documentos escritos.

En este complejo edificio se desarrollaba la vida del rey, de sus mujeres, de sus funcionarios y de sus siervos, según unas reglas ampliamente descritas en las tablillas de los archivos. El rey supervisaba las funciones religiosas y los actos administrativos, y con frecuencia unas y otros iban acompañados por espléndidos banquetes, servidos en la rica vajilla descubierta en los almacenes del sector oficial, y a la que hacen frecuentes referencias los documentos escritos. De la manutención de tan vasto palacio debían ocuparse necesariamente varias personas; en realidad, aunque no con frecuencia, las tablillas citan a los esclavos, algunos de los cuales se alojaban en angostos cuartitos de los apartamentos reales, dispuestos a servir en cualquier momento a sus señores. Evidentemente, un tal tipo de vida no debía de ser agradable, y los esclavos intentaban con frecuencia la fuga; para impedirla se habían instituido verdaderos cuerpos de guardia comunicados con sus alojamientos, con los almacenes y las despensas; pero a veces los esclavos conseguían escapar a la estrecha vigilancia a que se les sometía, aunque nunca llegaban demasiado lejos. De un caso de este tipo habla una tablilla que, como muchas otras, refiere la fuga de esclavos: «Dos esclavos del palacio se han alejado del aposento de la reina, hacia la puerta... Apenas me he dado cuenta, he seguido sus huellas. Han saltado el muro, por donde hay algún apoyo. He llamado la atención de los jardineros que trabajaban al otro lado del muro y hemos conseguido detenerles.» Así pues, la vida en palacio no era fácil para todos, pero una cosa como ésta se menciona sólo casualmente, dado que el protagonista de cualquier tema tratado en las tablillas es el rey, que vivía en el interior de su residencia sin alejarse nunca de ella; en efecto, el soberano no solamente no salía de la ciudad de Mari, sino que no dejaba sus aposentos y, si se requería su presencia en relación con cualquier asunto administrativo, se organizaba de forma que el negocio se tratara en el patio de las Palmas (106), que precedía a la sala del trono. Las únicas ocasiones en que el rey se alejaba de Mari eran las guerras y las inspecciones de las provincias que él controlaba; en estos casos, dejaba la capital para cumplir sus funciones como jefe supremo del ejército de Mari.

Por otra parte, debía de ser bastante agradable permanecer en un palacio del que los antiguos narraban la belleza y del que tenemos amplia documentación gracias a los hallazgos arqueológicos. De particular valor eran las pinturas murales que decoraban las paredes de estancias cubiertas y de patios; entre todas, hay que recordar las de la capilla, que presentaban en registros superpuestos escenas de libaciones ante divinidades entronizadas, y las fastuosas pinturas del patio de las Palmas, al que daban las salas de representación. Aquí el tema era la investidura de Zimri-Lim como soberano de Mari por la diosa Ishtar; todo ello ricamente enmarcado por representaciones de diosas y de seres fantásticos.

Toda esta opulencia fue bruscamente truncada en 1761 por Hammurabi de Babilonia, de quien hasta poco antes había sido aliado Zimri-Lim, hasta el punto de ayudarle en la conquista de Larsa; las tablillas de los archivos no nos aclaran esta brusca inversión de tendencias en la política exterior babilónica, y el caso es que el ejército de Mari sufrió una derrota de la que la ciudad ya no se recuperaría nunca. Textos de Mesopotamia y de Ugarit de la segunda mitad del II milenio citan a Mari de una forma que hace pensar que estuviese de nuevo habitada; pero de este período las excavaciones sólo han descubierto tumbas, con ricos ajuares funerarios. De las investigaciones arqueológicas de los próximos años se esperan noticias sobre esta fase tardía de la vida en Mari.

Estatuilla de Ur-Nanshe o Ur-Nina (Museo Nacional de Damasco). La pieza forma parte de las ofrendas votivas procedentes del templo de Ninni-Zaza y es mejor conocida como «la gran cantante», a pesar de que el sexo de la figura se haya discutido. Se trata de una figura sentada sobre un almohadón y vistiendo pantalones.

L. De Masi - M. Necci

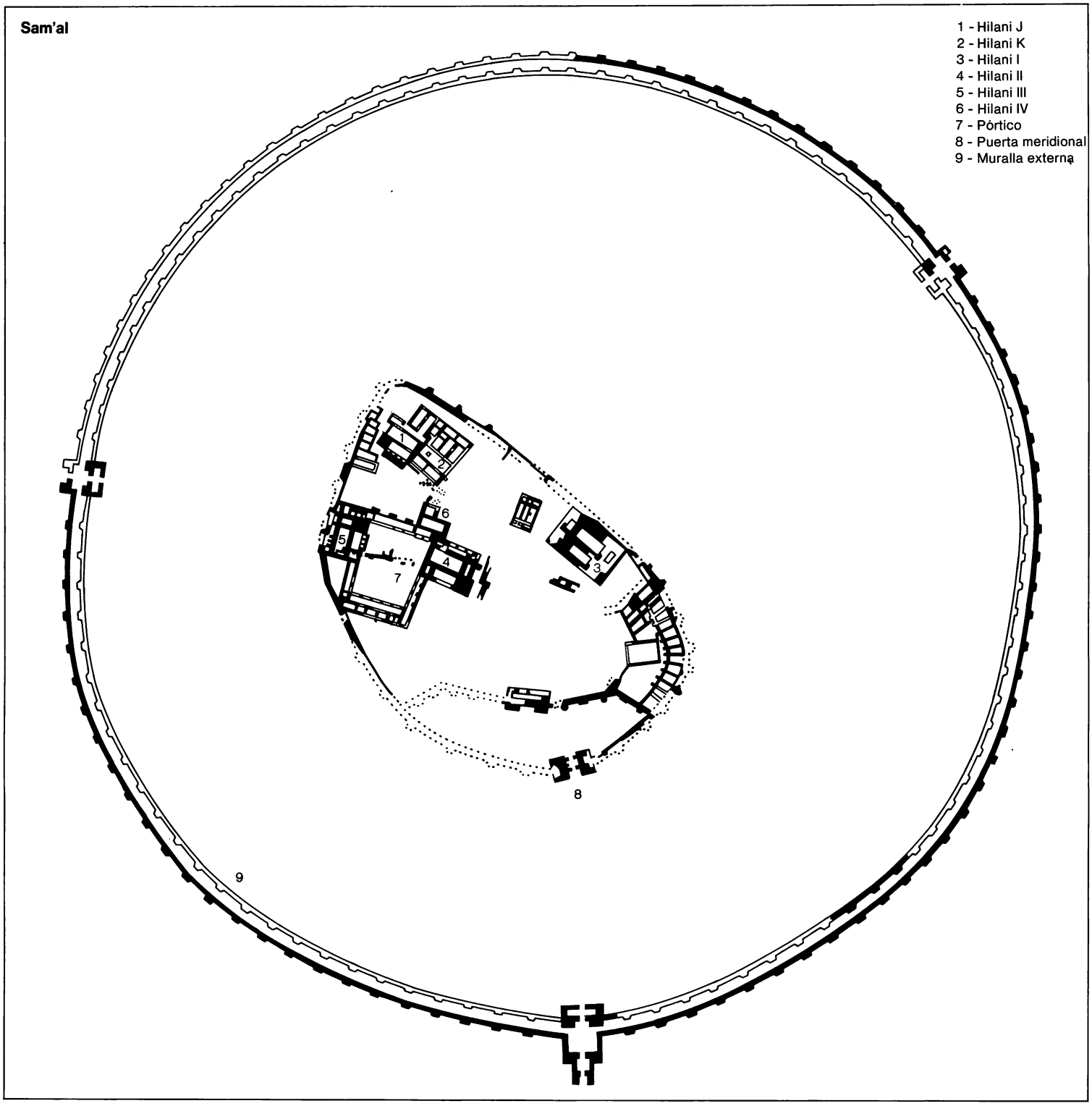
Sam'al
La ciudad redonda

Como tantas ciudadelas sirio-hititas esparcidas entre el Tauro y Siria central, Zincirli, la antigua Sam'al, ofrece un aspecto de ciudad bien provista, desarrollada en torno a una fortaleza que domina el curso del Karasu, importante vía de comunicación entre la vega de Antioquía (en fin de cuentas, Siria) y la altiplanicie Anatolia central. Así, la historia de esta ciudad podría ser similar a la de los otros estados vecinos, orientados predominantemente a lo largo de las rutas comerciales de la época; sin embargo, algunos caracteres autónomos y originales hacen de ella un caso un poco aparte. Para comprenderlo, recorramos de nuevo, brevemente, la historia de la región. Zincirli floreció como centro autónomo —quizá partiendo de un núcleo más antiguo— por los siglos XI y X a. de C.: es una época que en otros lugares, como la costa sirio-palestina y la Anatolia central, se denomina «oscura», no sólo por falta de documentación, sino porque en ella se produjo la disolución de grandes estados, como el reino hitita, y la destrucción violenta de ciudades-estado ricas y famosas, como Ugarit; los motivos de esta situación general son discutidos: hayan sido o no responsables los llamados «Pueblos del Mar» —piratas de muy variada formación, que causaron daños incluso en Egipto— o causas naturales —como un progresivo cambio climático que haría la zona más árida— o tal vez sociales —como el empobrecimiento de los ambientes rurales—, el hecho es que a finales del siglo XII a. de C. tuvo lugar una grave crisis en todo el Levante.

Igual que otras ciudades del interior, Zincirli no sólo permaneció indemne de semejantes trastornos, sino que incluso logró la autonomía política y la prosperidad económica, tanto por causas naturales como materiales. En efecto, hacia el este, en la actual región de Gaziantep, existen importantes depósitos de hierro; este mineral era conocido, sin duda, entre los siglos XV y XII a. de C., cuando se utilizó el bronce; el empleo del hierro se hizo común posteriormente, época en que se inició una larga experimentación de técnicas de elaboración, precisamente en la «edad oscura», sea por el cierre temporal de las vías de comunicación que facilitaban el comercio del cobre y el estaño, de cuya aleación se obtiene precisamente el bronce, sea por el curso normal de la evolución tecnológica. Sea como fuere, del cambio de estas condiciones económicas generales y de la presencia en la región de ricos depósitos de hierro, se beneficiaron las ciudades más interiores de Siria septentrional, especialmente Zincirli, con una ulterior e importante novedad, para comprender la cual debemos hacer referencia a la historia de toda la región.

Entre los siglos XII y X a. de C. se produjeron dos acontecimientos que determinarían todo el curso del I milenio: el primero es el inicio de la expansión militar asiria con Tiglat-Piléser I (1112-1074), que avanzó con breves incursiones hasta Siria septentrional. Empezó así la larga lucha que concluiría, entre el 720 y el 717 a. de C., con la anexión de toda Siria al imperio asirio. Zincirli es uno de los pocos estados que se alió desde el principio con el futuro vencedor. El otro fenómeno es la iniciación gradual de la sedentarización de una población semita que hablaba un dialecto del noroeste: los arameos, tribus seminómadas formadas por clanes familiares, que lentamente y en forma más o menos pacífica ocuparon Siria septentrional; aquí, en la mayor parte de los centros urbanos gobernaban aún dinastías luvi, herederas por la lengua indoeuropea y la escritura jeroglífica de los hititas de Anatolia que, por lo menos dos siglos antes (entre el 1300 y el 1200 a. de C.), habían dominado política y militarmente la región. Y todavía durante todo el siglo IX a. de C., desde Karkemish hasta Hama, los soberanos luvi harían redactar sus inscripciones monumentales en su propia lengua y en su escritura de origen anatolio. También en esto Zincirli fue una excepción: una región tradicionalmente luvi, desde el siglo IX fue gobernada por una casa reinante aramea, una de las primeras que, además de sedentarizarse, asumió un poco del poder político fragmentado en tantas pequeñas unidades regionales, en tantas singulares ciudades-estado propias de la fisonomía de la región.

Sin embargo, de esta historia conocemos solamente las líneas generales, que con no poco trabajo recuperamos entre las fuentes asirias y las inscripciones locales; por el contrario, tenemos mayores detalles de la arqueología, que nos ha hecho conocer la topografía, la arquitectura y el arte de esta ciudad, mérito sobre todo de las cuidadosas excavaciones alemanas, iniciadas —entre las primeras en Siria— en 1888 y 1890-91, y continuadas en 1894 por K. Humann (quien ya había excavado Pérgamo), F. von Luschan y R. Koldewey (a



quien debemos la excavación de Babilonia).

En el desarrollo topográfico general, Zincirli es un buen ejemplo de ciudad siria del I milenio, con la ciudad baja privada extendida regularmente en torno a la ciudadela fortificada, en posición estratégica dominante sobre la llanura circundante, y sobre el eje viario que es el río Karasu. La preocupación defensiva, quizá por las condiciones políticas inestables de la región, determinó la construcción de las dobles murallas circulares; medían 720 m de diámetro y tenían 3 puertas, al sur, noreste y oeste, provistas de torreones y doble tránsito, conocidas como «puertas de doble tenaza». Estas puertas y las murallas con sus contrafuertes regulares son bien conocidas por los relieves de los palacios asirios, que, con pedante reiteración, fijan sobre las piedras estas protegidas ciudadelas sirias, empeñadas en una valerosa pero vana defensa, en una lista interminable y propagandística de tributarios y de estados conquistados. La puerta principal de la ciudad es la meridional, con su doble par de tenazas que se extienden fuera de la línea de las murallas; cuando Asarhaddón (680-669 a. de C.) entró en la ciudad, de regreso de su campaña victoriosa en Egipto, hizó colocar aquí su estela.

Pero las murallas y, por lo menos, esta puerta debían de haber sido construidas ya

hacia el siglo X a. de C.; a esta fecha hemos de atribuir algunas losas esculpidas (que por desgracia no se han descubierto en el lugar) con rasgos angulosos e inciertos, con figuras aisladas, como el grifo alado o la esfinge, dos figuras que se saludan, un caballero con la cabeza de un enemigo y una escena pequeña sobre la caza del ciervo y la liebre. Se nos escapa el significado general de toda la escena, dividida entre aspectos mitológicos y de celebración; pero en los caracteres generales, como las figuras aisladas, en los varios temas y en la propia técnica del relieve en filas irregulares, volvemos a encontrar la tradición hitita de los relieves de la puerta de Alaca Hüyük, que se han atribuido a los siglos XIV y XIII a. de C. Es un signo de que la cultura, por lo menos la artística, de Zincirli y de su clase dominante, a la que corresponde el programa decorativo de la puerta, es del siglo X a. de C., no aramea todavía.

También la ciudadela debía de estar ya construida por esta fase, o tal vez antes, en los siglos XI-X a. de C.; entre las dos puertas de la ciudadela se han descubierto sepultadas, porque ya no estaban en uso, algunas estatuas de esfinges y de leones, que originalmente debían de estar colocadas sobre los pilares, protegiendo simbólicamente las entradas, según una tradición milenaria de la arquitectura oriental, sobre todo hitita y siria. Sabemos que estas estatuas proceden de la cantera de Yesemek, donde aún afloran bloques basálticos, muchos de ellos con huellas de labra antigua, muchos esculpidos y esbozados en el sitio y aún sin separar, con formas de leones, esfinges y similares, y de otras divinidades tutelares de tradición hitita.

Sólo después de iniciarse el siglo IX a. de C. la ciudadela tomó plena forma monumental y fortificada; en tres cuartas partes de su circuito la encerraba una muralla con contrafuertes externos, y en la cuarta parte meridional, en dirección de la puerta sur de la ciudad, un muro doble, cada uno con una puerta de doble tenaza. La puerta externa estaba decorada con la misma técnica, con ortostatos o bloques basálticos de la altura de un hombre a lo largo de todo el tránsito, esculpidos con escenas diversas. Podemos así imaginar el efecto de quien entraba en la ciudadela y podía reconocer los dioses tutelares y las gestas de guerra y caza. En efecto, entrando, a la izquierda, se pasaba ante una escena de guerra con el carro y un hombre caído bajo el caballo, ante una figura oferente con el cabrito sobre los hombros —imagen que el arte griego adoptaría, transformándola en el *krióphoros*— y, a la derecha, ante los dioses de la guerra y de la tempestad con sus armas y la diosa Kubaba con su espejo. Por dentro de la puerta había, por un lado, figuras de dignatarios, un banquete y la caza del ciervo y, por el otro, varias figuras, un hombre-grifo, los dos carneros que pacen —antiguo símbolo de fertilidad—, el árbol sagrado de la vida, tañedores, soldados y de nuevo grifos y esfinges aladas; en la tenaza exterior acogían a quien llegaba dos leones acompañados por figuras amenazadoras con cabeza de león, con mazas y un animal vistosamente sujeto por las patas posteriores; en la tenaza interna se pasaba entre soldados y cazadores, entre toros, animales diversos y las divinidades tutelares.

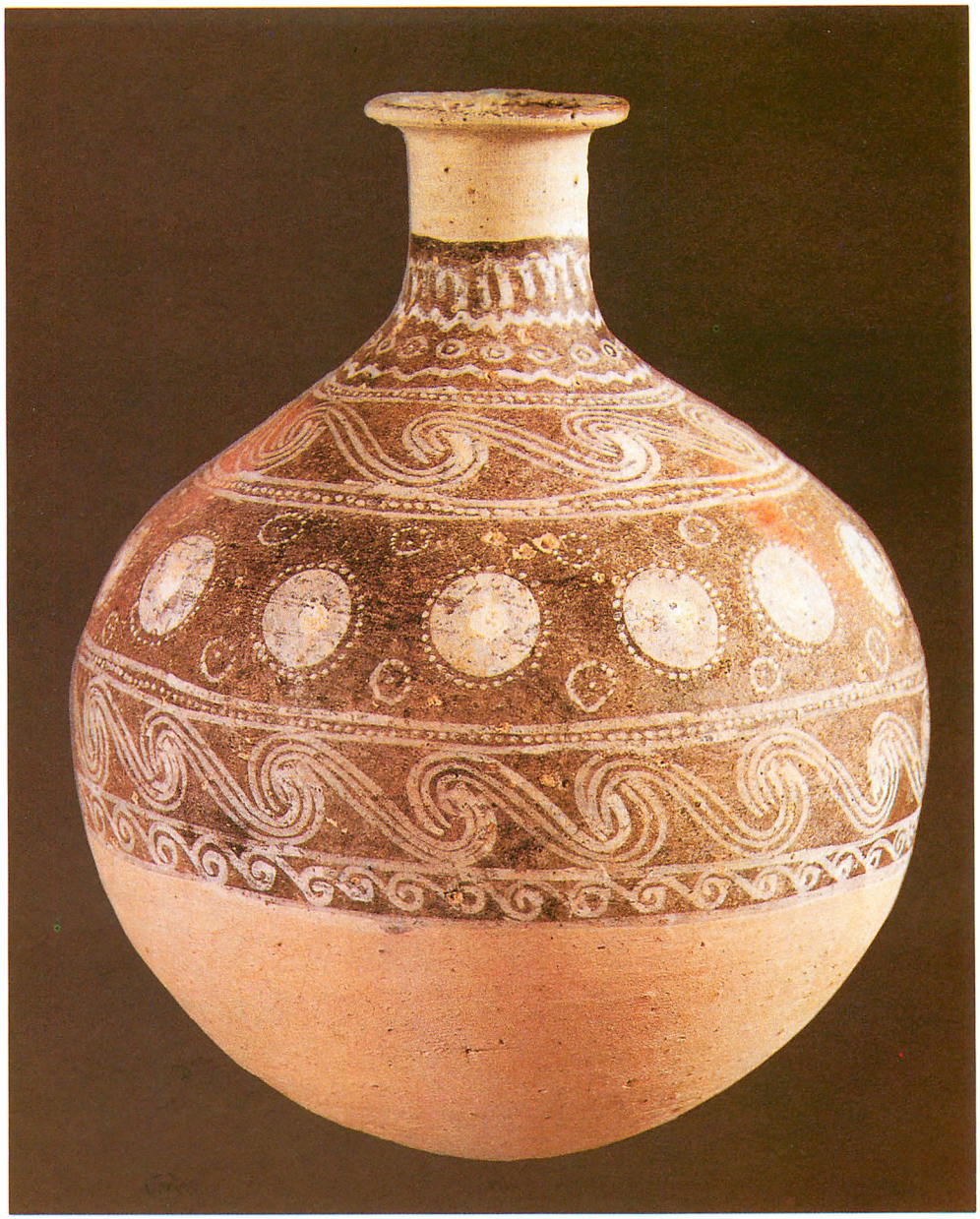
Todo el conjunto permite comprender la simbología general de la defensa de la entrada y de la protección de la ciudadela por las divinidades y los genios del panteón local, en el lado derecho, y de las celebraciones de las empresas de guerra y de caza, en el izquierdo; sin embargo, se nos escapan los vínculos internos de toda la composición, las identidades de los personajes y de muchas de las divinidades. Sea como fuere, en el planteamiento general de los temas narrativos se refleja fielmente el arte sirio-hitita del siglo IX a. de C., con esta unión de escenas de celebraciones, seculares y mitológicas, y con el aislamiento de la escena en cada losa. El estilo refleja la tradición local, aunque, a diferencia de otros campos, sobre todo Karkemish, se revela una menor organicidad en el dibujo, una ejecución más sumaria en el relieve, plano y angular, como si fuese responsabilidad de una escuela de reciente formación, es decir, como si Zincirli fuera un estado joven y carente de tradiciones artísticas y se hubiese formado sólo con la arameización de la región.

Y tal vez este carácter nos explica por qué en los monumentos inmediatamente sucesivos, los primeros con inscripciones, esta tradición escultórica, iconográfica y estilística se abandonó para acoger la inspiración asiria, que se expresa con un estilo más maduro. El monumento más antiguo con inscripción es, por tanto, la estela que representa al rey Kilamuwa, vestido a la asiria; la inscripción, redactada en fenicio, nos da a conocer a los predecesores del rey: Gabbar, BMH, Hajja y Sa'il. Podemos, pues, identificar la ciudad como la Sam'al o Bit Gabbar de los textos asirios, cuyo soberano Hajanu pagó tributo a Salmanasar III de Asiria entre el 857 y el 852. La estela se alzaba, junto con una estatua (de casi 3 m de altura) de un dios colocado sobre una base decorada con dos leones sostenidos sobre la frente por un héroe arrodillado en la «carrera de rodillas» (el arte griego utilizaría también esta imagen para llenar el espacio triangular de los frontones en los templos arcaicos), en la entrada de un palacio de la ciudadela, denominado J por los excavadores. El edificio pertenece a una particular tipología, cuyo nombre original debemos una vez más a los asirios, que los imitarían, y mal, en sus palacios: *bit hilani,* palacio con una fachada monumental constituida por una escalinata y un pórtico. La tipología, que surgió probablemente en Siria y que existió en Ugarit y Emar en los siglos XIV y XIII a. de C., debe su desarrollo al uso de columnas de madera, pero corresponde también a una concepción funcional totalmente local de la residencia ceremonial. En efecto, ésta no se encierra, como en Mesopotamia y en Asiria, en una unidad autosuficiente que comprende la zona sagrada y ceremonial; se abre a las plazas (que, sin embargo, no son «públicas») de las ciudadelas, proponiendo fachadas aisladas; es evidente que aquí se reflejan funciones y aspectos distintos de la vida pública y social.

Así, al lado del Hilani J fue construido posteriormente un edificio semejante, pero más grande, el Hilani K, con la escalera y el pórtico de tres columnas. El mayor desarrollo de Zincirli se sitúa a mediados del siglo VIII a. de C., durante la dinastía de Barrakib. Conocemos a este soberano por una inscripción en arameo grabada en una estatua dedicada por él a su padre Panamuwa, hijo de BRSR, en la cual afirma haberse puesto bajo la protección asiria durante el reinado de Tiglat-Piléser III; en otras inscripciones, esta vez de fundación, el mismo rey se declara servidor de este soberano asirio. Es difícil juzgar si la fortuna y el evidente crecimiento de Zincirli dependieron de esta sagaz política de Barrakib; de hecho, mientras que entre el 732 y el 717 a. de C. todas las grandes ciudades sirias, de Damasco a Hama y a Karkemish, cayeron en manos asirias y fueron violentamente destruidas, Zincirli se sustrajo a este destino. El engrandecimiento y la reconstrucción de ciudad y ciudadela se remontan en todo caso a este soberano; en la ciudadela fue construida una amplia zona de pórticos con tres *Hilanis.* Al norte, el Hilani IV, el más pequeño, está decorado de

modo tradicional, con el pórtico de una columna apoyada sobre una base que representa la figura de una corpulenta esfinge hecha a bulto redondo; en los pilares laterales del portal se extienden las losas esculpidas: en la derecha está representado el propio Barrakib sentado delante de un escriba con punzón y tablilla, asistido por un flabelífero; a la izquierda, el mismo personaje se sienta ante una mesa servida, mientras una fila de músicos y dignatarios le acompaña. Poco después, al otro lado del gran pórtico, fue construido el Hilani III, con dos columnas sobre dos bases sostenidas por esfinges y en el frente los bloques esculpidos con una larga fila de funcionarios; del Hilani II, hacia el oeste, cuya fachada mira al sur, fuera de la línea del pórtico llamado P, sólo queda de la antigua decoración una losa esculpida en altorrelieve con una esfinge; al sur, por fin, el pórtico P estaba decorado con una estela con dos funcionarios y un león en altorrelieve.

En todas estas obras podemos valorar la madurez artística de la escuela escultórica local, su gradual e interna evolución desde un bajorrelieve de contorno preciso, rico en matices de claroscuros en los detalles interiores, en los cabellos, en las franjas de los vestidos del Hilani IV, al relieve mórbido y volumétrico de los relieves del Hilani III, animado por un juego de planos diversos, al altorrelieve de la esfinge del Hilani II y del león del pórtico P o al bulto redondo de las esfinges de las columnas; aquí la maciza y corpulenta volumetría está determinada por la posición de todas estas figuras en los lugares de paso y por la necesidad de ofrecerse a puntos de vista diversos, según una tendencia estilística que se sigue en otros talleres de escultura, el primero de ellos Karkemish, con los relieves de la Gran Escalinata, y después Sakçagözü, donde está activo tal vez el mismo campo de Zincirli, a fines del siglo VIII a. de C. Por estos caracteres estilísticos y por motivos temáticos se dice que proceden de Zincirli algunos de los más refinados marfiles del norte de Siria, hallados en la capital asiria de Nimrud, en Fuerte de Salmanasar, uno de los muchos botines que los reyes asirios afirman en sus anales haber recogido en las ciudades sirias, famosas por la producción de muebles de este precioso material; en la propia Zincirli queda un número limitado de ejemplares de esta artesanía, hallados entre los Hilanis J y K, uno de los pocos casos —junto con Hama— de marfiles descubiertos en Siria, escapados de la codicia asiria. Y son éstos, sin duda, los últimos herederos de la tradición artística del norte de Siria, que la conquista asiria eliminaría definitivamente hacia el 700 a. de C. Zincirli fue una de las pocas ciudades que sobrevivió y que incluso fue ampliada con otro palacio, el D o «superior», que unió el hilani sirio con la planificación del palacio asirio de patio central, y con un sector de almacenes a lo largo del lado suroriental de las fortificaciones. Pero que se trata de un último desarrollo estrechamente ligado a Asiria —haya sido o no Zincirli una provincia suya— lo demuestra el hecho de que en el siglo VII a. de C. desapareció en la ciudad cualquier forma de arte conmemorativo, aquel arte que en el siglo precedente era el honor y la expresión directa de los soberanos arameos locales, aún autónomos.



Archivio Curcio

Botella de barro cocido (British Museum, Londres). Es un tipo de cerámica difundido en buena parte de Siria septentrional y de Mesopotamia; el trabajo se hacía en dos fases: primero, la vasija de arcilla se cocía hasta que adquiría color de gamuza; a continuación, se trataba la superficie con agua, preparándola así para recibir las bandas decorativas o bien se aplicaba la decoración, dejando libres algunas zonas.

L. Giraudon

Ugarit

Bajo la colina del Cabo del Hinojo

El antiguo reino de Ugarit se extendía sobre un territorio coincidente en parte con el actual distrito de Latakia, en el norte de Siria. Estaba delimitado, al norte, por un macizo montuoso dominado por el Jebel'Aqra, el antiguo monte Sapanu, cima consagrada al dios nacional Baal; al oeste está el mar, mientras al este se encuentran los montes de los alauitas y es una zona predominantemente pantanosa, en el valle del río Oronte. El área en cuestión comprendía vastas extensiones de bosques, ricos en maderas apreciadas, amplios terrenos cultivables e incluso tierras de pastoreo. Ugarit, capital del reino homónimo, era conocida antes de su descubrimiento por las menciones que hacían de ella textos hititas y documentos del archivo faraónico de Tell el-Amarna. Ugarit se ocultaba bajo el tell (colina artificial) de Ras Shamra —«Cabo del Hinojo»— que destaca sobre una llanura a unos 12 km al norte de Latakia y, hacia el interior, a poco más de 1 km del mar.

A aquella altura, la costa mediterránea que mira a la isla de Chipre forma como un asa, que constituye un excelente puerto natural, llamado «Puerto Blanco» tanto por los griegos *(leukòs limèn)* como por los árabes *(Minet el-Beidha).* El tell de Ras Shamra, bañado por algunos ríos de poca importancia, surge en una llanura costera particularmente favorecida por las condiciones naturales: fértil, bien irrigada, servida por un puerto óptimo y con un clima suave; si se añade la abundancia (en aquella época) de fauna animal y de pesca en el mar, se comprenderá que «Puerto Blanco» constituyera un punto de arribo privilegiado para el hombre, desde la más remota antigüedad. Resultará también claro que Ras Shamra, a lo largo de casi todo el curso de su historia, haya sido un próspero centro marítimo y comercial, situado como estaba al final de las rutas de las caravanas del antiguo Oriente, punto de embarque y de arribada de los mares de la cuenca mediterránea.

El descubrimiento de Ugarit, es decir la identificación del emplazamiento de Ras Shamra con los restos de la capital del antiguo reino sirio —que conoció su máximo esplendor entre los siglos XV y XIII a. de C.—, está ligado a un hecho casual. En efecto, el tell de Ras Shamra había pasado prácticamente inadvertido incluso a los ojos de los arqueólogos y estudiosos de la antigüedad que habían visitado en repetidas ocasiones la región, y eso a pesar de que los naturales seguían encontrando, desde hacía siglos, vasijas rotas, objetos de distintos tipos, artículos de metales preciosos. Por fin, en 1928, el arado de un campesino de la zona topó con unos grandes bloques de piedra, tallados y escuadrados: una vez retirados, se pudo comprobar que pertenecían a una tumba subterránea, en cuyo interior se hallaron abundantes restos de cerámica. La autoridad política (en aquella época había en Latakia un gobernador francés) fue informada del hallazgo y, a su vez, transmitió la noticia al Servicio de Antigüedades de Beirut. Un funcionario, enviado prontamente al lugar, juzgó sensacional el descubrimiento, hasta el punto de interesar incluso al Departamento de Antigüedades Orientales del Museo del Louvre, dirigido entonces por René Dussaud. Las muestras de cerámica fueron identificadas en París como micénicas; poco tiempo después, se decidió enviar a Siria una misión arqueológica, cuya dirección fue confiada a Claude F. A. Schaeffer, el afortunado pionero de las excavaciones de Ras Shamra.

Los trabajos sobre el terreno se iniciaron el 9 de abril de 1929, concentrándose inicialmente al sur del puerto, donde se había descubierto la primera tumba; sin embargo, muy pronto se desplazaron directamente al tell, que fue abordado por el lado nororiental: aquí Schaeffer halló los restos de un amplio edificio, que él pensó que era el palacio real, pero que después resultó ser uno de los dos grandes templos autónomos ciudadanos. Próximos a esta excavación se descubrieron los cimientos de otro edificio, identificado más adelante como el cuarto-biblioteca anejo al complejo del templo. Excavando en este lugar, Schaeffer y sus colaboradores encontraron, en mayo de 1929, la primera tablilla de arcilla cocida, que tenía grabados algunos signos cuneiformes pertenecientes a una lengua desconocida hasta entonces.

Durante la primera campaña de excavación se descubrieron unas 50 tablillas análogas, que después resultarían de contenido bastante variado (mitos, rituales, documentos económicos, cartas, etc.). En conjunto, el lugar ha proporcionado millares de textos grabados sobre tablillas de arcilla, sobre estelas y sobre pequeños objetos, que por la variedad de las lenguas empleadas constituyen un repertorio sin precedentes. En efecto, se utilizan en ellos unos cinco sistemas gráficos diferentes: cu-

En la página 56, pátera de oro, 1450-1365 a. de C. (Museo del Louvre, París). Hallada en el templo de Baal, la pieza presenta sobre dos registros una escena de caza real con un rey de Ugarit: es interesante el arco sirio que empuña el soberano, bastante semejante al descrito en el poema mitológico de Aqhat. Debajo, tablilla cuneiforme babilónica. Procede de los archivos del palacio real y contiene un texto jurídico que puede fecharse a finales del II milenio a. de C. (Museo Nacional de Damasco).

neiforme mesopotámico, logográfico (sumerio) y silábico (akkadio, es decir, asirio-babilónico); los jeroglíficos egipcios; los jeroglíficos hititas; la escritura llamada «chipro-minoica» (también basada en un principio silábico), y la lengua local, el ugarítico, perteneciente a la rama semítica noroccidental (afín al fenicio y al hebreo), que pronto debía revelarse como un nuevo tipo cuneiforme alfabético, el más antiguo alfabeto que se haya documentado en la historia de la humanidad.

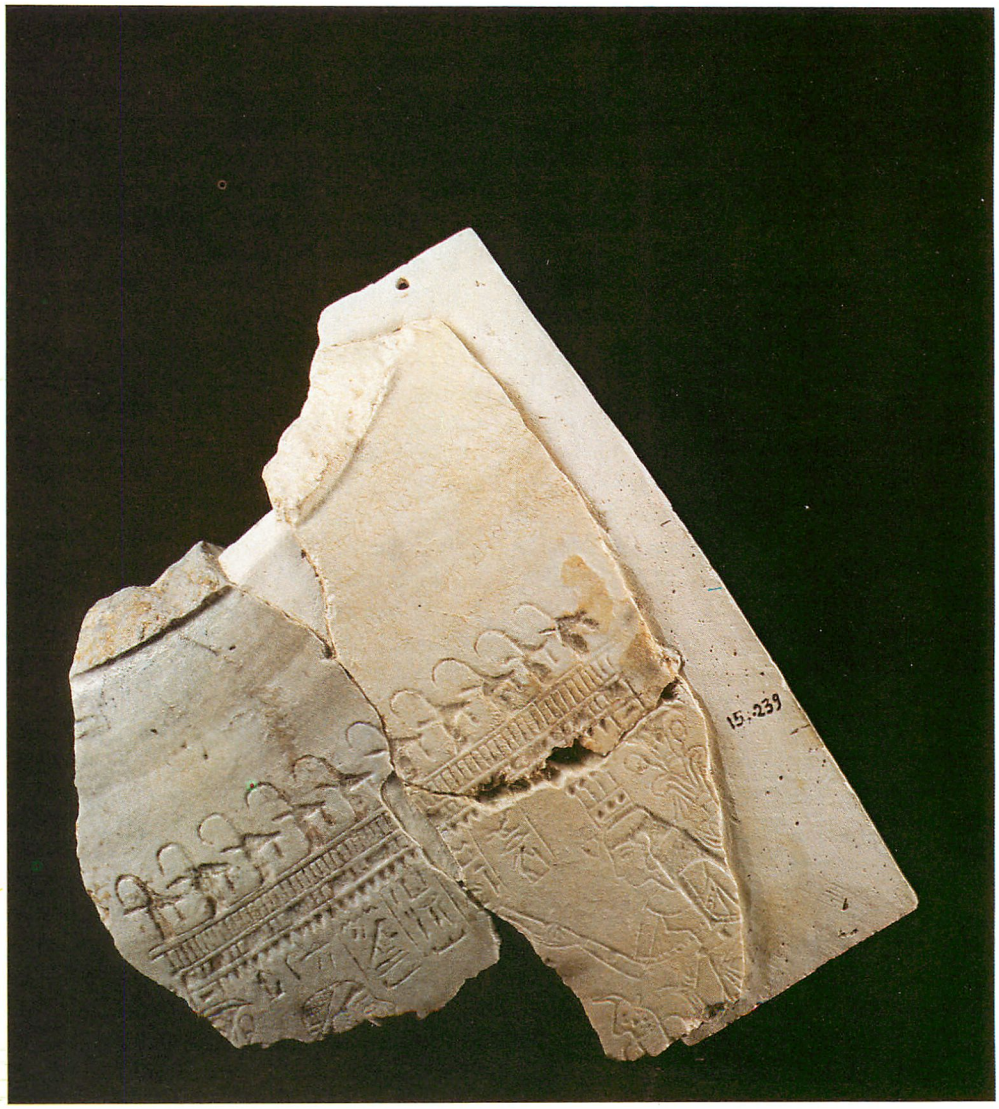
En cualquier caso, se hizo evidente que Ras Shamra era un lugar de extraordinario interés, riqueza y complejidad, marcado por una cultura heterogénea y de nivel excepcional, con una lengua propia y peculiar. Era una verdadera metrópoli comercial y marinera, cosmopolita y abierta a los distintos influjos, desde Egipto a Mesopotamia, de Palestina al mundo egeo, como demuestran la abundancia y calidad de los hallazgos.

A pesar de todo ello, el nombre antiguo de la ciudad que surgía sobre el tell de Ras Shamra seguía siendo desconocido. Si, por una parte, algún estudioso había adelantado con mucha prudencia el nombre de Ugarit —identificado al mismo tiempo en un texto cuneiforme mesopotámico allí encontrado—, faltaba la prueba decisiva de tal identificación. En el curso de la sexta campaña de excavaciones (1934) fue hallada, entre otras cosas, una tablilla que contenía el texto (en asirio) de una carta, enviada desde fuera a un personaje eminente que residía en la ciudad. El contexto aseguraba que tanto el remitente como el destinatario eran altos dignatarios de las respectivas cortes: la fórmula de salutación del principio, con la invocación a los dioses del país del destinatario, proporcionaba la prueba decisiva para la identificación de la ciudad. El remitente empezaba escribiendo así: «A mi hermano, ¡salve! ¡Que los dioses del país de Ugarit te protejan, hermano mío!» Se trataba, por tanto, de Ugarit, la capital del homónimo reino sirio de la Edad del Bronce.

A partir de 1929 la actividad arqueológica en Ras Shamra-Ugarit se ha desarrollado de forma bastante continua, con algunos años de interrupción debido a las vicisitudes de la segunda guerra mundial. Se reanudó en la posguerra, en 1948, tras un acuerdo cultural franco-sirio, y hasta 1971 Schaeffer fue el director de la excavación. Le sucedió Henri de Contenson (1972-1974), relevado después por Jean Margueron (1975-1977) y, posteriormente, por Marguerite Yon, directora de la misión arqueológica.

Los resultados conseguidos hasta ahora —aunque quede muchísimo por hacer— pueden considerarse extraordinarios: palacios, templos, archivos, partes de las fortificaciones, tumbas, viviendas privadas y barrios residenciales enteros han salido progresivamente a la luz, reintegrando contextualmente un riquísimo y variado material arqueológico. Habitado desde el VII milenio, el lugar conoció su máximo esplendor entre el 1400 y el 1200 a. de C. La historia de este período ha sido reconstruida en medida satisfactoria, y la estructura socioeconómica del pequeño reino ha sido también objeto de estudios profundos. Gracias a los numerosos textos mitológicos y rituales, también la vida religiosa y las creencias tradicionales —un articulado politeísmo— son hoy conocidas.

Desde 1973, un equipo franco-sirio realiza excavaciones sistemáticas en el peque-



L. De Masi - M. Necci

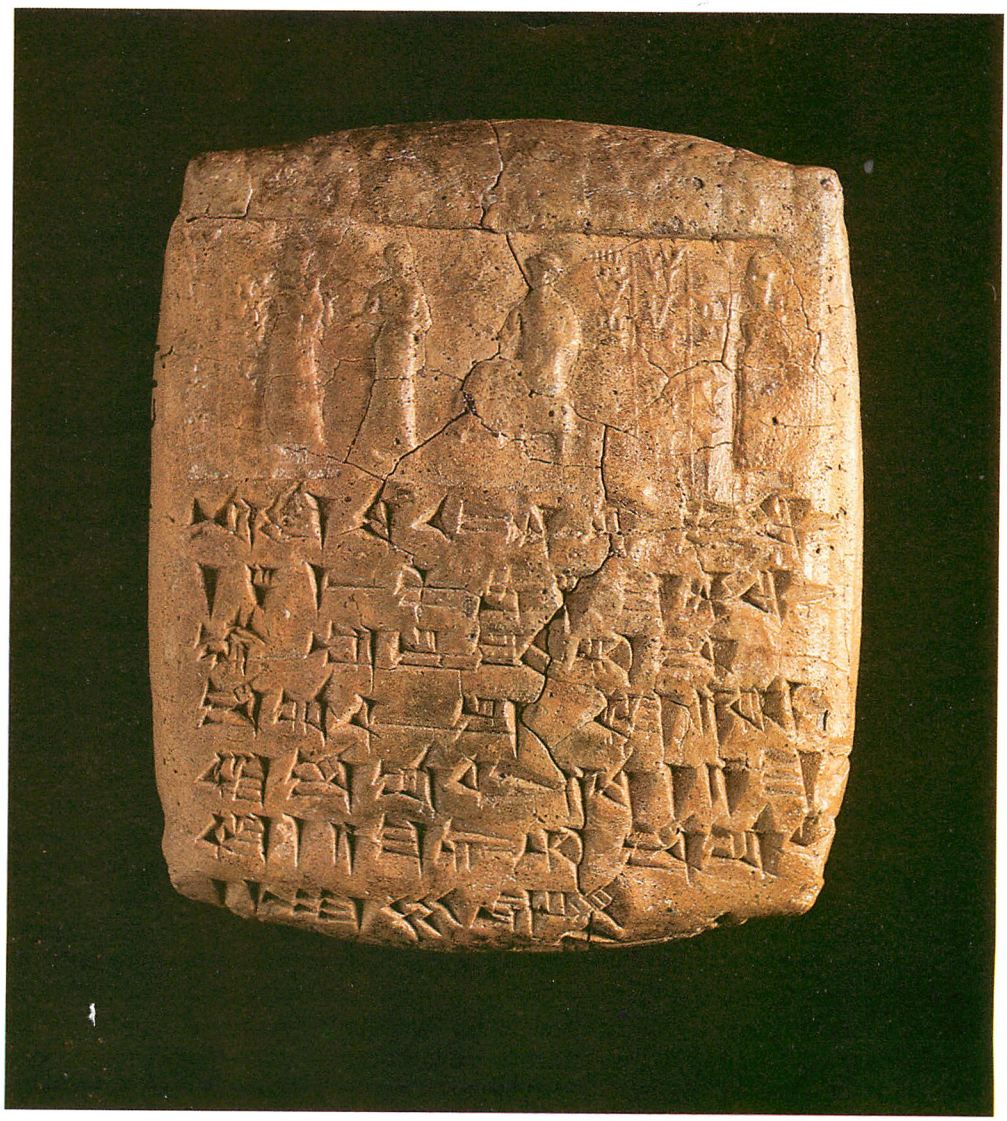
ño tell de Ras Ibn Hani, junto al mar, 5 km al oeste de Ras Shamra. Han salido a la luz importantes restos arqueológicos, entre los cuales se hallan las ruinas de un palacio, destinado tal vez a residencia de verano de los soberanos de Ugarit y con posibles funciones de puesto avanzado de observación sobre la costa mediterránea. En Ibn Hani —llamada quizá antiguamente «Ugarit del Mar»— se han descubierto nuevos textos en ugarítico, que permiten proseguir el estudio de esta civilización en todas sus manifestaciones.

Ya a partir del VII milenio, empezaron a frecuentar el yacimiento de Ras Shamra núcleos humanos poco numerosos, que lo escogieron después como emplazamiento de los asentamientos estables. Los primeros habitantes se sintieron atraídos por la posición favorable del lugar y de su puerto, por el clima suave y por la fertilidad y buena irrigación del terreno, con abundancia de bosques en las proximidades. Además de la caza, la pesca y la recolección de vegetales silvestres, se perfila también una actividad agrícola apreciable (cereales, leguminosas, lino).

Las excavaciones efectuadas han permitido localizar cinco niveles principales de ocupación, cada uno divisible en varias fases. El nivel más antiguo corresponde al Neolítico (6500-5250 a. de C.), y se caracteriza por la construcción de las primeras viviendas de adobe, de planta cuadrada, con hogar interior y suelo de tierra batida; este primer pueblo debía de estar protegido por fortificaciones, de las que aún quedan vestigios en torno a la base del tell. En la fase central de este período, junto a la industria de la piedra apareció la primera cerámica, que evolucionó con rapidez hacia realizaciones de notable finura, variedad y complejidad. También las técnicas arquitectónicas muestran una importante evolución, con el uso de la piedra y la costumbre de revocar las paredes y los suelos de las casas. Con el nivel IV se pasó al Calcolítico (5250-4300 a. de C.), que registra notables transformaciones, concernientes sobre todo a la cerámica y la arquitectura. Se registró una afluencia de gentes procedentes de Mesopotamia, que influyeron profundamente en la cultura local, una veces superponiéndose y otras fundiéndose con ella. Los pueblos que se sucedieron en este período tuvieron dimensiones reducidas, aunque ocuparon mayores superficies. La morfología de las casas fue más compleja, con varios cuartos rectangulares, dispuestos más densamente. La fase en cuestión, aunque existan en ella varios tipos de cerámica, se caracteriza principalmente por la presencia de la cerámica llamada de Tell Halaf, un lugar del norte mesopotámico. Hay que destacar la mayor importancia adquirida por la cría de ganado menor, junto con la agricultura. El nivel III es el del Calcolítico Final y Bronce Antiguo (4300-2100 a. de C.), más bien pobre, caracterizado por la influencia de la cultura de el-Obeid. El elemento predominante está constituido por un tipo de vajilla barnizada de rojo uniforme, mientras que la arquitectura parece más pobre que en las fases precedentes. Perduró la industria de la piedra, pero hizo su aparición el bronce, cuya producción se incrementó mucho hacia mediados del III milenio a. de C. (armas, utensilios, objetos ornamentales). Ya hacia el 2400 a. de C., el núcleo urbano llevaba el nombre de «Ugarit» (de *ugar,* que significa «campo»), como prueban los documentos de Tell Mardikh-Ebla.

Con los niveles I y II se entra en la época

Fragmento con inscripción jeroglífica del rey Niqmadu (Museo Nacional de Damasco). El reinado de este soberano se caracteriza por la intensa actividad arquitectónica y literaria: se escribieron los grandes textos mitológicos. Al final de este período, el mismo soberano tuvo que aceptar su entrada en la esfera de influencia hitita.
En la página siguiente, estatuilla de bronce dorado, siglos XIV-XIII a. de C. (Museo Nacional de Damasco). La pieza procede del barrio de los artesanos, en la zona meridional de la ciudad. La mano alzada, el rostro y el conjunto de la representación inclinan a creer en una identificación con el dios El.



L. De Masi - M. Necci

L. De Masi - M. Necci

El arco celestial

Estelas con textos mitológicos (Museo del Louvre, París). De una zona cercana al templo de Baal procede una serie de estelas entre las que figura la aquí reproducida. En su parte superior muestra un disco solar con cuatro rayos, mientras que en la inferior se encuentra un altar tripartito. Se ha pensado que la pieza puede interpretarse como una forma de culto.

De los archivos de Ugarit procede el texto de este relato mitológico compuesto, probablemente, con la base de diversas tradiciones, unidas después en un poema único, cuyos motivos narrativos se repiten en gran parte de la literatura del Próximo Oriente.

El joven Aqhat, hijo del rey Daniel, habiéndose negado a restituir un prodigioso arco perteneciente —sin saberlo él— a la diosa Anat, es asesinado por un sicario de la diosa mientras ésta se da cuenta de que se ha enamorado de él. La historia, incompleta para nosotros, debía de concluir con la resurrección del joven. El fragmento aquí presentado se inicia en el momento en que el padre de Aqhat es informado de la muerte de su hijo.

Entre tanto, el rey Daniel estaba sentado, según su costumbre, al aire libre, fuera de la ciudad, juzgando las querellas de sus súbditos y examinando los asuntos del reino.

De pronto, su hija Paghat se dirigió hacia él, saliendo a la carrera de los campos.

—¡Mira! —gritó—. Una bandada de buitres vuela sobre la casa, y los campos se han agostado.

Ella conocía muy bien el significado de tal portento: se había cometido un asesinato y el cadáver debía de yacer en el campo.

Al oír tales palabras, Daniel, preso de angustia, se rasgó desesperado las vestiduras.

—¡Ahora —gritó—, Baal nos suprimirá sin duda sus favores! ¡Durante siete largos años no tendremos aguaceros de verano, ni lluvias de invierno, y el calor estival no será ya roto por el bien recibido retumbar del trueno! ¡Los racimos se marchitarán en la viñas y los ríos se agotarán!

Así, ordenó a su hija que ensillara un asno, para poder dirigirse personalmente a comprobar lo que había ocurrido.

Efectivamente, toda la región se había agostado y no quedaba nada en ella, excepto algún brote aislado y alguna solitaria brizna de hierba.

Después, vieron dos servidores de Daniel que se precipitaban a través de los campos quemados, con los cabellos al viento y el rostro surcado por las lágrimas.

—¡Aqhat ha muerto! —gritaron—. ¡La diosa Anat ha querido su muerte!

Al decir así, ellos no sabían cuánta verdad encerraban sus palabras. En realidad, no habían asistido a la agresión y no sabían que había sido ordenada por Anat: sólo pretendían afirmar que, evidentemente, el joven había muerto durante la caza y que la diosa de la caza se había cobrado así otra víctima.

Daniel comprendió entonces por qué revoloteaban por el aire tantas aves de presa; y, entre lágrimas, rogó a Baal que le permitiese por lo menos recuperar los restos de su hijo, para darle honrosa sepultura.

—¡Oh!, Baal —dijo—, manda a tus vientos para que destrocen las alas de los buitres, de forma que éstos caigan a mis pies. Si encuentro en ellos restos de carne y de huesos, sabré que ésos son los restos de Aqhat y podré recogerlos y sepultarlos en lo profundo de la tierra.

Apenas Daniel hubo pronunciado estas palabras, empezó a soplar un viento impetuoso y los buitres cayeron del cielo. Por dos veces, Daniel abrió sus vísceras sin encontrar huellas de huesos ni de carne; pero la tercera vez, el ave más feroz de la bandada, la madre misma de los buitres, cayó a sus pies, y en su cuerpo encontró Daniel restos humanos.

Devotamente, Daniel sepultó los restos del hijo muerto.

Después empezó a buscar al culpable, visitando una a una las ciudades vecinas y pronunciando contra ellas tremendas maldiciones, en caso de que hubieran ocultado al reo. Pero aunque se dirigió también a la ciudad de Abelim, la más próxima al lugar del delito, no pudo descubrir en ningún lugar al asesino.

Y así Daniel regresó a su morada y ordenó que se llorara a Aqhat durante siete años. Y durante siete largos años resonaron en el palacio gemidos y cantos fúnebres que recordaban el grito quejumbroso de las golondrinas.

Finalmente, una vez terminado el período de luto, Paghat, hermana de Aqhat, tomó una decisión.

—Aqhat —dijo—, no tiene hermanos para vengarlo. No obstante, si las estrellas me son benignas, si los dioses me protegen, yo misma iré a buscar a su asesino y, cuando lo haya encontrado, le mataré.

Dicho esto, se armó con una espada y un puñal y partió para realizar la empresa. Viajó todo el día y, al atardecer, entró en un pueblo para pasar allí la noche. ¿Y con quién se tropezó, sino con el propio Yatpan, precisamente con el hombre que (aunque le era aún desconocido) estaba buscando?

Yatpan, fascinado por su belleza, y pensando encontrar en ella una cliente necesitada de sus servicios, la acogió calurosamente y la invitó a beber en su compañía. Y después de una cierta cantidad de bebida, empezó a jactarse como suelen hacer los borrachos.

—Aquí está —dijo, golpeándose el pecho—, ésta es la mano que ha abatido a Aqhat y que puede abatir aún a millares de enemigos.

Ahora el secreto estaba desvelado. Pero Paghat era astuta y prudente. Si su corazón era fuerte como el de un león, su mente era aguda como la de una serpiente. Esperando que llegase el momento oportuno, siguió llenando el vaso de Yatpan, hasta que éste se dejó caer en la silla, ebrio y sin fuerzas.

Entonces, rápida como un rayo, la valerosa princesa sacó la espada, y el bellaco cayó muerto a sus pies.

T. H. Gaster, *The oldest stories in the world.*

«histórica», aunque los primeros textos escritos datan del siglo XIV a. de C. Durante el nivel II, Bronce Medio (2100-1650 a. de C.), se registró un masivo incremento en la producción de bronce, que puede atribuirse a una comunidad de individuos que Schaeffer denominó «portadores de collares metálicos», hábiles metalúrgicos, a quienes se deben numerosas innovaciones y la introducción de nuevas armas y objetos ornamentales. A la misma gente se debe una importante necrópolis, que ocupa una vasta zona de la acrópolis, con tres niveles superpuestos de sepulturas, con ajuares funerarios más bien ricos. Las gentes que llegaban más tarde se amalgamaban rápidamente con los anteriores habitantes, dando así vida a un asentamiento urbano en toda regla. En efecto, la zona está cercada por una línea de fortificaciones y un foso; las casas se agrupaban, hasta formar verdaderos barrios residenciales; cada una de ellas presenta un patio con pozo, un piso superior y una tumba familiar situada bajo el pavimento. Sobre la acrópolis se edificaron los dos templos dedicados a los dioses Baal y Dagan, además de una serie de edificios anejos. Al Bronce Medio pertenecen numerosísimos hallazgos de distinto tipo, entre los que figuran estelas votivas, estatuillas de plata y monumentos y objetos de procedencia egipcia, como una perla de cornalina con la cartela del faraón Sesostris I (1970-1936 a. de C.), varias estatuillas y restos de esfinges, todos fechados en el Imperio Medio egipcio. Todo esto refleja las intensas relaciones comerciales, políticas y culturales de Ugarit con el país del Nilo. En la época que va del 1850 al 1750 a. de C., los textos akkadios de Mari —a mitad del curso del río Éufrates— dan testimonio de florecientes intercambios, en cuyo ámbito Ugarit sigue representando la desembocadura natural en la costa de las varias corrientes de tráfico. Pero, sobre todo a partir del siglo XV a. de C., se pueden seguir las vicisitudes políticas del reino sirio, obligado a bandearse entre las grandes potencias de la época: Egipto y el reino de Mitani. Entre el 1400 y el 1350 a. de C., Ugarit se hallaba en la esfera de influencia de los faraones, de quienes se convirtió en un fiel aliado, resistiendo la presión creciente de los hititas. Precisamente al 1370 remiten las primeras informaciones deducibles de los archivos ciudadanos, referentes a la época del rey Niqmadu II, hijo de Ammishtamru I. El reinado de Niqmadu II es el más significativo desde el punto de vista cultural, pues se caracteriza por una intensa actividad arquitectónica y literaria. Con él se reedificó el palacio real, destruido por un seísmo y un incendio, y se llevó a cabo el inmenso esfuerzo de redactar y de recopiar los grandes textos mitológicos, en los cuales se habían recogido las más arcaicas y significativas tradiciones religiosas nacionales. Desde el punto de vista político, disminuyó la influencia egipcia, y el estado ugarítico se vio obligado a aceptar una especie de protectorado por parte del vecino (y rival) reino de Amurru. Después de la victoriosa campaña militar del rey hitita Suppiluliuma, Ugarit tuvo que aceptar su soberanía y el vasallaje que se le impuso con un tratado que sancionó su definitivo paso a la esfera de influencia del vencedor. Pero, la adhesión al sistema hitita permitió que Niqmadu II mantuviese su trono y una relativa autonomía, además de conseguir alguna ampliación territorial.

A la muerte del rey hitita se produjo un vasto movimiento de rebelión, que implicó a todos sus vasallos y aliados: entre éstos, el siguiente rey de Ugarit, Ar-Khalba, que volvió a aproximarse políticamente a Egipto. El regreso de Ugarit a posiciones filohititas fue sancionado por un nuevo tratado impuesto a Niqmepa, sucesor de Ar-Khalba, en el cual se preveía un control más estricto y el envío de un gobernador hitita. Ugarit aprovechó el período de paz que siguió al combate entre hititas y egipcios en Qadesh (1286 a. de C.) para potenciar su papel comercial, más que militar: un estado rico y floreciente, más dedicado a la competencia comercial que a la actividad bélica.

Durante los últimos años del siglo XIII a. de C., el reino de Karkemish se convirtió cada vez más en el controlador directo de los pequeños reinos sirios, verdadero mediador entre éstos y el poderoso imperio hitita. El último rey de Ugarit fue Ammurapi; durante su reinado se produjo la invasión de los Pueblos del Mar, que arrollaron a los estados anatolios y sirios, sin encontrar resistencia hasta llegar a las fronteras de Egipto, defendidas por el faraón Ramsés III (1190 a. de C.). Pero la destrucción de Ugarit no debe atribuirse exclusivamente a esta horda de invasores: forma parte del hundimiento, más general, de todo un sistema socioeconómico y político cuyo momento había terminado. Los Pueblos del Mar no hicieron más que dar golpe de gracia a unos organismos estatales enfermos, en una crisis progresiva e imparable causada por desgarradoras tensiones internas, además de la inadecuación de un sistema socioeconómico que no estaba en condiciones de autoperpetuarse.

Después de la destrucción de Ugarit, incendiada y arrasada hacia el 1200 a. de C., el lugar fue abandonado y permaneció así durante casi siete siglos, mientras la vida proseguía de forma restringida: pequeños grupos humanos siguieron frecuentando el lugar, sin dejar testimonios culturales apreciables. Sólo de finales del siglo VI a. de C. existen vestigios de asentamientos (restos de construcciones, tumbas). En la acrópolis han salido a la luz ruinas de la época romana (siglos I-II d. de C.); más tarde, monedas y vasijas, primero bizantinas y después árabes, y, por fin, restos de pipas otomanas son los últimos vestigios proporcionados por el tell de Ras Shamra.

Las excavaciones llevadas a cabo hasta el momento, aunque están aún lejos de haber agotado las investigaciones, nos permiten tener una idea suficientemente precisa de la distribución urbana de la antigua Ugarit.

La parte más elevada de la ciudad, la acrópolis, situada hacia el norte, alojaba los dos templos dedicados a Baal y a Dagan, separados del edificio llamado «morada del Gran Sacerdote»; aún más al norte, hacia los límites del tell, se extendían los barrios residenciales de la «ciudad baja», mientras otros surgían tanto a lo largo de la pendiente meridional de la acrópolis como más al sur («acrópolis sur», «ciudad sur»). Las viviendas que se hallaban en la parte oriental del lugar eran más lujosas y, sin duda, estaban destinadas a personajes de rango elevado. En la zona occidental del tell surgían, además, los tres grandes edificios palaciegos (Palacio Norte, Palacio Real y Palacio Sur); por este lado son muy evidentes los restos de las imponentes fortificaciones que defendían la ciudad. Recordemos también la existencia en esta zona de restos de edificios notables, como la «casa de Rapanu» y el «edificio del Tetrápilo», además de otro barrio de viviendas. El progreso de las investigaciones ha permitido llegar a una comprensión cada vez mayor de la organización de los espacios habitados, de las soluciones adoptadas para resolver problemas como el del aprovisionamiento hidráulico, la circulación de personas, animales y mercancías, y el reparto racional de las categorías laborales y sociales en el contexto urbano.

Celebrado ya en la antigüedad por su grandiosidad y riqueza, el Palacio Real de Ugarit era residencia del soberano y cen-

Palacio Real
fases A-L

tro político-administrativo. Ocupaba aproximadamente una hectárea (máximo edificio ciudadano) y fue construido entre finales del siglo XV y principios del XIV a. de C. con piedra tallada, ladrillos y rocas. En el cuerpo central, más antiguo, se hicieron ampliaciones y modificaciones; así, es reciente un ala oriental, con una larga escalera flanqueada en un lado corto por un pórtico de dos columnas, bajo el cual se hallan las tres únicas tumbas descubiertas en el palacio; más recientes aún son las construcciones del lado meridional.

El Palacio Real poseía casi un certenar de cuartos —cuyas funciones son a menudo difíciles de definir— que se abrían a un jardín interior (que ha proporcionado espléndidos hallazgos) y a media docena de patios descubiertos, uno de los cuales, más pequeño y enlosado, se calificaba de «patio de honor». Algunas de las estancias estaban destinadas a salas de audiencias, otras funcionaban como «secretarías», otras guardaban archivos o eran almacenes, alojamientos para el personal y puestos de guardia. Los archivos estaban repartidos en cinco sectores del palacio; se trataba, por así decirlo, de unos archivos especializados. Los del este y el oeste presentan predominio de documentos escritos en ugarítico y referentes a la administración interna; el archivo central contenía actas de conservación duradera, con mayoría de textos en akkadio (la lengua internacional de la época); el del sur es de más marcado carácter político, mientras que el archivo suroeste parece un archivo «integrante». Es probable que una parte de los documentos se conservara también en el piso superior, donde se encontraban los aposentos reales.

Al palacio se llegaba a través de siete en-

Gran tina de piedra para aceite o vino, del barrio residencial. Algunos estudios recientes han intentado cuantificar la demografía de Ugarit: la ciudad, en el Bronce Final, debía de alcanzar los 8.000 habitantes; considerando los pueblos diseminados y los centros costeros, se llega a un cifra que se aproxima a los 35.000 habitantes.

tradas, con dos columnas entre dos pilastras, y se contaban unas doce escalinatas de piedra que llevaban al piso superior. Por el lado occidental, el edificio estaba protegido por poderosas fortificaciones. Cabe destacar un bastión de piedra con foso delante; una amplia poterna y una maciza torre cuadrada con una única estancia interior. La entrada principal se encontraba al noroeste y llevaba a un vestíbulo, que introducía a una amplia sala; unos bancos de piedra en los lados permitían a los visitantes esperar sentados su turno de ser recibidos.

El edificio del palacio ha dejado también huellas evidentes de las múltiples actividades laborales que se desarrollaban en su interior, donde orfebres y joyeros, carpinteros y fundidores, ebanistas y otros artesanos trabajaban con celo en el ámbito de la funcional organización de los empleados palaciegos. Finalmente, es digno de mención un hallazgo extraordinario. En la zona meridional del palacio, en dirección del ángulo suroeste, se descubrió en 1954 un horno para la cocción de las tablillas, que contenía unos 80 documentos, en parte intactos. Este descubrimiento ha permitido fechar los textos con gran precisión en los últimos días de Ugarit, inmediatamente antes de la destrucción, ya que los encargados no tuvieron siquiera tiempo de sacar las tablillas del horno, trastornados por los dramáticos acontecimientos que se les venían encima.

En el lado septentrional del palacio surgía un vasto edificio de planta cuadrada, de unos 1500 m^2, construido con una excelente técnica arquitectónica: el llamado Palacio Norte. Se caracteriza por una entrada monumental situada al este, con escalinata de dos peldaños y amplia puerta de umbral monolítico. Tenía una gran sala central con ortostatos, que distinguen también las paredes externas, en torno a la cual se abrían numerosas estancias de dependencia entre salas, patios y pasadizos interiores. Sin duda es el más antiguo entre los palacios ciudadanos, pues el edificio se remonta al siglo XVI a. de C. y estaba ya en desuso hacia el 1450 a. de C. Este abandono atestigua, entre otras cosas, un cambio de intereses y de perspectivas, incluso en sentido geográfico: si antes se miraba sobre todo hacia el este, o sea en dirección al interior, después la entrada del Palacio Real (como la de la propia ciudad) se abriría hacia occidente, evidenciando una neta diferencia de actitud, con respecto al mundo exterior, cargada de implicaciones comerciales, políticas y culturales. El Palacio Norte fue empleado sucesivamente y de forma exclusiva como depósito de mate-

P. Kock/Photo Researchers

riales para utilizar de nuevo, lo que explica la casi total ausencia de ornamentos, además de la escasez de hallazgos en su interior.

Al sur del Palacio Real, separado por una plaza, se halla un vasto edificio (1.000 m^2) de gruesos muros de piedra, con planta bastante irregular. Se trata del Palacio Sur (o Pequeño Palacio), construido con características arquitectónicas análogas a las del gran alcázar ciudadano. Con una única entrada por el oeste, este palacio ofrece 33 cuartos o salas destinados a diversas funciones, que recibían la luz de una serie de patios porticados descubiertos. Se han identificado la cocina, unas cantinas o almacenes, un sorprendente cuarto de baño y archivos de tablillas, referentes a la administración del reino y las relaciones comerciales con las ciudades de la costa sirio-palestina. Bajo el pavimento de dos salas han aparecido algunas grandes tumbas, que han proporcionado abundantes ajuares funerarios. En el piso superior, como de costumbre, debían de encontrarse los apartamentos privados.

A juzgar por su estructura y sus archivos, el Palacio Sur debía de ser un centro económico-administrativo de gran importancia y de intensa actividad: probablemente la residencia del gobernador *(shakin mati)* de Ugarit.

En la acrópolis de Ras Shamra, a los lados de la residencia del Gran Sacerdote, a este y oeste de esta última, se alzaban los dos grandes templos ciudadanos dedicados uno a Dagan y el otro a Baal. Edificados en épocas bastante próximas (inicios del II milenio) y utilizados hasta la destrucción de la ciudad, los dos complejos muestran una notable identidad estructural, que va de la planta a las dimensiones, de la orientación norte-sur a una serie de otros importantes detalles. Pueden considerarse construcciones gemelas, de sala cuadrada con gruesos muros, precedida de un patio embaldosado, con un altar colocado ante el *sancta sanctorum* y una escalinata que llevaba a la terraza. Al este está el templo de Dagan, identificado como tal gracias a dos estelas de caliza halladas junto a su parte exterior (al sur), que llevan grabadas dos inscripciones votivas en ugarítico con dedicatorias a esta divinidad, y que en tiempos debieron de estar ante la entrada del templo. En el exterior del santuario, al sureste, se ha descubierto una quincena de depósitos de piedra colocados en fila, algunos de los cuales se comunican: es probable que se trate de pilas para las abluciones rituales, frecuentemente mencionadas en los documentos relativos al culto.

Más al oeste surgía el templo de Baal, protector de Ugarit: la atribución a tal dios se basa principalmente en el descubrimiento de algunas estelas, en el interior o en las proximidades del templo, que representan precisamente a Baal; además, el santuario se menciona repetidas veces en los textos rituales ugaríticos y en algún caso es incluso posible identificar las partes del edificio en que se desarrollaban determinadas ceremonias. Es el mayor de los dos templos (22 × 16 m) y consta de un *naòs* rectangular construido sobre un podio, precedido por un estrecho vestíbulo, al que se llega gracias a una escalera. En la cella se encuentra el altar de planta cuadrada, destinado a los sacrificios de animales: se hacía pasar a las víctimas por un corredor, al este, y accedían a la estancia del sacrificio por una entrada a propósito. Todos los oficiantes, el rey y los fieles penetraban en el templo por una entrada occidental, que introducía primero en tres estancias con funciones de antesalas preparatorias o «sacristías». En la cella quedan vestigios de una imponente escalinata que conducía a una terraza, a la que se subía para recitar plegarias y oficiar ritos particulares, uno de los cuales es descrito en un texto épico-mitológico basado en las vicisitudes de Keret, un rey de tiempos remotos.

La zona del templo ha proporcionado hallazgos particularmente significativos, entre ellos estelas y objetos varios de producción egipcia; se han hallado también numerosas áncoras de piedra (con un peso que varía entre 25 y 600 kg), algunas de las cuales están incorporadas a los propios muros del templo. Estas áncoras, que se remontan al período del Bronce Medio, son exvotos ofrecidos por marineros y navegantes que escaparon a los peligros del mar y arribaron felizmente a Ugarit.

Todo esto confirma el carácter «marino» del dios Baal —en la forma de «Baal del monte Sapanu»—, el cual protegía a los hombres de mar porque era señor de las tormentas y de los demás fenómenos atmosféricos, así como vencedor, en un célebre mito, de Yam, el príncipe de las olas amenazadoras.

Además de los dos grandes templos de la acrópolis, múltiples indicios (el primero la enorme cantidad de objetos de culto hallados por todas partes) hablan en favor de la existencia en Ugarit de otros lugares sagrados, pequeños santuarios o capillas, cuya identificación y especificación plantea aún numerosos problemas. Aquí podemos recordar el llamado «Santuario de las divinidades hurritas», erigido durante el Bronce Medio, que se halla situado al norte del Palacio Real. Este pequeño edificio, de probable función religiosa, está estructurado en dos estancias, que se comunican por una puerta, en la menor de las cuales hay una escalera para subir al tejado. En el interior, al pie de la escalera y un poco por todas partes, se han descubierto numerosas lamparillas de barro cocido, ennegrecidas por la llama, de mechero delgado; también, jarras votivas, copas y cántaros en miniatura y escarabeos hicsos. El nombre le viene al edificio de dos estatuillas de cobre que representan un dios y una diosa, de derivación anatolia, según Schaeffer.

En la zona sur del Tell se ha identificado recientemente otro pequeño edificio sagrado, llamado «Santuario de los *rhyton*», integrado en un conjunto urbano aislado. Consta de una sala rectangular bastante simple, con una plataforma escalonada adosada a la pared este y bancos para ofrendas al norte y al oeste; se entraba directamente desde la calle a través de un vestíbulo que conduce a una puerta que se abre en un ángulo de la sala.

Aunque la «morada del Gran Sacerdote» no puede entrar en el tema de la arquitectura de los templos, es oportuno mencionarla al menos por el célebre depósito votivo de armas y de utensilios de bronce que se ha encontrado en ella. Ya en el transcurso de la primera campaña de 1929, excavando en la acrópolis, Schaeffer halló unas construcciones de piedra que presentaban cuartos dispuestos en torno a un patio interior embaldosado, provisto de un pozo. A poca distancia de éste, bajo el umbral de una puerta que comunicaba el patio con la zona suroriental del complejo, se halló un rico depósito de objetos de bronce, algunos de los cuales llevaban breves inscripciones en ugarítico. Resultó claro que debía tratarse de un depósito votivo en honor del personaje que allí habitaba, efectuado por una corporación de fundidores de metales: los 74 objetos de bronce, dispuestos según un determinado criterio, comprendían hachas, azuelas, azadas, lanzas, puñales, hoces, escoplos, dagas y un trípode de espléndida factura. Desde el punto de vista cronológico, la fecha del depósito puede situarse entre los siglos XIV y XIII a. de C. Hay que añadir que en la «morada del Gran Sacerdote» se descubrió una colección de tablillas con textos literarios ugaríticos, de naturaleza mitológica.

L. De Masi - M. Necci

Las viviendas de Ugarit, desde las más amplias y lujosas a las más humildes, presentan rasgos morfológicos comunes. A este respecto, merece mención aparte la arquitectura funeraria, ya que casi todas las casas se habían planeado para hospedar a las familias de los vivos y, al mismo tiempo, para proporcionar adecuada colocación a las generaciones de sus muertos. La «tumba de familia» estaba, en general, situada bajo el pavimento de la casa y había sido proyectada y construida junto con ésta. Se podía llegar a ella desde uno de los cuartos interiores, a través de un corredor subterráneo que conducía a una estancia rectangular: la cámara sepulcral propiamente dicha. Las bóvedas de la cámara eran características por su notable inclinación hacia el interior. Naturalmente, las dimensiones, accesorios y acabados variaban, según las posibilidades económicas de las familias. Se ha observado también que cada tumba, además de una entrada interior, disponía de una entrada desde la calle: esto permitía que las prácticas funerarias no estuvieran condicionadas a la posesión de la vivienda, sino que el culto fúnebre pudiese continuar aún en caso de cambio de propietarios. En las paredes de la cámara funeraria, en especial en las épo-

Colgante de oro con «diosa desnuda» (Museo Nacional de Alepo). La figura se representa con los atributos sexuales descubiertos, las manos sujetando flores y el tocado hathórico de procedencia egipcia: se trataba, sin duda, de una diosa de la fecundidad.
A la izquierda, recipiente taurino —«rhytòn»— de terracota. La pieza presenta unos agujeros en la cabeza del animal, tal vez para verter aceite o perfumes: el objeto, importado de Chipre, pertenecía a un ajuar funerario de la zona meridional de la acrópolis.

de hallazgos en su interior hacen suponer que el propietario debió de ser un personaje de altísimo rango y grandes riquezas, probablemente un egipcio residente en Ugarit.

Merece también mencionarse la «casa de Rapanu» —situada al este de la «casa de los alabastros»—, cuyo propietario era escriba y alto dignatario de corte. Posee una treintena de estancias y mobiliario lujoso, que comprende incluso un pequeño archivo de tablillas referentes a las relaciones internacionales del reino. También en la zona residencial, al este del palacio, se encuentran otras prestigiosas viviendas de personajes de elevada situación, como la «casa de Rashapabu» y la llamada «morada del literato». La primera pertenecía al «prefecto del puerto» de Ugarit y ha proporcionado textos de carácter económico y jurídico, que contienen también interesantes noticias sobre los bienes y la familia del propietario. Junto a ella se encontraba la «morada del literato», así llamada por el tipo de textos hallados en su interior (literarios, religiosos y lexicológicos, en cuneiforme mesopotámico).

En la zona meridional del tell se ha descubierto un vasto barrio que albergaba muchas viviendas con talleres artesanales contiguos, que pertenecían a orfebres, escultores, tejedores y grabadores. De estos lugares procede abundante material de gran interés y de notable relieve: recordemos las estatuillas de bronce dorado que representan personajes divinos.

Otro núcleo de casas privadas y de talleres especializados se ha descubierto en el sector meridional de la acrópolis; aquí se encuentran, entre otros, dos edificios contiguos que pertenecieron probablemente a dos sacerdotes. En ellos se han hallado numerosos documentos religiosos de extraordinario interés.

cas más recientes, se encuentran hornacinas destinadas a las lámparas de aceite para las funciones religiosas, y a lo largo de las paredes existen aberturas que comunican con cisternas y pozos, a fin de asegurar el agua para las distintas operaciones rituales y de limpieza de la estancia. El pavimento de la habitación presenta una fosa para los materiales de desecho y para retirar los restos óseos con ocasión de sucesivas inhumaciones.

Volviendo a las viviendas privadas, digamos que están construidas con piedra y madera, tienen todas un vestíbulo en la planta baja, con un pozo y una escalera para subir al piso superior, destinado a las habitaciones domésticas, mientras que la planta baja se dedicaba a la realización de las diversas actividades laborales diurnas. Desde el vestíbulo se pasa a una sala más amplia, que sirve también de entrada de luz para la serie de cuartos que, eventualmente, se abren a ésta.

Entre las casas privadas de Ugarit, algunas se distinguen por su amplitud y sus peculiares características. Sin poder entrar en detalles, se recordarán las más notables. Entre éstas figura, sin duda, el vasto edificio denominado habitualmente «casa de los alabastros», situado en el barrio del Palacio Real y con muchas habitaciones (unas 50 entre cuartos y salas) que dan a un patio interior. La casa se alza en un terreno muy pendiente y tiene la planta baja en dos niveles, comunicados gracias a una escalera de ocho peldaños. La estructura del edificio, sus cuatro entradas y el tipo

L. De Masi - M. Necci

cumplir años, que decía el poeta, sigue enganchando adeptos. Y destrozándolos a fuerza de soledad. Tan sencillo y difícil como haber sumado más de 64 años y sentirse solo. Tan fácil y barato como marcar el 900 222 223 desde cualquier parte de España y encontrar a alguien en el centro de Madrid dispuesto a conversar. Gratis. Desde que la organización no gubernamental Mensajeros de la Paz instaló el pasado 20 de septiembre las siete líneas del Teléfono Dorado, miles de ancianos han llamado desde las diez de la mañana a las ocho de la tarde, domingos y festivos incluidos. Ciento once voluntarios se turnan para socorrer la llamada más antigua del mundo: la que pide compañía. Por sus oídos han pasado tragedias que dicen mucho sobre la grandeza y la infamia del ser humano; por sus labios salen ahora esas historias sin nombres propios.

Llama un padre con setenta y muchos años. Tiene dos hijos, uno drogadicto que les pega a él y a la madre y otro que se pega con el *yonqui* cuando coinciden en casa. "Pues echen al drogadicto de casa", sugiere alguna voluntaria. "Ya lo hemos hecho, pero no se va". La charla sigue, y la voluntaria sabe que el anciano volverá a llamar, porque las historias en el Teléfono Dorado no suelen adornarse con finales, y de haberlos, casi nunca son felices. "La soledad no se cura de la noche a la mañana", sentencia Ramón Rodríguez, uno de los voluntarios. "A mí me tuvo. Un día puse el contestador y había un mensaje de una señora que decía que la llamáramos porque iba a suicidarse. Dejó su número de teléfono. Había otro mensaje de ella que decía que no la llamáramos ya porque había decidido matarse. He llamado después varias veces y nunca ha cogido nadie ese teléfono".

Ramón atendió otro día la llamada de un anciano homosexual, "con una cultura y educación exquisitas". El señor en cuestión pedía consejo. "Decía que los de servicios sociales del Ayuntamiento le habían mandado a casa a un chico muy guapo y no sabía qué hacer. Yo le dije que debía distinguir muy bien el sexo de las demás cosas y comportarse con arreglo a su educación. Hablamos durante mucho tiempo y muy bien, pero no ha vuelto a llamar".

> A veces, los ancianos se encariñan con algunos voluntarios y apuntan las horas en que pueden localizarles en el local que el Ayuntamiento ha prestado a Mensajeros de la Paz

A veces los ancianos se encariñan con algunos voluntarios/as y apuntan las horas en que pueden localizarles en el local que el Ayuntamiento de Madrid ha prestado a Mensajeros de la Paz. Hay algunos que se conocen a todos los voluntarios. Como un hombre de La Mancha, que cuando comienza su conversación siempre se lamenta de la muerte de su mujer hace 10 años, y cuando se va animando termina con piropos a las voluntarias. A este hombre le gusta la música clásica, Bécquer, Antonio Machado y la escritura de sus memorias. Llama hasta cinco veces al día y gasta cuatro horas pegado al teléfono. Dice que esa mujeres y una llave de su chalé para cada una de ellas. Prometió que se iba a pasar un día por el local del Teléfono Dorado, y cumplió su palabra. Buen traje, buenas maneras y buen humor. Se fue solo, igual que llegó.

A este lado de la línea, entre los propios voluntarios, también hay años y tragedias. También se encuentran gente como Ángeles Zamarreño, de 66 años, de profesión "sus labores y poco más", viuda y poco alegre. La llama una señora que se presenta así: "Soy la madre de la hija puta y el hijo drogadicto. ¿Y tú?". Ángeles escucha el recuento de tragedias, la pensión que no llega a mediados de mes, las venas de su hijo que son un pozo sin fondo, la soledad, siempre la soledad. "Y ahora, perdone usted Ángeles, que es que estoy haciendo una tortilla y se me va a quemar, se pone mi hijo".

—Soy el drogadicto. En cuanto me cuelgues me drogo, no puedo aguantar sin un *chute*.

—Bueno —le dice Dolores—, pues empieza ya, porque a las ocho este servicio se corta.

—No, vamos a seguir. ¿Quieres que te cante por bulerías?

"Y la verdad es que cantaba muy bien", reconocía Ángeles. Pero al rato, el cantaor le dijo:

—Mira Ángeles, se me acaba de morir mi madre mientras daba la vuelta a la tortilla.

Las bromas, las eternas bromas de quienes no alcanzan a comprender que están jugando con el tiempo de una gente que no pide nada por lo que hace. En ocasiones son hombres; otras, mujeres, y en ocasiones niños que llaman hasta cincuenta veces con el mismo mensaje: "Tengo novia y se me ha muerto", o cualquier estupidez parecida.

El muchacho cantaor volvió a llamar al rato pidiendo perdón. un espectáculo flamenco y nos faltan 550.000 pesetas para el escenario. ¿No tendrán ustedes dinero?".

Muchos son los que llaman pidiendo dinero, asistencia a domicilio o compañeras. Pero en el teléfono no ofrecen ni más ni menos que palabras.

"A veces una también se cansa de escuchar siempre lo mismo", reconoce la voluntaria Cristina Méndez. "Me llama una señora que vive en una isla y cada cuatro frases repite la palabra aislada. Dice que le encanta leer pero que abre el libro y no se concentra porque sabe que donde está no puede hacer otra cosa que leer. Se conoce que es nuestra generación que no sabemos utilizar el tiempo libre. A mí también me ha pasado eso. Hasta que dejé de trabajar estaba deseando devorar libros, y ahora que sé que casi sólo queda esa alternativa para salir de la soledad, me apetece menos leer".

> Muchos son los que llaman al Telefóno Dorado pidiendo dinero, asistencia a domicilio o simplemente compañeras. Pero aquí no se ofrece ni más ni menos que palabras

Cristina les dice a los ancianos que hay que aprender a vivir en soledad: "Al final, cuando todo el mundo se ha ido, sólo estamos nosotros ante nosotros, y hay que aceptarlo. Es muy difícil hacer amigos, y más a estas edades. Y no sé por qué por el hecho de estar acompañado ya hay que transigir con algunas cosas". Cristina admira a una anciana que la llama desde una finca, entre libros y perros. "Esta mujer tuvo dinero, lo perdió, tuvo juventud y no la ha perdido. Estudió filosofía, literatura, y no deja de estudiar. No sé, una fiesta, pues una fiesta, una charla, pues una charla... Una cría sus hijos y después, qué, ¿es que sólo se valora la juventud?".

Encontrar horas para realizar una labor social puede ser más sacrificado de lo que parece. "En el pasado puente de la Constitución siempre había más de cinco voluntarios junto al teléfono. Y la verdad es que yo estaba ahora la mar de bien junto a unos amigos en Leganés, y me daba pereza", relata José Daza, un voluntario de 48 años que llega junto a su esposa de 29, Mercedes González. "Pero cuando uno llega aquí y escucha a la gente, ya te sientes reconfortado".

Sólo en el mes de octubre se recibieron más de 8.000 llamadas, con un coste aproximado, según algunos coordinadores, de tres millones de pesetas. Los responsables del teléfono no se aventuran a decir quién pagará esas facturas porque confían en que la Compañía Telefónica les eche una mano definitiva.

¿Y no se corre el riesgo de que el teléfono se quede para unas decenas de ancianos, siempre los mismos, que llaman varias veces al día? Los voluntarios responden: mientras haya unos cuantas personas con necesidad de hablar, el teléfono estará justificado. Y su mercado potencial es amplio. Entre los 39 millones de españoles que pululan por este país, 5,7 millones son mayores de 65 años. Y el Teléfono Dorado está dispuesto a escucharles. Incluso en Nochebuena, Nochevieja y el resto del año.

blia están siendo considerados desde una nueva perspectiva gracias a un aluvión de recientes descubrimientos. Los arqueólogos están continuamente buscando nuevas pruebas que puedan ayudar a resolver algunas cuestiones todavía por responder. ¿Existió Moisés? ¿Tuvo lugar el éxodo? ¿Libró Josué la batalla de Jericó? ¿Expulsó Jesús a los mercaderes? ¿Cuándo —y por qué— se escribieron los primeros libros de la Biblia? Intentar identificar vestigios de los tiempos del Antiguo Testamento en Tierra Santa es especialmente problemático. En primer lugar, no sobrevive prácticamente ningún documento escrito de la época del rey Salomón o anterior. Y además, la empresa es delicada porque casi todo el mundo tiene intereses en las Escrituras. A los ultraconservadores judíos y cristianos no les gusta oír que algunas partes de la Biblia podrían ser ficticias. Los ateos están deseando mos-

arqueólogos descubrieron el primer texto conocido de la Biblia, que data de alrededor del 600 después de Cristo. Sugiere que parte del Antiguo Testamento fue escrito poco después de algunos de los acontecimientos que describe.

La mayoría de los estudiosos sospechan que Abraham, Isaac y Jacob, fundadores del judaísmo, nunca existieron; muchos dudan de los relatos sobre la esclavitud en Egipto y del éxodo. Pero casi todo el mundo coincide en algunos puntos. Generalmente se cree que, por ejemplo, la versión bíblica de la historia israelita posterior al reinado del rey Salomón está basada en hechos históricos, corroborada por reseñas independientes de reyes y batallas en inscripciones egipcias y asirias de la época.

El primer investigador serio sobre la arqueología bíblica fue

EL PAÍS

La lámina describe el sacrificio de Isaac realizado por su padre, Abraham.

Magen Broshi, conservadora honoraria de los manuscritos del mar Muerto, comenta: "Hizo por la topografía bíblica más que nadie antes o después que él".

Oleada de exploraciones

Las excursiones de Robinson levantaron una oleada de exploraciones que nunca ha remitido. Muchos de los primeros visitantes distaban de ser objetivos: acudían para reivindicar la Biblia como historia, no para comprobarla. El péndulo volvió a moverse al lado opuesto en los años veinte, cuando William F. Albright apareció en escena.

Albright partió de la base de que era exacta hasta que se demostrase lo contrario. Por ejemplo, supuso la existencia de

lomón. Y puesto que la Biblia sitúa Megiddo en la época que las otras ciudades, Yadin buscó —y encontró— una tercera puerta en Megiddo, lo que le permitió concluir que Salomón las había construido todas.

Detractores modernos señalan que este enfoque puede ser científicamente peligroso. De hecho, según David Ussishkin, director del Intituto Universitario de Arqueología de Tel Aviv, las puertas de las tres ciudades no proceden en absoluto de un único periodo. Ussishkin afirma: "Hazor es probablemente salomónica. Megiddo es definitivamente posterior. Gezer puede ser cualquiera de las dos cosas".

Pero, tras ver que la ciencia confirma a veces la Biblia y la refuta en otros, los estudiosos han derivado hacia posiciones a mitad de camino. Como dice Shanks, de la *Biblical Archaeo-*

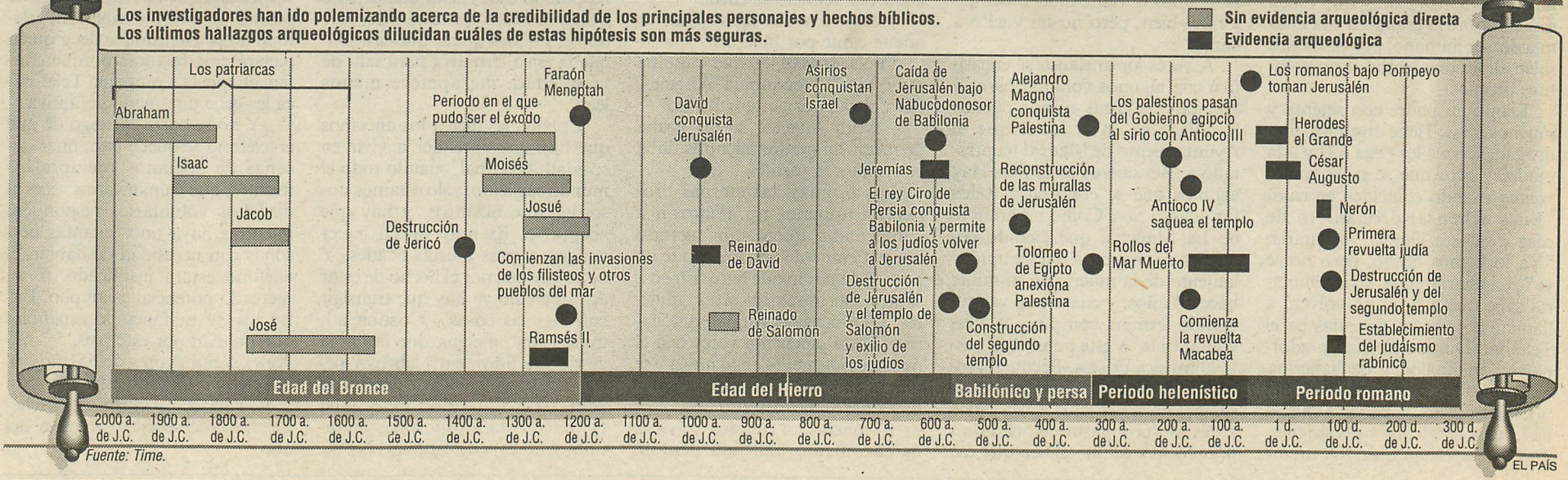
norte de Galilea. Cuando murió Yadin tenía prevista una importante excavación en esta ciudad para encontrar las tablillas de barro que estaba seguro que hallaría bajo la superficie. Su discípulo, Ben-Tor, ha heredado el proyecto. Hasta ahora sólo ha encontrado unas cuantas tablillas que no aportan ninguna información. Pero Hazor es el lugar bíblico más grande del país y costará años explorarlo.

Si Ben-Tor o sus sucesores localizan el archivo, las consecuencias serán importantes. En lugar de confiar en inscripciones y fragmentos más o menos legibles de barro y piedra, los historiadores tendrían acceso a montones de información, escritos no para fomentar ideas religiosas, sino para registrar hechos seculares. Así se podría precisar la exactitud histórica de gran parte de la Biblia.

© *Time.*

El pergamino del tiempo

Los investigadores han ido polemizando acerca de la credibilidad de los principales personajes y hechos bíblicos. Los últimos hallazgos arqueológicos dilucidan cuáles de estas hipótesis son más seguras.



Fuente: Time.

EL PAÍS

EL PAÍS, domingo 24 de diciembre de 1995

La verdad y la mentira de la Biblia

Los últimos hallazgos arqueológicos desbrozan lo que hay de mito y realidad en el Antiguo Testamento

MICHAEL D. LEMONICK

Cualquier obra queda inmediatamente paralizada en Israel cuando se vislumbra algo parecido a algún hallazgo arqueológico. Así lo dicta la ley en Israel, donde la civilización se remonta por lo menos a 5.000 años y donde cualquier metro cuadrado de terreno podría ocultar un descubrimiento clave. Prácticamente todos los imperios de la historia de Occidente han ocupado estas tierras, han luchado en ellas o, por lo menos, las han atravesado —egipcios, asirios, babilonios, griegos, romanos, turcos, cruzados— y han dejado a su paso edificios y objetos. Ésa es la razón de que este año hubiese unas 300 excavaciones activas en Israel, Cisjordania y Gaza.

Para casi 3.000 millones de judíos, cristianos y musulmanes, ésta es la Tierra Santa, el lugar, según la Biblia y el Corán, que recorrieron Jesús, Abrahán, el rey David y el rey Salomón. Cada pala de tierra que saca un arqueólogo podría proporcionar pruebas sobre cómo vivieron estos personajes bíblicos, e incluso si vivieron realmente. Al acercarse la Januká y la Navidad, creyentes de todo el mundo coinciden en la importancia de los descubrimientos arqueológicos.

De hecho, algunos de los descubrimientos más importantes de la arqueología bíblica no tienen nada que ver con la Biblia. Pero otros parecen demostrar que algunas de las historias más antiguas de la Biblia son ciertas, o al menos que no son un cuento chino.

Pocos estudiosos creen que milagros como la zarza ardiente de Moisés o la resurrección de Jesús lleguen a demostrarse científicamente algún día; al fin y al cabo, son hechos sobrenaturales. Sin embargo, pocos dudan que los personajes de la última parte del Antiguo Testamento y gran parte del Nuevo —Nabucodonosor, Jeremías, Jesús y Pedro— hayan existido, aunque algunos pondrán en duda sus historias.

Pero una serie de descubrimientos cruciales sugiere que algunas de las historias más antiguas de la Biblia están basadas en seres y hechos reales. En 1990, investigadores de Harvard que trabajaban en la ciudad antigua de Asquelón, en el norte de la franja de Gaza, desenterraron la estatuilla de un becerro de bronce bañado en plata que recordaba al enorme becerro de oro mencionado en el libro del Éxodo. Los arqueólogos creen que el becerro de Asquelón, que data de hace unos 3.500 años, es una representación de Baal, el dios cananeo de la fertilidad.

Edward Robinson, un orientalista del Union Theological Seminary de la ciudad de Nueva York. En 1837 y 1852 viajó a Palestina e identificó cientos de localizaciones antiguas preguntando a árabes que habían conservado los nombres tradicionales durante siglos: Robinson localizó Masada. Descubrió un arco monumental que sostenía el Monte del Templo en Jerusalén.

Abraham, Isaac y Jacob y luego utilizó pruebas físicas circunstanciales para deducir que probablemente vivieron alrededor del 1800 antes de Cristo. Aceptó la idea del éxodo de Egipto y la conquista de Canaán (Palestina) y fechó esos hechos alrededor del 1200 antes de Cristo.

Los herederos intelectuales de Albright, entre ellos los arqueólogos israelíes Avraham Biran y el difunto Yigael Yadin, se plantearon hipótesis similares. La Biblia dice, por ejemplo, que el rey Salomón fortificó las ciudades de Hazor, Gezer y Megiddo durante su reinado. Yadin se puso en marcha a finales de los años cincuenta y descubrió la puerta de una ciudad en las ruinas de Hazor, y la fechó en la época de Salomón, en el siglo X antes de Cristo. Cuando descubrió que los primeros exploradores habían dado con una puerta de similar aspecto en Gezer y Megiddo, concluyó que las tres ciudades habían sido construidas por el mismo arquitecto.

Pero en los años sesenta, el arqueólogo israelí Yohanan Aharoni descubrió que la puerta de Hazor era en realidad del siglo IX antes de Cristo, y que la de Megiddo era del siglo IX o VIII. Aharoni concluyó que Salomón no había construido ninguna de las tres puertas, y que la Biblia había atribuido erróneamente a Salomón el mérito de otros reyes.

Los arqueólogos bíblicos se dividieron en dos bandos. Los "minimalistas" creían que la Biblia era poco más que un cuento de hadas, mientras que los "maximalistas" creían que era un relato histórico preciso. Pero ahora, la mayoría de los arqueólogos se sitúan en algún punto entre ambos extremos.

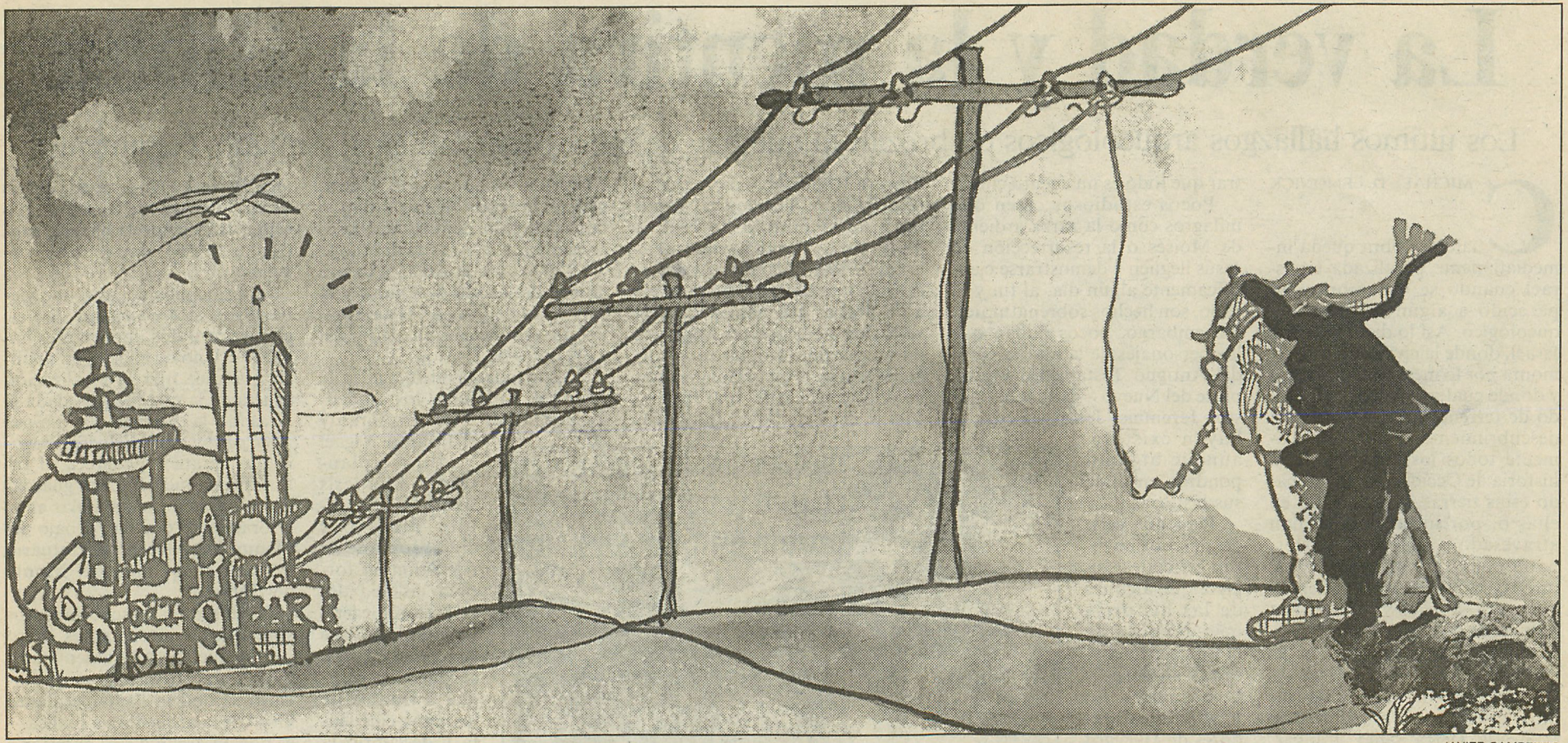
Hershel Shanks, editor de *Biblical Archaeology Review*, una publicación de Washington, dice: "Ahora todo el mundo es consciente de que la Biblia es una mezcla de historia y ficción". Pero, añade, "la mayoría de los arqueólogos creen que la Biblia contiene un núcleo de historia".

Incluso William Dever, de la Universidad de Arizona, que ha sido uno de los críticos más duros de la Biblia, dice: "Creo que hay un núcleo de verdad histórica en la Biblia, pero no es fácil de encontrar". Y Amihai Mazar, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, dice: "Hay que tener en cuenta que la Biblia es un libro religioso, no un libro de historia. Pero no es una invención".

A principios del año que viene, *Biblical Archaeology Review* comunicará dos importantes hallazgos. Uno de ellos es un análisis que dice fijar la localización exacta en la que fue guardada el Arca de la Alianza (la famosa *Arca perdida* de Spielberg). Seguro que desata la polémica; el autor afirma que debió ser guardada en un nicho rectangular en el afloramiento que hay debajo del Domo de la Roca, el santuario sagrado musulmán del Monte del Templo.

Todos estos descubrimientos son útiles e interesantes. Pero por lo que verdaderamente suspiran los académicos —y que incluso se podría llamar el Santo Grial de la arqueología bíblica— es por un archivo real anterior a la época del rey David o del rey Salomón. Aunque países próximos han proporcionado muchos de la misma época, nunca se ha encontrado un archivo de esta clase en Israel. Amnon Ben-Tor, arqueólogo de la Universidad Hebrea, se lamenta: "Es como lo de extraer petróleo. En todas partes, menos aquí".

Sin embargo, muchos académicos creen que el archivo existe y Yigael Yadin incluso



JAVIER SAMPEDRO

El teléfono de los débiles

Miles de ancianos han recurrido en tres meses a una línea gratuita que combate soledades a golpes de palabra

FRANCISCO PEREGIL

sucedió una cosa bastante extraña", relata Ramón: "Yo abro el

línea es lo mejor que le ha ocurrido en mucho tiempo.

Tras diez minutos más de charla, un poquito más de cante por bule-

este teléfono a mí particularmente me ha ayudado mucho, porque es-